

Cómo matar

a una
BOOKTUBER



María Laso

Table of Contents

1
2
3
4
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43

44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56

María Laso

Cómo matar a una booktuber

Huelva, 2020

©María D. Laso Flores, 2020
Creador de la portada: @detrasdelaarroba
Primera edición: Mayo de 2020

Registro Safe Creative: 2004203715359

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»

«La relación que existe entre los autores mediocres y la crítica mediocre es más o menos esta: ninguno se fía del otro».

Hermann Hesse

«Uno está tan expuesto a la crítica como a la gripe».

Friedrich Dürrenmatt

«La herida causada por una lanza puede curar, pero la causada por la lengua es incurable».

Proverbio árabe.

1

Se echó a llorar, de rabia y de vergüenza por haber sido humillado. Sintió la necesidad imperiosa de destrozarse todo lo que había a su alrededor, de coger cualquier objeto punzante y clavárselo en los muslos. Apretó los puños, le hormigueaba la piel y se le inflamaba el cuello.

Oyó la voz.

Escúchame, idiota. ¡Ponte delante del ordenador y escribe!

Como un autómata obedeció. Corrió al despacho y encendió el portátil. Se sintió exhausto, mareado, el combustible del odio le hizo rechinar los dientes. Aparecieron los iconos del escritorio de su *Acer Nitro 5*. Puso el cursor encima de la imagen del procesador de textos Microsoft Word y dio un toque. Una pantalla en blanco se desplegó ante él.

¡Escribe! —le volvió a ordenar la voz.

Cerró los ojos unos instantes. Los abrió, puso los dedos en el teclado y empezó a teclear. El corazón le martilleó en el pecho y el cuerpo se le derritió en un sudor febril.

Cómo matarla.

Cómo matar a Laura.

Cómo matar a una booktuber.

Diez minutos más tarde caminaba rápido por una de las grandes avenidas de la ciudad, intentando parecer alguien normal que tenía prisa, tal vez porque llegaba tarde a una cita o porque se acercaba la hora de recoger a los niños del colegio. Tenía que ir esquivando a hombres y mujeres que se le cruzaban en el camino. Durante unos segundos dudó de adónde se dirigía. Finalmente, recordó que iba camino de la librería El Lobo Encantador. El dueño era amigo suyo y la única librería de la ciudad donde le dedicaban buena parte del escaparate cuando salía a la venta alguno de sus libros. «Si Alfonso no tiene mucha clientela, podremos charlar un rato», pensó. En aquellos instantes, hablar de literatura, hablar de sus libros, era lo único que podía mitigar el odio que sentía hacía esa maldita puta anormal que le quería arruinar la vida.

2

Desayunaba en su pequeño apartamento cuando recibió la llamada angustiada de Aaminah. Estuvo a punto de volcar la taza de té al estirar el brazo para alcanzar el móvil. Houda no era de las que se conformaban con una sola taza, sino de las que se bebían una tetera entera. Eso, cuando no tenía que ir pitando al trabajo o, como aquella mañana, cuando no rompía su rutina matinal el tono de llamada del teléfono.

En seguida se dio cuenta de que la voz de su madre sonaba extraña, y la preocupación se apoderó de ella.

—¿Houda, desde cuándo no ves a Houriya?

La noche anterior había estado a punto de llamarla unas cuantas veces, pero no lo hizo. Le pareció mejor plan preparar una cena ligera y ver un capítulo de *Juego de Tronos*. Últimamente, esporádicos mensajes de móvil eran la única manera de contactar con sus hermanas.

«No es solo culpa mía, ellas tampoco se matan por coger el teléfono y hacer una llamada», pensó exculpándose.

—No sé, desde el cumpleaños de papá, ¿por qué?

Silencio.

—¡A tu hermana le pasa algo!

—¿Por qué piensas eso?

Escuchó un hipido.

Sintió que le faltaba el aliento ante la idea de que algo no marchara bien, su madre no era de las que se venían abajo con facilidad. Algo se le empezó a mover en el pecho. Algo que no le gustó reconocer.

Instinto policial.

—No me deja ver a los niños —contestó murmurando—. Hace una eternidad que no los acompaño al colegio por la mañana ni los llevo al parque por la tarde; no me abre la puerta cuando voy a visitarla a su casa, ¡y sé que está dentro escuchando cómo aporreo la puerta! Lleva semanas sin ser la Houriya que conocemos. Se comporta de forma iracunda y alocada. Estoy muy preocupada. ¡Ni siquiera me coge el teléfono!

—Mamá, por favor, tranquilízate. ¿Desde cuándo no contesta el teléfono?

—Mmm, un par de días —dudó—. Houriya es muy suya, tiene su genio, pero, ¿cómo puede hacerme esto?

—¿Habéis discutido?

—Sí, ¡no...! —la confusión que sentía Aaminah se hizo patente en su voz—. Puede que hayamos tenido un par de encontronazos, malentendidos...

—¿Qué clase de malentendidos?

—Ya sabes...

—No, yo no sé nada, explícamelo tú —Houda se impacientaba.

—Por los niños, por cómo los educa, pero...

—Mamá, ¡son sus hijos!, deja que los eduque como le dé la gana. Si no estuvieras siempre dándole la tabarra con todo lo que hace bien o mal...

—¡He criado a tres hijas y soy abuela, por *Allāh*! ¿Tan malo es que la aconseje, que quiera ayudar? Cuando los niños eran más pequeños, le venía muy bien lo que ahora menosprecia, la

ayuda que la *azizati Aminah* le ofrecía tan desinteresadamente, y, ahora, parece que le estorbara. No he pegado ojo en toda la noche.

—¡Mamá, ¿te estás escuchando?! ¡Tranquilízate, por favor! ¿No estarás haciendo una montaña de un grano de arena? —dijo frotándose la palma de la mano libre en la pernera del pantalón del pijama.

—¡Eres tú la que tiene que enterarse! ¡A tu hermana le pasa algo! ¡Se comporta de forma rara desde hace meses! Así que, deja de decirme que me tranquilice, que todo está bien, ¡porque no es así! ¿No eres policía? ¡Pues a ver si eso sirve de algo para esta familia! ¡Entérate de lo que le ocurre a tu hermana!

—¿Quieres que pase por su casa?

—Eso o llámala por teléfono, lo que quieras, ¡pero haz algo! Llámame esta noche y me cuentas qué tal —exigió angustiada la madre.

—Vale, te llamaré.

Aminah colgó, Houda se apoyó en el respaldo de la silla, con la mirada perdida al frente y soltó un fuerte suspiro.

3

El timbre de la puerta siempre le causaba una ansiedad tremenda. Se aferró con las dos manos a la taza de té e intentó ignorar el sonido. Cuando volvió a escucharlo, se resignó a soltar la taza sobre la encimera y en ir a ver quién era la persona que estaba interrumpiendo su desayuno.

Entreabrió la puerta, solo una rendija para poder ver al intruso, con la cara que siempre ponía cuándo estaba contrariada, como si se mordiera el labio inferior y sacara la lengua por debajo.

Era el cartero del pueblo, un día más.

—Perdona, ¿podría dejarte este paquete? Es para Gabina, la vecina del dieciocho.

Gimió. Tendría que quedárselo.

Podría armarse de valor y decir que no. Sería una verdadera hazaña hacerlo, un esfuerzo que no creía capaz de llevar a cabo. No, después de haberse hecho cargo, durante los dos últimos años, de cientos de paquetes dirigidos a sus vecinos. Justo el tiempo en el que se habían disparado las compras on-line en el vecindario. Varias familias de la urbanización se habían acostumbrado, si el cartero no los encontraba en casa, a que Laura recibiera sus nuevas adquisiciones. Solía ser lo más recurrente, pues la mayoría trabajaba en la ciudad o en los pueblos circundantes; comían en sus puestos de trabajo menús recalentados en el microondas, preparados la noche anterior o por la mañana mientras desayunaban, los que pedían a restaurantes cercanos a sus empresas o fábricas, y no regresan hasta al anochecer.

«¿Por qué no puedo ser como Sara Norén, la protagonista de la serie The Bridge?», pensó.

En una de sus escenas favoritas, en la sobremesa de una comida, el anfitrión le preguntó a Sara Norén si quería la receta de lo que había cenado y ella le respondió: «No, gracias, no estaba tan sabroso».

Le gustaba mucho la serie y el personaje, se identificaba con la inspectora de policía. Ambas sufrían el síndrome de Asperger, una forma de autismo. A las dos les costaba interactuar con los demás, hacerles saber cómo se sentían en según qué situaciones. Laura creía que solo se diferenciaban por el miedo, su miedo, el que oscurecía un tanto el frágil mundo que había logrado construirse. El que la hacía sentirse como una impostora de su propia existencia cuando salía de las cuatro paredes de su casa o cuándo interactuaba con sus semejantes.

—Sí —respondió al cartero avergonzada.

Abrió un poco más la puerta para coger el paquete. Se contorsionó de forma rara, intentando que sus manos no rozasen las del hombre. Se relajó un poco al conseguirlo, pero le resultó toda una proeza. Lo dejó en el suelo con rapidez, a sus pies, y se secó las manos sudorosas en el pantalón del pijama. Estaba temblando.

—Su DNI, por favor.

Laura hizo un esfuerzo titánico y se lo dictó.

Después llegó lo peor.

—Firme aquí —le requirió.

El cartero le alargó la PDA para que garabateara con el puntero su rúbrica.

Fue obvio que no iba a ser uno de sus mejores días, no coordinó bien los movimientos y estuvo a punto de tirar el aparato al suelo. El hombre le lanzó una mirada que dolió, de esas que ella no sabía muy bien cómo interpretar: «¿Siente lástima por mí? ¿Le desagrada mi cercanía? ¿Se

ha enfadado por mi torpeza?». Apartó la mirada, volvió la cabeza hacia el pequeño buzón azul que había en la pared de su izquierda y, al hacerlo, su pensamiento se dispersó en la mezcla de colores: el blanco de la pared y el azul del buzón.

Forzó una sonrisa e hizo lo que le habían pedido, firmó.

—Gracias, y que pase un buen día —se despidió el cartero.

Laura se apresuró a cerrar la puerta. Apoyó la frente en la cálida madera y se permitió unos minutos para acompasar el repiqueteo de su corazón.

Al volver a la cocina el té y las tostadas se habían enfriado. Tiró el contenido de la taza por el fregadero y las rebanadas de pan a la basura. Le daba asco tomárselos en ese estado. Se preparó otro desayuno y rezó para que esta vez nadie volviera a interrumpir su ritual mañanero.

Después de recoger la cocina se duchó, se vistió con la cómoda ropa que la noche anterior había seleccionado concienzudamente, y se preparó para una nueva jornada laboral.

Por la mañana solo trabajaba desde las diez hasta las trece horas. Solía realizar un descanso para hacer su compra on-line diaria de alimentos, preparaba la comida, almorzaba, se echaba una mini siesta y volvía al trabajo desde las diecisiete hasta las diecinueve horas. Por la tarde daba un paseo de una hora y media, por uno de los senderos menos concurridos del pueblo. Le gustaba terminar el día con una ducha, una copa de vino que acompañara una rica cena, y ver un par de capítulos de la serie de turno de Netflix o HBO.

Desde que murieron sus padres estas rutinas eran su vida. «Una vida agradable, sin duda», solía pensar Laura.

Interactuar con desconocidos, vecinos o familiares, era un reto para ella.

Hoy había tocado hacerlo: primero, la inoportuna visita del cartero; segundo, tendría que llevarle el paquete a Gabi, la adicta a las compras por internet.

«Sociabilizar me cansa sobremanera», se autoinculpó.

Seguro que Sara Norén le dejaría a la vecina el paquete en la puerta al más puro estilo primario, tocaría el timbre y se largaría a buen paso, sin mirar atrás. Pero ella no tenía tanta predisposición por lo mecánico, por el pensamiento lógico, como su admirada inspectora. Laura podía ser elocuente y simpática, si había cierta distancia entre ella y el interlocutor de turno, y podía mantener el contacto visual; dos aspectos que creía que la diferenciaban de Sara Norén.

A sus veintiocho años se podía considerar una mujer de éxito. Era una de las BookTubers más famosas del planeta. Del planeta, porque colgaba en YouTube sus críticas y valoraciones de libros en español, inglés y chino, y tenía millones de seguidores. Había conseguido ganarse la vida, ser independiente, a través de su pasión por los idiomas, la lectura y la literatura. Su canal estaba abierto a todo tipo de géneros literarios: juvenil, histórico, suspense, erótico, biografías, filosofía, ciencia, *etc.*

Laura era la niña bonita, la joven por la que las editoriales se daban tortas para que leyera, promocionara y reseñara sus libros. Ponía tal pasión en lo que hacía, sus videos eran tan originales y distintos, que se había convertido en el astro que iluminaba a una comunidad mastodónica de lectores de todo el mundo que compartían sus preferencias y manías. Solo necesitaba un ordenador, un iPad y un trípode para hacer magia.

«Y pensar que, al igual que Albert Einstein, no hablé con fluidez hasta los nueve años... ¡Si cuando me pongo delante de una cámara no puedo parar!», se decía.

Las posibilidades que ofrecía internet le abrieron a Laura la ventana que necesitaba, el mundo por el que bucear sin estresarse, sin tener que lidiar con los retos de la interacción personal. Era feliz relacionándose con sus seguidores en la distancia. Y su obsesión por la lectura, tal cual Lewis Carroll, otro autista famoso, la había convertido en millonaria, encabezando la lista

de los jóvenes más ricos de España.

Laura era hermosa y lo sabía. Menuda, un metro sesenta y dos, melena castaña clara y rizada, ojos verdes...

Repasando las etapas de la vida que había dejado atrás, se reconocía en el rol de la niña creativa que había vivido en un mundo propio, de fantasía. Sus padres tuvieron que aguantarle rabietas terribles. Lloraba, hacía movimientos espasmódicos y algunas veces incluso vomitaba. No fueron muchas, pero sí las suficientes para que se preocuparan y la llevaran a un psicólogo. El especialista no tardó demasiado en dar su evaluación: Laura sufría el Síndrome de Asperger.

El número de mujeres y niñas diagnosticadas con autismo suele ser menor que el de los hombres. Vendría a ser, más o menos, una mujer por cada dieciséis hombres diagnosticados.

Le tocó a ella.

En su juventud sufrió de anorexia, pero no porque no estuviera conforme con su físico, sino porque se olvidaba de comer con frecuencia o, simplemente, porque era difícil hacerlo. La joven valoraba más su inteligencia que su cuerpo, pensaba que lo último debía estar supeditado a la primera. La inteligencia era su mejor baza, le ayudaba a ganarse la vida, mientras que, a simple vista, su cuerpo podía producir señales erróneas cuando se comunicaba con los demás. Lo sabía por experiencia. Más de una vez, cuando Laura intentaba sobrevivir al miedo que le producía el posible contacto físico con uno de sus semejantes, la persona en cuestión interpretaba erróneamente las señales que procedían de ella.

Volvió a escucharse el timbre de la puerta, justo cuando estaba bajando de la segunda planta de su adosado y se encontraba en mitad de la escalera. Las plantas de los pies se le quedaron ancladas en el mármol, las piernas le empezaron a pesar como si estuvieran escayoladas con varias capas de cemento.

—¡Laura, soy yo, Gabi! ¡Ábreme, sé que estás ahí!

No contestó. Siguió bajando, con lentitud, los últimos escalones.

—¡Venga, Laura, que no tengo todo el día! —la apremió su vecina pasados unos segundos.

La joven discurrió, a toda velocidad, un plan con el que deshacerse lo antes posible de la mujer. Su principal angustia era que quisiera quedarse un ratito dándole palique, o que se autoinvitara a un café.

«No sería la primera vez», pensó con un escalofrío.

Logró bajar los últimos escalones, a duras penas, y fue a abrir la puerta cuando la paralizó un nuevo grito.

—¡Laura, hija!, ¡de verdad que tengo prisa! ¡Abre, coño!

Se hurgó en el cuello para sacar una cadena de plata. De ella colgaba la letra «L». La inicial de su nombre la ayudaba a serenarse, le recordaba quién era. Entabló una conversación unilateral con ella misma, con su fuerza interior, en la que llevó a la máxima expresión el delirio de su angustia antisocial.

Se aferró al pomo de la puerta y lo giró.

Gabi entró como un huracán, Laura apenas tuvo tiempo de echarse a un lado para que no la arrollara, para que no la rozara.

—¡Niña, pero mira que eres lenta! —Tenía un timbre de voz agudo, estridente.

Vio el paquete con el logo de Amazon en el suelo, al lado de la puerta, y se agachó a por él.

—Me han mandado un mensaje de que lo habían dejado en tu casa. He salido pitando desde el instituto. Esta hora la tengo asignada en el horario como: «Elaboración de materiales».

—Hablaba rápido, sin freno, como si pensase que el día no tenía veinticuatro horas sino justo la

mitad—. Vamos, lo que se dice tener un «hueco», porque no tengo que impartir clase a ningún curso. Así que me he dicho: «Gabi, escápate un ratito, total son ocho minutos en coche desde el instituto a la urbanización, y mira si no se han equivocado con el paquete. Estos de Amazon son tan pencos que lo mismo me han enviado un consolador en vez de lo que les he comprado».

Gabi era alta, tenía el rostro enérgico pero amable, y una pose que a Laura la echaba para atrás, porque absorbía todo el espacio del interlocutor que se le ponía por delante. Otros rasgos que la definían, aparte de su locuacidad, eran el entusiasmo y el estar siempre dispuesta a festejar la vida.

Extendió los brazos y pegó el paquete al pecho de Laura.

—Anda, ábrelo, es tu regalo de cumpleaños atrasado —suavizó el tono, con los ojos brillantes, al ofrecerle el presente.

El aire de la habitación se volvió cálido, o eso le pareció a Laura. La joven sintió que perdía densidad en los huesos, se dejó llevar por la reconfortante y desconocida gravedad que comenzó a envolverla. Aún así, se mantuvo alerta a la hora de coger el fardo, intentando no rozar los dedos de su vecina.

—Gracias, no tenías por qué molestarte.

Sin decir nada más, luchando contra las emociones encontradas que le aturrullaban la mente, se dirigió al salón a por unas tijeras.

«¿Qué diablos me habrá comprado esta mujer?», se preguntó.

Se afanó y lo abrió con rapidez. Su cara fue un poema al descubrir lo que escondía el envoltorio.

—¡El Kit de Iluminación de Neewer! —exclamó Gabi, anticipándose a cualquier palabra de agradecimiento de Laura y aplaudiendo como una niña lo haría ante su acrobacia favorita en la carpa de un circo—. Ya sabes que yo, bueno... mis alumnos y yo, somos fans absolutos de tu canal de YouTube, y, más de una vez, hemos comentado que echábamos en falta más luz cuando grabas en el salón, así que... ¿Te gusta? —preguntó expectante.

—Sí, había pensado comprarme uno de estos. De verdad, Gabi, muchas gracias.

La profesora no esperó que Laura se abalanzara sobre ella, ni que le diera un efusivo abrazo y un montón de besos sonoros como agradecimiento por el regalo, conocía a la joven desde que era un bebé, sabía que la chica jamás haría algo así. Su idiosincrasia era otra. Había que ponerse en su piel, valorar su sinceridad, disfrutar con su honestidad, tener en cuenta el esfuerzo que hacía por llevar una vida lo más «normal» posible. La vecinita era una verdadera joya, no era de aquellas que se dejaban influenciar por los clichés sociales, ni de las que desestimaban importantes valores humanos.

—Veo que te gusta, así que, ¡misión cumplida! Tengo que volver al instituto. Comprobaré que los utilizas en los próximos videos —la advirtió, mientras señalaba los iluminadores con un dedo.

La contempló con cariño.

Parecía que, después de todo, molestarse en comprar aquel regalo había valido la pena.

Laura no contestó, ni hizo ningún gesto que Gabi pudiera interpretar cómo que la había escuchado, porque estaba concentrada en sacar todo lo que había dentro de la caja, leyendo parte del folleto de instrucciones, montando los soportes, ajustando las bombillas e inspeccionando todos los ángulos del paraguas reflector. Ni siquiera se percató de que Gabi se había marchado de su casa cerrando la puerta con suavidad. Ni mucho menos se cercioró de que la puerta se hubiera quedado cerrada.

Desenroscó el tapón de la botella. Últimamente, la rabia y la impotencia desaparecían solo con el alcohol. Lo único que hacía la realidad tolerable era el whisky cuando le corría por la garganta. Ahogaba su infierno interior con ríos de líquido ambarino. ¿De qué servía vender miles de libros, muchos más que otros escritores engolados, si luego venía el sabiondo de turno a decir: «Ese escritor, ¿cuándo va a escribir literatura de verdad?» Sin embargo, los peores no eran estos sino los que como la booktuber tarada de los cojones, vivían encerrados en un deformado y tenebroso mundo en el que no había cabida para la empatía y la bondad, solo para la envidia, el machaque constante y el desprecio por el trabajo de los que tenían más imaginación y talento que ellos.

—Laura Bayo, eres «cortita», digan lo que digan tus seguidores. Muy pronto vas a saber lo que es bueno, lo que es ser un cabrón de verdad —refunfuñó en voz alta.

«¡Putos envidiosos! Envidiosos de los que nos enfrentamos al miedo de publicar, de los que escribimos con lealtad solo a nuestra obra, sin que nos pese la de los grandes escritores clásicos. Cierto que ya está todo contado, pero también es cierto que se pueden reinterpretar los temas universales según la época en la que se viva».

«¿O es que acaso eso también se va a considerar plagio?», se indignó mientras se servía medio vaso de whisky.

«¡Y el machaque constante! Analizando con lupa cualquier obra que despunte en el mercado editorial; corrigiendo errores como locos; destruyendo reputaciones forjadas con tantísimas horas de trabajo; contemplando desde las gradas la carnicería que se libra en el coso; analizando, a salvo de las salpicaduras, la batalla campal que ellos mismos iniciaron al arrojar la presa. Son un clan, todos ellos se conocen, se lamen el culo y cuando se les mete alguien entre ceja y ceja... van a una. Se tiran a su yugular para degollarlo».

Se bebió todo el líquido de un trago. Volvió a llenarse el vaso, esta vez un poco más.

«Tengo que dejar de beber, no quiero que el alcohol se convierta en un problema», se dijo.

—¡Joder, estoy repitiendo las palabras del librero! —exclamó en voz alta.

«Alfonso se cree que estoy enganchado a la botella todo el día. Pues no, listillo, no bebo tanto. Además, muchos escritores beben para inspirarse, igual que los músicos, los actores, los ejecutivos... Toda la gente que consigue cierto estatus social lo hace, gente que, como yo, con mucho esfuerzo y trabajo, han conseguido grandes éxitos», se intentó convencer.

Alfonso era el único que lo entendía, era el único en el que podía confiar. Él siempre le venía, con toda la razón del mundo, con que se alejara de aquellos que no le aportaban nada. «Lo que tienes que hacer es sentarte a escribir todos los días, una hora, dos, tres... y dejar de preocuparte de los que enarbolan la bandera del desprecio delante de quienes tienen más imaginación y talento que ellos».

El timbre del teléfono lo sobresaltó, dio un respingo.

En la pantalla del móvil apareció el nombre como si lo hubiera exorcizado, «Alfonso Guirao (El Lobo Encantador)».

—¿A qué se debe, amigo mío? —respondió con voz ronca—. ¿No me digas que me echas de menos? ¡Si nos hemos visto esta mañana! —calló unos segundos, escuchaba a su interlocutor—. Vale, si no me lo quieres contar por teléfono... me paso dentro de un rato, esta tarde. ¡Mete en la

nevera unas cervezas! Ya sabes que me gustan bien frías.

5

—*Alsalam alikum*, Houriya —saludó Houda tras el «¿Diga?» de su hermana al otro lado de la línea.

Escuchó una risa sin aliento, que trataba de aparentar normalidad.

—*Alikum salam*, hermana. ¿Mamá te ha pedido que me llames? —En las palabras de Houriya había cierta acusación.

Se oyó de fondo el sonido de un electrodoméstico, tal vez el de un robot de cocina triturando o batiendo.

—No, ¿por qué me iba a pedir algo así?

—No te hagas la tonta o, mejor aún, no creas que la estúpida soy yo. Hace un par de horas que he hablado con mamá y me ha estado calentando la cabeza, no hay que atar muchos cabos para entender que tu llamada es porque ella te ha estado molestando para que la hicieras. ¡Tanto le cuesta dejarme en paz! —La voz de Houriya sonó como un latigazo.

Houda se mordió el labio inferior para no soltar ninguna tontería. La rabia que notaba en la voz de su hermana le estrujó el estómago.

—Estamos preocupados por ti. ¿Tan malo es eso?

Se quedaron un momento en silencio, alertas.

—¡Dejad de hacerlo! Estoy bien, si acaso un poco estresada con todo el trabajo que tengo que llevar para adelante: la casa, la educación de los niños, alguna que otra discusión con el cabezón de Hamza... —Las palabras se fueron volviendo espesas, como si le costara demasiado esfuerzo seguir pronunciándolas—. Nada que no entre dentro de la rutina de una vulgar ama de casa.

—Pero... ¿por qué no quieres que mamá te eche una mano con los niños, como ha hecho siempre? —preguntó Houda con tono conciliador—. Tendrías menos trabajo y...

—¡Porque siempre me está sermoneando: «¡Haz esto así, eso de tal forma y para aquello lo mejor es...! Hanae y tú no lo podéis entender, a vosotras no os atosiga como lo hace conmigo. Es peor que una suegra, todo lo cuestiona y lo examina con lupa.

Houda sintió la tentación de darse por vencida, reconocer algo de razón en las palabras de su hermana. ¿Cuándo se había vuelto su madre tan gruñona? Sin embargo, Aaminah era una buena madre y una buena abuela, daría la vida por cualquiera de sus hijas o nietos. Así que no lograba entender el porqué del repentino desapego de Houriya hacia esta. Ambas habían estado muy unidas, hasta ahora, y eran las que más complicidad se tenían de toda la familia.

Intentó justificarla por última vez.

—Dice que le has pedido que no se presente en tu casa sin avisar, que ya no le dejas ver a los niños por las tardes, que no le abres la puerta aun estando en casa...

—¡Espacio! Solo pido un poquito de espacio. ¡Que me deje en paz unos días! ¿¡Es mucho pedir!? ¡Llevar una familia cuesta! Es imposible que tú entiendas nada de esto, no tienes a nadie a quien cuidar, en quien pensar. —Su voz la traicionó, transmitió inseguridad e insensatez, y, Houda captó, con toda claridad, esas señales.

—¿Cómo puedes hablar así, decir tantas insensateces? —estalló Houda—. Hay otras cosas en la vida aparte de casarse y tener hijos. ¿Cómo has podido acusarme de egoísta, de que solo pienso en mí? ¿Cómo has podido echarme en cara que no tengo una familia de la que

ocuparme?

—No me arrepiento de ninguna de las palabras que he pronunciado, te haya gustado o no escucharlas. La familia, los hijos, son más importantes que un estúpido trabajo.

Independientemente de cómo acabara la conversación, Houda optó por suavizar la crispación, aunque siguiera recriminando el proceder de su hermana. Sentía que la irritación le hacía arder el estómago.

—¿Te estás escuchando? No pareces tú. —Dejó de hablar para controlar el temblor de la voz, aquella conversación no estaba discurriendo por el cauce debido—. Podrías ser más diplomática con mamá y ahorrarte su preocupación. Tu actitud hacia ella ha cambiado de la noche a la mañana, así que no me vengas con cuentos. Si te pasa algo, debes decírnoslo. Puedes confiar en nosotras, ¡por amor de Dios, somos tu familia!

Houda esperó. Pasaron unos segundos. Luego escuchó un hilo de voz:

—Houda, todo el mundo anda estresado. Deja de buscar fantasmas donde no los hay.

Colgó.

En alguien como Houriya, esa acción resultaba un despropósito, por lo que Houda se quedó desconcertada. No le pareció nada bien. Dolía. Su hermana le había enviado dardos que le habían hecho daño. Empezó a ser consciente, hasta la incomodidad, de lo poco que conocía a la Houriya adulta, esposa y madre de dos niños, de la que se había ido distanciando con el tiempo. No pudo evitar pensar que su hermana sufría y que, por algún motivo que ella no lograba entender, no deseaba que los que tanto la querían se hicieran eco de su sufrimiento.

«Quiere que la dejemos en paz, quiere solucionar sus problemas ella sola, pero es una estupidez supina que los afronte de esa manera pudiendo contar con la familia Falú al completo», pensó.

De pequeñas sus vidas fueron libros abiertos entre ellas, y hacían partícipe de esas confidencias a Aaminah. Incluso en la adolescencia no cerraron puertas ni se aislaron. Conocían todo las unas de las otras: riñas con amigas, gestos amables recibidos de profesores o vecinos, insultos racistas por ser de origen marroquí... Se apoyaban, se mostraban tal y como eran y, lo más importante, se querían y se respetaban con sus virtudes y sus defectos.

Observó su imagen reflejada en el espejo de la puerta del armario del dormitorio, seguía sentada en la cama y con el móvil en la mano derecha, como si intentara visualizar sus oscuros temores en medio de los estampados de medias naranjas de su funda de edredón favorita.

Siempre había sido delgada, pero le pareció que ahora estaba más demacrada que nunca. Desde que Hanae, su hermana pequeña, se había marchado a Londres: «Necesito un cambio de aires, siento que Huelva me asfixia», había perdido el apetito. Se obligaba a comer, pues su trabajo requería estar lo más fuerte posible, pero le costaba hacerlo. Tenía pronunciadas ojeras bajo sus verdes ojos achinados, porque tampoco dormía lo suficiente, ya que sufría un constante estado de alarma que le provocaba insomnio. Estaba segura de que no se debía a los casos que llevaban entre manos en la comisaría, sino a la preocupación por la huidiza hermana. En la actualidad, no había fundamentos para la singular inquietud que la carcomía por dentro, pero no podía remediarlo, no podía aligerar el peso que sentía en el corazón cuando se preocupaba por alguien de su familia.

Se sentía muy mal por Houriya. Su hermana mayor, fuerte y resoluta, que siempre se las había apañado muy bien, parecía necesitar toda la ayuda del mundo. «¡Por qué será tan cabezota!», pensó sacudiendo la cabeza.

Había elegido aquella profesión, la de policía, para luchar contra la injusticia social, pero cuando Hanae necesitó que ella fuera más perspicaz, no lo fue.

«Eso no volverá a ocurrir», se dijo para sí.

Un año atrás, Hanae se vio envuelta en un turbio asunto, que Houda no vio venir hasta que fue demasiado tarde. La inspectora tuvo que ocultar a sus compañeros, por no implicar a su hermana, información relevante en una investigación en curso. Los remordimientos eran algo más que añadir al lastre que venía arrastrando desde hacía meses. Ni siquiera la jubilación anticipada de su compañero Raúl Damacio, debido a un ictus en el cerebelo que le provocó secuelas importantes en cuanto a la movilidad y el equilibrio, había aligerado la carga de aquel episodio del pasado más reciente.

«Gracias a *Allāh* por la mejoría de Raúl en los últimos meses».

Fue muy duro mantener el tipo las semanas que precedieron al cierre y archivo del caso del «Degollado del Holea», fue una pesadilla estar bajo las miradas suspicaces, decepcionadas y acusatorias, del curtido policía.

Fingir, la mataba.

La salvó, el concentrarse en el trabajo al cien por cien.

Siempre pensó que el día que tuviera que despedirse de aquel arisco, pero a la vez disciplinado agente, le costaría no derramar lágrimas a chorros. Había sido su máximo valedor desde que los emparejaron como compañeros en una comisaría llena de policías a los que les salía la vena machista o racista en cuanto la veían entrar por la puerta. Durante el tiempo que trabajaron juntos se habían entendido a la perfección. Raúl solía decirle que parecía que habían vivido la misma guerra, aunque fueran de generaciones alejadas en el tiempo.

Sin embargo, al final, Houda había acabado fallándole.

6

Le hubiera gustado pensar que solo era una broma de mal gusto. Pero, ¿quién podría creer que aquello tenía algo de gracioso? El efecto que había provocado en ella, el comentario que había recibido a través de un mensaje privado, había sido de una angustiada ansiedad.

Sintió calor en la cabeza, como el del secador de pie de una peluquería, ostensiblemente benigno pero capaz de quemar y abrasar. Por un momento pensó en borrar aquel estúpido mensaje y olvidarse del troll.

Creí que estábamos destinados a conectar, que nadie cómo tú podía llegar a entender mis novelas, pero he sido un iluso. No eres más que una estúpida tarada que se cree con criterio suficiente para opinar del arte de los demás. Querida, vives en un mundo paralelo, la realidad se aleja mucho de tus videos chapuceros. Ve pensando en cambiar de oficio, porque no tienes ni puta idea de cómo hacer reseñas de calidad. Careces de los conocimientos literarios necesarios para hablar de literatura. ¡Entérate de una vez, RETRASADA!: ¡Los lectores no son TONTOS, ellos saben lo que les gusta o no, y, si mis libros TRIUNFAN, es porque lo merecen! Cúbrete las espaldas, BICHO RARO, porque todo acto INJUSTO tiene sus consecuencias.

Releyó el texto una decena de veces, desmenuzando concienzudamente la rabia que habían querido transmitirle a través de él. Consciente de que debía atender tanto a lo que expresaba como a lo que subyacía entre líneas, y que solo visto en conjunto podía arrojar algo de luz. Sus palabras hirientes y amenazantes pretendían justificar algún acto violento contra ella, justificándolo como necesario, ineludible, al que se veía abocado por un odio enfermizo hacia su trabajo, hacia su persona. Cualquier otra booktuber, hubiera desechado aquel comentario, sin más, pero Laura pensó que era inaceptable que le hubieran escrito aquellas barbaridades.

—¿Cómo se atreve? ¡Lo tengo todo: conocimientos, criterio y experiencia! Es mi trabajo. Le dedico todo mi tiempo. Leo, desarrollo la idea, grabo el video, edito... Incluso, aunque no me guste nada, establezco contacto con alguno de mis suscriptores —enumeró en voz alta.

«¿Quién se esconde detrás del *nick*: *FederLlo?*», pensó Laura.

Se levantó como un resorte de la silla, con tal ímpetu que tiró con el codo izquierdo un par de bolígrafos que se encontraban demasiado cerca del filo de la mesa. No pudo seguir mirando la pantalla del ordenador por más tiempo.

«No puede ser otro... Sólo él podría estar tan enfadado como para escribir algo así. Debió de molestarle la crítica que le hice a su última novela. ¡Pero es que es malísima! No puedo comprender cómo vende tanto. No hay por dónde cogerla: los diálogos, forzados e infantiles; los párrafos, estructurados de una forma ridícula; la puntuación, ¡Dios mío, qué puntuación!; un vocabulario pobre y repetitivo; unos personajes imposibles de creer; desastroso el desarrollo de los acontecimientos; en cuanto a los temas que trata, ¡la documentación brilla por su ausencia! La novela es el cúmulo de despropósitos de un loco», continuó elucubrando Laura.

¿Tenía miedo?

Sí, sintió una profunda inquietud, la advertencia de que algo estaba a punto de pasar. Apretó los dientes para contener aquella sensación tan angustiada.

«¿Estoy en peligro? ¿Debería acudir a la policía?», se preguntó.

Sus ojos vagaron, confusos y perdidos, por la zona de trabajo. Su cerebro le ordenó que hiciera algo mecánico, cualquier cosa que la entretuviera. Se acercó a uno de los archivadores metálicos, sacó todas las carpetas que había dentro de él y tras valorar si colocarlas encima de la mesa cuadrada de color naranja o dejarlas en el suelo, optó por lo último y las puso a sus pies.

Volvió a ordenar lo ordenado.

Hacía más de diez años que se conocían, pero no podía asegurar que lo conociera realmente. Le parecía que una especie de bruma ocultaba la verdadera esencia de Alfonso Guirao, el dueño de la librería El Lobo Encantador. Tenía muy claro que con él representaba un papel. No veía ningún problema en este hecho, todo el mundo, a lo largo de su vida, acaba representando diversos papeles. Incluso Alfonso lo hacía.

A pesar del velo, que no dejaba vislumbrar la verdadera naturaleza del librero, creía que este era una «buena persona». Siempre andaba atareado, a menudo con asuntos de caridad y problemas sociales de diferente índole. Le gustaba dar el coñazo, a cualquiera que se prestara a escucharlo, con aserciones trilladas de ideología de izquierda moderada, aunque otras veces le salía cierta vena regionalista, localista.

Pese a conjugarse en su personalidad todas esas trivialidades, Alfonso Guirao era un amigo.

Un buen amigo, aunque...

Le había contado lo que pensaba sobre la «tarada» y se había escandalizado. Su rostro no transmitió la emoción e indignación que él esperaba.

—Basta, basta, no seguiré escuchando tantos despropósitos —Hizo lo que pareció una pausa teatral antes de proseguir—. No estás hablando en serio. No digas esas cosas. Más tarde te arrepentirás.

Lo miró de reojo, como un conspirador.

—¿No ves el estado de ánimo en el que estoy? ¡Es por su culpa! Ha desbaratado mi mundo. No puedo escribir, no puedo inspirarme, no puedo seguir con mis rutinas, ¡y es por su culpa! Siento que mi mente se está descomponiendo. Creo que apesto a descomposición. ¡Aj! — Su exclamación expresó una repugnancia áspera, violenta— Te lo vuelvo a repetir, no movería ni un solo dedo para salvarla, aunque la viera quemarse entera o ahogarse en el mar.

—Te lo digo en serio, ¡basta ya! Te estás comportando de una manera... —No acabó la frase, no quiso ofender al escritor—. Es normal que estés enfadado, pero no debes llevar esta tontería más allá. Solo es la opinión de una persona, no la de los miles de lectores que te siguen y a los que les encanta cómo escribes. ¿Has leído el último artículo de Arturo Pérez Reverte, *Déjenos escribir, idiotas?*

—No, ¿dónde ha salido?

—En la página web de Zenda. Léelo, te ayudará a serenarte. Lo deja muy claro, un novelista tiene que limitarse a escribir y a olvidarse de las críticas. Dice que no es necesario mejorar el mundo ni redimir a la Humanidad, sino imaginar historias, contarlas, y punto.

—¡Muy bien, así se habla! —apostilló el escritor.

—Incluso se pregunta: «¿Por qué no escribir sobre un protagonista violador o asesino? ¿Por qué renunciar a caracteres inmorales, perversos, viciosos? ¿Acaso somos tan imbéciles como para creer que lo que piensa o hace un personaje de ficción es trasunto del autor?»

—¿Sabes por qué ha escrito este artículo?

—Al parecer le ha molestado la opinión de una colega escritora que ha asegurado que un novelista debe comprometerse con valores éticos en sus obras y no hacer apologismo de la violencia, el machismo y demás.

—¿Y ha dicho algo sobre el estilo a la hora de escribir?

Alfonso dudó durante unos segundos. Al final decidió no comentar que el veterano escritor era un acérrimo paladín de la limpieza y eficacia narrativas, que siempre acababa reivindicando la importancia del buen uso de las técnicas literarias. Hacerlo sería hundir un dedo en la herida abierta por Laura Bayo en su amigo.

—No recuerdo, me he quedado solo con este asunto, pero no me extrañaría, ¿ya sabes cómo las gasta!

Se esforzó por recobrar la compostura. Estaba sentado muy tieso, en el pequeño sofá del ordenado almacén de la trastienda, sosteniendo un botellín de cerveza con la mano derecha, una pierna cruzada sobre la otra, moviendo el pie con un rítmico tic nervioso. El escritor había amasado durante años un gran resentimiento por ofensas imaginarias o no, por frustraciones propias y por lo que entendía como desprecios de la gente que lo rodeaba o que le importaba. Su inseguridad había propiciado una coartada ególatra en su plan de supervivencia. Si fracasaba en algo, no era culpa suya sino de los demás. Se sentía superior y mejor que cualquier persona de su entorno. Una ráfaga de furia le atravesó la garganta. Con esfuerzo, se enfrentó a la mirada inquisitiva de Alfonso. Le brillaron los ojos de impotencia, pero estaba claro que tenía que moderar sus quejas. El librero parecía satisfecho de sí mismo en su rol de confidente, hasta cierto punto sacerdotal. Le asqueó ese postureo. Experimentó una intensa cólera dirigida hacia él. No tardó en arrepentirse de haber ido hasta allí y de haberle contado sus pensamientos más inquietantes. Temía que le traicionara. Se empezó a sentir sin fuerzas y, en cierto modo, confuso, asustado.

—Tienes razón, amigo mío, tengo que olvidarme de esa tipa y de lo que piensa sobre mis libros. —La mano le tembló mientras se llevaba la botella a la boca—. Es una parásita que vive de juzgar a los que brillan y tienen más talento que ella. Una envidiosa que pone la lupa porque le jode lo bien que me va.

—Sí, olvídate de todo esto lo antes posible, es lo mejor—el librero trataba de calmarlo—. Haz como Pérez Reverte y reniega de los verdugos de textos, pero sin acritud ni malos rollos ¡No es bueno para la salud que el mal humor dure demasiado!

«Gilipollas, esos topicazos manidos que subyacen en la vaga compasión hacia los que sufren excluyen la verdadera compasión hacia el sufridor», pensó.

—Se me pasará en seguida —dijo, reservándose su opinión al respecto—. Lo siento, Alfonso, me he exaltado y he dicho muchas tonterías. ¡Ni que mi vida fuera un infierno! Todavía soy joven, de buen ver —el librero se carcajeó en su cara—, ¡no te rías, cabrón! —dijo señalándole con la botella, con la sonrisa de un zombi que sale de su ataúd—. ¡Tengo éxito y más dinero del que necesito! —Gotas de saliva salpicaron la camisa de Alfonso— Sé que no debo quejarme tanto, lo sé. —Su boca se volvió flácida y empezó a hablar torpemente—. Ya verás cómo a partir de ahora me voy a tomar este asunto con tranquilidad. Entiéndeme, después de lo que me has contado... Pero ya me he desahogado, así que, ¡punto y final! Gracias por escuchar los desvaríos de un loco, amigo mío. Pero déjame puntualizarte algo, no soy el único que lleva mal las críticas...

—Me alegra haber sido de ayuda, ya sabes que me tienes aquí para lo que necesites. Sé que es repetirme, pero, acepta un último consejo, no pierdas la calma por cosas como esta. Haz oídos sordos a todo lo que venga de Laura Bayo y sigue con tu vida. Eres demasiado impulsivo, debes aprender a controlarte.

Se mordió la lengua. Sus ojos se tornaron sombríos, cayeron sobre el dueño de la librería como intentando atraparlos en una jaula de acero. ¡Si supiera cuánto lo estaba odiando en

aquel momento!

—Debes reconocer que a todos nos molestan las críticas.

—Claro, pero...

—Déjame continuar —lo interrumpió—, si atendemos a las estadísticas el setenta por ciento de la gente reacciona ante la crítica sintiéndose como un perro sarnoso, un veinte por ciento la rechazará negándola y, tan solo un diez por ciento, reflexiona sobre ella, la interioriza y decide si debe o no cambiar su conducta. Así que, no me considero ni mejor ni peor que los demás a la hora de aceptar los enjuiciamientos que se me hacen.

—Hombre, enjuiciamientos...

—Sí, ¡enjuiciamientos!, pues toda crítica implica un juicio, un colgar etiquetas. En realidad, creo que la crítica constructiva no existe. El psicólogo Bernardo Stamateas, autor de *Trátame bien*, también lo cree y opina que: «Una cosa es corregir, proponer, ser un mentor, y otra cosa es criticar por criticar. En este último caso, hay un fin negativo ya que no hay una propuesta, solo se incide en el problema».

Alfonso pensó que, en todo caso, el motivo de que afecte tanto una crítica es debido a la inseguridad del sujeto que la recibe, pero se abstuvo de decirlo en voz alta.

—Amigo mío, la crítica es inevitable, ¡y más a un escritor! No sois un billete de quinientos euros que quiera todo el mundo. Sé protocolario, no subas al ring, mantente en la racionalidad frente a la emocionalidad de cualquier lector, no solo de Laura Bayo. Enfoca tu energía en la escritura y haz oídos sordos a todo lo demás. Sin duda, la regla de oro para hacer frente a las opiniones negativas de los demás es la autoestima, lo que depende íntegramente de nosotros, no del exterior.

Volvió a beber, el cristal chocó con sus dientes inferiores, produciendo un leve crac. Demasiado ímpetu al llevarse la botella a la boca. Con total seguridad, por la rabia que le provocaron las condescendientes palabras del que hasta aquel momento había considerado «un amigo».

Alcanzaron, durante la media hora siguiente, algo parecido a la distensión, un momento de tregua que no era tal, pertrechados cada uno tras un par más de botellines de cerveza.

Empezó a resultarle extenuante seguir respirando el mismo aire que el librero.

—Tengo que hacer unos recados —dijo soltando la botella de cerveza encima de una caja llena de libros para devolver a la distribuidora—. Te llamaré.

Alfonso Guirao se mostró dispuesto a dejarlo partir. Hasta le pareció que mostraba cierto alivio porque se marchara de su negocio. Esta vez no hubo palmoteo en la espalda ni sonrisas de complicidad, solo nerviosismo en la despedida. Por su parte: dientes apretados, mirada huidiza y, hasta cierto punto, hostilidad.

8

Le asombró comprobar en el móvil que ya eran casi las nueve de la tarde. La luz de la calle era la que conducía un sol radiante al pavonearse con todas sus galas ante la proximidad de la noche, preámbulo de un hermoso atardecer.

Houda se sintió cansada, un poco mareada, las rodillas todavía le flaqueaban a causa de la adrenalina que su cuerpo había generado durante el tiroteo del coche «zeta» en el que patrullaba por los distritos de Huelva. Llevaban una semana complicada, habían detenido a cuatro miembros de dos clanes familiares que andaban a la gresca por el apuñalamiento de un hombre. El tiroteo al coche de policía en el que ella viajaba, se había producido alrededor de las dieciocho horas, en una de las calles del barrio del Torrejón, en concreto en la avenida de las Flores. Ni su compañero ni ella habían sufrido daño alguno, pero el susto todavía lo llevaba en el cuerpo. Los disparos se realizaron desde un vehículo con matrícula falsa, que circulaba por el carril contrario mientras estaban parados esperando que se encendiera la luz verde de un semáforo. Lo más probable era que no fueran a por ellos, que no quisieran matarlos, que solo pretendieran mandar una advertencia intimidatoria. Dispararon a las ruedas y a la parte trasera del vehículo. Su compañero pidió refuerzos y se realizó un importante despliegue en la zona para intentar detener a los autores de los disparos, pero el vehículo que habían utilizado, un Audi A4 negro, se volatilizó. Fue imposible dar con él. Aún había varias unidades de la Policía Nacional dando vueltas por la zona. Después de dos infructuosas horas habían mandado al agente Bilal Moughi y a Houda a la comisaría para que pudieran redactar el informe del suceso y, a la vez, descansar un poco la tensión acumulada.

Su compañero se había ofrecido a realizar el papeleo y casi la había obligado a marcharse a su piso. Houda planeó tomarse un bocadillo y acostarse temprano. Había sido una jornada muy intensa y no la consolaba pensar que, en todo caso, aquel día ya estaba a punto de concluir. Con ese ánimo, con cierta sensación de catástrofe, abandonó la comisaría.

9

«Leo libros y hablo sobre ellos» —contestó Laura a la primera pregunta formulada en la entrevista que el digital *Huelvaya.es* le había enviado vía e-mail: «Explícanos brevemente a qué te dedicas».

Continuaron con: «¿Cuál fue el origen del fenómeno booktuber?».

—¿Qué tipo de pregunta es esta? —se preguntó exasperada— ¿Por qué no lo buscan en la Wikipedia?

Aunque le fastidiaba sobremanera, pues no era muy dada a dar información sobre sí misma, se dijo que debía tomárselo con calma y contestar lo más rápido posible. Se reconfortó pensando que podría haber sido peor, de haber insistido en que algún periodista o fotógrafo fuera a su casa a importunarla. Sobresaltada por el siniestro pensamiento, miró alrededor para asegurarse de que seguía en su salón, sola.

«Es una evolución de los videos *haul*, que surgieron en Estados Unidos hacia el dos mil nueve, en la que los usuarios de YouTube muestran a sus seguidores sus más recientes adquisiciones: moda, mascotas, juguetes, libros, etc.»

«¿Qué te aporta ser booktuber?».

«La satisfacción de ayudar a otras personas a que encuentren el libro que los motive a leer», tecleó.

Alcanzó la manzana que, antes de ponerse con la entrevista, había traído de la cocina en una bandeja pequeña. Le pegó un mordisco y la volvió a soltar.

«¿Hobbies?»

—Engancharme a series de televisión, escuchar música, practicar piragüismo y caminar por el campo o por la playa, en los meses en los que menos turistas circulen por el pueblo —enumeró en voz alta, a continuación, lo escribió.

«¿Libro máspreciado?»

No tuvo que pensárselo.

«*Los Miserables*, de Víctor Hugo».

«Último libro que has leído».

«He releído *Antes de los años terribles*, de Víctor del Árbol».

Las últimas respuestas las escribía a un ritmo frenético.

«¿Cuál es tu película favorita?»

«*Dancer in the Dark*, en versión original, una película danesa dirigida por Lars von Trier e interpretada, entre otros, por la cantante islandesa Bjötk, Catherine Deneuve y David Morse».

«¿Recuerdas cómo fue subir tu primer video?».

Respiró hondo.

«Me sentiría bien, supongo. Lo he olvidado. Conociéndome, subirlo y empezar a pensar en el siguiente».

«¿Qué expectativas tenías?».

Dejó vagar la mirada por las estanterías repletas de libros.

«Divertirme, solo eso. Me gusta hablar de libros. Tal vez, compartir mi afición con otros jóvenes».

«¿Te ha cambiado la vida YouTube?».

Procesó durante unos segundos la pregunta.

«Sí. Mucha gente me conoce, ve mis videos y dejan comentarios. Cuando empecé lo consideraba un entretenimiento, pero con el tiempo se ha convertido en un trabajo. Sin quererlo, el primer video marcó un nuevo rumbo en mi vida».

Leyó la siguiente pregunta con mirada resignada.

«¿Te pesa la fama que te ha llegado por causa de YouTube?».

«No dejo entrar en mi casa a ninguna Fama, entiéndase la ironía».

Estuvo a punto de borrar la respuesta e inventarse una nueva, pero por desidia no lo hizo.

«¿Cómo te ves dentro de diez años?: ¿Escribiendo, presentando un programa de libros en televisión, dirigiendo una editorial...?»

«Ninguna de las tres cosas, solo seguir leyendo y animando a la lectura. No suelo pensar en el futuro, no más allá de la siguiente lectura o del siguiente video».

«¿Crees en algún dios, en alguna religión, en algo?».

«Creo en la literatura, en la libertad, en la igualdad, en la solidaridad, en tener una vida digna..., creo en muchas cosas».

«¿A qué tienes miedo?».

«Leí que Woody Allen dijo: “El miedo es mi compañero más fiel, jamás me ha engañado para irse con otro”. Todo el mundo tiene miedo a algo. El peor miedo que se puede tener es a uno mismo, a lo que podemos ser capaces o no de hacer. Ser conscientes de nuestros temores y encontrar la raíz de los mismos, es el primer paso para acabar con ellos. ¿A qué tengo miedo? A muchas cosas, por mencionar algunas: a la pérdida de autonomía y a los cambios».

Solo quedaban dos preguntas por contestar, se dio ánimos para hacerlo lo más rápido posible y poder mandar, cuanto antes, el archivo a la dirección de correo que le habían indicado.

«¿Qué es lo más negativo que te ha pasado como booktuber?».

Respondió esa pregunta con decisión.

«Las pataletas de los escritores a los que no les parece bien los comentarios que hago de sus obras. Solo han sido un par de autores, pero sus reacciones han sido desmesuradas, desagradables y agresivas. Reacciones que me han impresionado, con las que me he sentido amenazada. Incluso me han enviado correos desde una identidad falsa. No llego a entenderlo. Mis críticas siempre son constructivas y respetuosas, así que me cuesta asimilar actitudes tan infantiles. A pesar de todo, nunca mentiré a mis lectores».

La última.

«¿Quién es en realidad Laura Bayo?».

«Una lectora cualquiera, a quien le gusta compartir su afición con lectores repartidos alrededor del mundo».

No quiso revisar lo que había escrito. Guardó el documento, abrió Gmail, escribió un breve saludo y adjuntó el archivo. Copió la dirección del periodista de *HuelvaYa.es* al que tenía que remitir la entrevista y le dio al botón de enviar.

10

Pensaba proféticamente en la muerte.

«Somos criaturas perecederas, que remontamos pequeños comienzos y caemos en pequeños finales», se dijo.

Cerró los ojos.

Quería dejar de hacerlo. Por lo menos, debería dejar de pensar en su propio fallecimiento. Sería más productivo planear la eliminación de Laura Bayo.

Su conciencia, un tanto alterada, le exigía un sacrificio. Purgar la animadversión y el odio que sentía le pareció fácil. El silencio y el tiempo jugaban a su favor, absorberían el gran poder que se le había concedido, el de equilibrar la balanza. Tal posibilidad le abrasaba la mente. La exaltación del intelecto se mezclaba con la vibración del cuerpo en una danza salvaje, que deseaba alimentarse de acción y sangre. Si conseguía templar el nerviosismo que recorría su cuerpo, se vería recompensado, pues ya nada ni nadie se interpondría entre el éxito y él.

El sentimiento de encontrarse haciendo lo correcto.

Una vez acabara todo, estaría preparado para escribir el gran libro de su vida. Notaba como se formaban las palabras, como se juntaban para hacer oraciones en su subconsciente. Experimentó una jubilosa alegría al comprender que los instantes que estaba viviendo eran los más plenos y perfectos, incluyendo el sexo, que podía ofrecerle la vida.

Se había quedado dormido y, un par de horas después, se despertó con náuseas, como si hubiera estado subiendo y bajando por una montaña rusa en vez de tumbado en su cómodo sofá.

Se sentía sudoroso y sucio.

Decidió bajar al sótano antes de darse una ducha.

Lo tenía bastante despejado, solo un par de armarios con herramientas y algunos cachivaches ortopédicos o para hacer ejercicio en casa.

«Puede servir», pensó.

Solo tendría que subir a la cocina la estantería-botellero de acero con revestimiento de cristal, que había comprado por Amazon hacía un par de años, y la veintena de botellas que contenía.

Se puso manos a la obra. Le costó más tiempo, de lo que en un principio había imaginado, subir aquel mamotreto por la escalera, aun sin botellas. No era igual bajarlo desmontado dentro de una caja de embalaje, que subirlo armado, aunque lo llevara arrastrando parte del tiempo. Una vez colocado detrás de la pequeña mesa que utilizaba para comer en la cocina, le tocó el turno a las botellas.

Tuvo que bajar una vez más, para asegurarse de que estuvieran convenientemente cerrados los candados de los armarios y de que no hubiera nada que pudiera usarse como arma defensiva por ningún lado.

—Bajaré una manta y un cojín —dijo, resoplando, al volver a subir, pero se lo pensó mejor y decidió postergar ese asunto.

El esfuerzo físico había conseguido despejarle la mente. El agua fría de la ducha lo acabó de

espabilar. Alcanzó el bote de gel y echó un buen chorro en la esponja marina natural. Se frotó todo el cuerpo con ímpetu. Era un obseso de la higiene personal. Se ordenaron en su cabeza una serie de fantasías que, de tanto imaginarlas, le parecieron reales. Dejarse llevar por dichas ensoñaciones era muy tentador, pero no tuvo más remedio que sacudir la cabeza y decidirse a pasar a la acción.

Sufrió un escalofrío al verse en el espejo del armario. Sonrió de modo instintivo y su rostro adquirió una expresión amable. Se había puesto unos vaqueros, una camiseta negra básica y unas New Balance del mismo color. El atuendo adecuado para la proeza que se encaminaba a realizar, la de imponer un castigo justo.

Eres un fenómeno, ¡ve a por ella!, oyó que le decía la voz interior.

—Ahora no. No debes distraerme —le susurró a la vez que intentaba espantar la voz con la mano —. ¡Márchate!

Esta pareció hacerle caso.

Todo debía seguir un orden, no podía permitir que la voz lo despistara. Cerró los ojos y notó que se le relajaban los músculos.

Salió de la habitación, apagó la luz y se marchó con la sensación de que su reflejo seguía atrapado en el espejo.

11

El timbrazo la sobresaltó. Siempre lo hacía. Miró el reloj, a punto de ser medianoche. Normalmente solía estar en la cama a esas horas, pero estaba viendo uno de los capítulos de la nueva temporada de *Black Mirror* y, aunque encontraba que los nuevos episodios eran mucho más flojos que los de temporadas anteriores, seguía enganchada a la genialidad puntual y visionaria de los guiones y de la puesta en escena de la serie.

Pensó en no abrir, pero se instó a levantarse del sofá y a acercarse a la puerta.

Miró por la mirilla, la luz estaba encendida, no se veía a nadie.

Fue a la habitación a coger la pistola. Escondió el brazo que la empuñaba detrás de la espalda y abrió la puerta con suma precaución.

La luz del pasillo se apagó.

La volvió a encender con dedos temblorosos. El aire era sofocante y húmedo a aquellas horas de la noche. Un par de mariposas nocturnas zumbaban y chocaban alrededor del plafón de luz parpadeante.

Se adentró en el pasillo y se acercó a la escalera que conectaba la media docena de pisos del bloque. Escuchó algunas pisadas y el golpe de la puerta del edificio al cerrarse.

Dudó en bajar corriendo las escaleras y asomarse a la calle. Había sido un día muy largo, no quiso tentar a la suerte. Se dio media vuelta, entró en el piso, cerró con doble vuelta de llave y echó la cadena de seguridad. No pudo seguir viendo la televisión, la apagó y, tras pasar por el baño, se deslizó bajo el edredón estampado de medias naranjas. La pistola no volvió al armario, Houda la metió debajo de la almohada. Tardó un rato en soltar la culata.

El reloj marcaba las dos y veinte cuando Laura abrió los ojos. Apenas llevaba un par de horas durmiendo. Algo la había despertado. La penumbra de la habitación no era intensa, la luz de la luna llena y el tenue resplandor de una farola que entraban por la ventana sin cortinas ni estores, le permitió comprobar que no había ninguna presencia extraña en la habitación. Apartó la ropa de cama, se levantó y deambuló por la habitación sin que sus pasos se oyeran apenas. Salió al pasillo y se encaminó a las escaleras pegada a la pared, como si fuera su propia sombra. Se detuvo bruscamente, con el corazón acelerado pero la mente serena, al escuchar el leve siseo de unos pasos en la planta de abajo.

Un resplandor conocido entró por la claraboya, la luz del faro del pueblo. Le parecía que la animaba a continuar, que la guiaba y la iluminaba, que le decía: «No te puede pasar nada porque soy el guardián de vuestras casas». La urbanización donde vivía Laura se ubicaba a escasos metros del faro. Sus haces de luz eran algo familiar para ella, la habían acompañado todas las noches de su vida. Había leído en uno de sus queridos libros que los faros son metáforas de infinitas cosas. No son solo referentes de quienes surcan las movidas aguas de los océanos, también tienen conexión con la tierra firme a través de su luz. Luz que insta a que se siga hacia adelante a pesar de las adversidades y a que no se pierdan de vista los objetivos.

Volvió a ponerse en marcha. Bajó cada uno de los escalones como si las plantas de sus pies no tocaran el mármol. Todo seguía inmóvil en el denso aire nocturno.

«Algo no va bien», pensó Laura.

Con el corazón martillándole el pecho, se apresuró a bajar los últimos peldaños. Se había dejado la ventana del salón abierta. Seguro que el ruido que la había despertado procedía de la calle, algún vecino trasnochador hablando por el móvil o una moto circulando a deshoras.

«Ahí está la explicación», se dijo.

El salón presentaba un aspecto cavernoso por las horas y por la oscuridad reinante.

Cruzó la distancia hasta el ventanal y se apresuró a cerrarlo. En el preciso momento en el que fue a darse la vuelta para volver a su habitación, le pareció ver una sombra por la comisura de los párpados. Era una silueta dibujada en la pared.

Soltó un grito al notar un bulto a su lado. Un dolor indescriptible le golpeó la cabeza.

La puerta de la casa estaba abierta cuando llegó la policía. La urbanización donde se ubicaba el adosado era de las más antiguas de El Rompido, se construyó a principios de los noventa.

Ella estaba esperando, sentada en los escalones de la puerta de la vivienda, una mujer. Rondaría los cincuenta. Era alta y fornida. Llevaba recogido el rojizo cabello, de modo que la cara le quedaba despejada: una cara pálida con grupitos de pecas que se desperdigaban por doquier. Vestía un pichi negro vaquero con una camiseta blanca debajo. Houda no pudo dejar de pensar que la vestimenta no era la más acorde para una mujer de su edad. Es más, no podía imaginar a su madre ni a ella misma vestidas de esa manera.

—¿Es usted la señora Gabina Garballo? —Preguntó la inspectora.

—Sí.

Su cara mostraba los estragos de haber llorado: regueros de rímel, mejillas y ojos enrojecidos.

—¿Se encuentra bien?

Miró a la policía como si no hubiera entendido la pregunta, como explorando en su interior. Lo que vio no debió de gustarle, a juzgar por el puchero que hizo con la boca.

—Sí, pero la pequeña... —levantó la mano derecha y señaló hacia el interior de la casa—. A ella le debe de haber pasado algo. Como les dije por teléfono, vine a saludarla y me encontré la puerta abierta, y la casa así, toda desordenada y... ella siempre lo tiene todo muy ordenado, no cambia nunca nada de sitio. Saben, cuando vengo a visitarla, para fastidiarla un poquito, suelo mover algún objeto o libro de lugar, pero ella enseguida se da cuenta y lo deja todo tal y como ella cree que debe estar. Es muy maniática para sus cosas.

Houda le palmeó el brazo para insuflarle ánimos

—¿Tiene costumbre de dejar la puerta abierta, por ejemplo: cuando va a hacer algún recado o a visitar a algún vecino de la urbanización?

Gabi negó con la cabeza.

—No, esta puerta siempre está cerrada, esté Laura dentro o no.

Se interrumpió al recordar el escenario que la había recibido hacia apenas una hora. Pareció hundirse en el desconcierto. Se presionó la frente con la mano derecha, como intentando mitigar un incipiente dolor de cabeza.

Houda esperó a que la mujer siguiera hablando, sin presionarla.

—Eso de ahí dentro es un despropósito —dijo con un nudo en la garganta.

—¿A qué altura de la urbanización se encuentra su adosado?

—Justo ahí —señaló a la acera de enfrente—, un par de casas más arriba.

—¿Vio a alguien merodeando por la urbanización cuándo se acercó a la casa de su vecina?

—No, a estas horas todo el mundo está trabajando o haciendo recados y, por otro lado, no suele haber mucho movimiento en esta época del año. Hay muchas casas vacías, por eso de que son segundas viviendas, ya saben. —Como los policías no dieron muestra de comprender lo que Gabi pareció insinuar, esta optó por explicarse un poco mejor—. Más de la mitad de los adosados de esta urbanización son segundas viviendas, que solo se habitan en puentes o periodos vacacionales. Los propietarios de muchas de ellas son vascos, madrileños o extranjeros.

—¿Es buena amiga de la dueña de esta casa?

—Sí. —Hizo una breve pausa antes de continuar— Creo que soy su mejor amiga.

Pasaron unos segundos durante los cuales Houda meditó sobre lo que podía llegar a unir a aquella mujer con la «presunta» chica desaparecida.

—¿Se comportaba...? —Bilal, que era el que hizo la pregunta, titubeó un instante, pues acababa de sufrir un lapsus memorístico y había olvidado el nombre de la dueña de la casa— ¿Se comportaba la joven de forma extraña últimamente?

Gabi negó con la cabeza.

—¿Cómo iba a hacerlo si apenas sale de casa ni se relaciona con nadie! Laura es, en cierto modo, «distinta». No es como ustedes ni como yo —Gabi enderezó la espalda, como para dar más impulso a las palabras que iba a pronunciar a continuación—. Introversa y solitaria son los adjetivos que mejor definen su singular personalidad. Desde que empezó a gatear, su relación con el mundo ha sido siempre «a su manera». —sintió el escozor de las lágrimas en los ojos e intentó reprimirlas—. A mi pequeña solo le interesan los libros y expresar, a través de su canal de YouTube, los pensamientos y las emociones que estos le hacen sentir.

—¿Le ha hablado alguna vez de algo que la preocupara? —preguntó Houda.

—No, nunca.

La respuesta de la mujer fue rápida y tajante.

—¿Está segura?

—Sí.

Houda se inclinó hacia ella.

—Tengo que preguntarle esto, aunque sea un poco difícil. ¿Se le ocurre algún motivo por el que Laura haya abandonado la casa dejándola en el estado en el que la ha encontrado?

—No, ella no dejaría la casa tal y como está. Ha tenido que pasarle algo muy grave, ya se lo he dicho antes.

Se le rompió la voz y aparecieron las primeras lágrimas. Houda esperó a que se calmara un poco antes de pedirle que permaneciera en la puerta mientras el agente Moughi y ella entraban a echar un vistazo.

Los agentes subieron los escalones, esquivaron a la mujer que no hizo ademán de levantarse, y entraron en la casa. Estaba atardeciendo, los últimos rayos de sol se filtraban por la ventana del caótico comedor que se exhibía ante ellos. Echaron un vistazo antes de ponerse los guantes de látex. Minúsculas motas de polvo flotaban en el aire, formando afilados reflejos brillantes que se resquebrajaban en contacto con las sillas volcadas. La librería blanca de Ikea se mostró despojada de casi todos sus inquilinos, que se amontonaban por doquier en el suelo, algunos desgarrados y otros pisoteados. Ante la ventana, una mesa de diseño cuadrada de color naranja y una enorme y ergonómica silla giratoria negra. Cristales rotos a los pies de la estantería, sin duda de la bombilla del trípode iluminador con forma de paraguas que se encontraba en el suelo, detrás de la silla de escritorio. Houda se acercó a las dos puertas que había justo enfrente de la de la calle, una daba paso a la cocina y la otra a un cuarto de aseo minúsculo. Los dos habitáculos estaban sorprendentemente limpios y ordenados.

—¡Mira lo que he encontrado! —exclamó Bilal, requiriendo la atención de su compañera en el salón.

Cuando esta llegó a su lado, el agente le señaló un post-it que había pegado en un enorme globo terráqueo que había sobrevivido, en una de las baldas de la estantería, al vandalismo perpetrado sobre la librería.

—¿Lo habrá escrito ella? —preguntó Houda.

Bilal se encogió de hombros por toda respuesta y leyó en voz alta: «Necesito un cambio de aires. Mi vida es una impostura».

Houda se echó para adelante y estudió el *post-it* amarillo con forma de corazón.

—Los técnicos forenses tendrán que examinarlo, ver si hay huellas y si estas coinciden con las de la joven.

—¿Has encontrado algún ordenador?

Se quedó pensativa y levantó una ceja, como si hasta ese momento Houda no hubiera pensado en la importancia que pudiera tener encontrar el ordenador de la chica.

—No, no he visto ninguno.

—Es raro, ¿no? Este parece ser su lugar de trabajo.

Bilal se encogió de hombros. Houda había asumido aquel gesto en su compañero como un tic nervioso, pues lo hacía continuamente, incluso sin venir a cuento.

—Tal vez se encuentre en el piso de arriba. Tú sigue mirando por aquí, sin contaminar mucho el lugar, y yo subiré a echar un vistazo.

Por toda respuesta Bilal volvió a encogerse de hombros.

Tres habitaciones, un cuarto de baño grande y otro más pequeño. Abrió puertas y escudriñó armarios, pero solo encontró limpieza y orden. Sobre todo, en los armarios de la ropa, en la que todas las prendas estaban primorosamente colocadas. «Igual que el de mi piso, en donde no parece, sino que cada día se produzca un *tsunami*: prendas de diferentes temporadas mezcladas junto a ropa limpia o a medio ensuciar, que, por pereza, no pongo a lavar hasta el último momento», se dijo Houda envidiando aquellos templos consagrados a Marie Kondo.

En una de las mesitas blancas de noche, de la que parecía ser la habitación de la joven, había una fotografía enmarcada, la única que Houda había visto en toda la casa. Hoy en día, gracias al móvil y a *Google Drive*, ya no se suele atiborrar los muebles con las fotografías de familiares o amigos. Una adolescente sonreía en medio de una pareja de mediana edad; seguramente sería la famosa booktuber con sus padres. Parecían estar en la cubierta de un barco a la última luz de la tarde, porque se veía una hermosa puesta de sol a sus espaldas. La chica se parecía mucho a su madre. Más menuda, la melena algo más castaña clara, pero igual de rizada, y los mismos ojos verdes. El hoyuelo lo había heredado del padre. El semblante de la joven era un poco extraño. Como si no estuviera muy contenta de estar allí, aunque tampoco se podría decir que mostrara rechazo o asco. Parecía una muchacha inteligente, pero un tanto desubicada. El padre le pasaba el brazo por la cintura a la hija y sonreía abiertamente. La madre apenas si esbozaba una media sonrisa.

«Estarían de crucero y alguien les haría la foto», pensó Houda.

Las dos habitaciones restantes le habían parecido a la inspectora minimalistas e impersonales, tenían toda la pinta de no haber sido usadas por nadie desde hacía tiempo. Una de ellas, la más pequeña de las tres, pintada en varios tonos de rosa: uno muy claro y otro rosa fucsia o chicle. Solo por ese motivo parecía una habitación infantil; las puertas del armario empotrado eran de espejo y las mesitas, las cortinas y la colcha de la cama de un impoluto blanco.

Houda volvió abajo en el mismo momento en el que Bilal se disponía a subir en su busca. El agente había inspeccionado toda la planta baja e, incluso, el pequeño jardín y el minúsculo lavadero que encontró allí.

Al primer contacto visual, Houda negó con la cabeza.

—Aquí abajo tampoco he encontrado nada, pero deberíamos echarle un vistazo a todo eso, por si acaso —dijo Bilal encogiéndose de hombros y señalando hacía los libros tirados en el suelo.

Quien se hubiera ensañado con ellos, lo había hecho a conciencia. Apenas si habían dejado una decena en la estantería, todos los demás, cientos, habían sido vilmente ultrajados. Houda miró con cansancio aquel desorden. Iba a ser un trabajo titánico clasificar todos aquellos libros, ya que, junto con el *post-it*, eran lo único disonante en aquel immaculado y ordenado adosado.

Cuando se acercaron a la entrada de la casa, oyeron entremezclados los sollozos ahogados de Gabi y alguien que hablaba en tono tranquilizador.

«Algún vecino de la urbanización», pensó Houda.

Frenó con el brazo la salida de su compañero, quería oír algo de la conversación que se mantenía fuera.

—Si ella hubiera pensado en ausentarse un tiempo, me lo habría dicho —dijo Gabina llorosa.

—¿Por qué habría de decírtelo? Crees que Laura te ve como una segunda madre, pero esa es solo tu percepción de la realidad. Esa chica es todo un galimatías.

La voz del hombre era áspera, nerviosa.

—¿Y, tú, qué coño sabrás de cómo me ve ella?

—No te pongas así, mujer. Yo solo digo que Laura es «diferente». No es que sea muy empática con nadie, va a su rollo.

—¿Qué coño insinúas... que no es normal, que es un robot carente de sentimientos? —Sonaba realmente indignada.

—No he querido decir eso...

—¿Y qué quieres decir entonces, vecino?

Houda y Bilal vivieron, in situ, el medio minuto de silencio que se sucedió.

—Está claro que tú sí te preocupas por ella, eso se ve a la legua, pero yo solo digo que ese cariño no es recíproco. No es solo que sea joven, con lo que eso implica... ser egoísta, sino sus maneras, su forma de ser.

—Si hubiera querido tu opinión, te la habría pedido. Ahora... ¿por qué no vas ocuparte de tus asuntos? Sí, déjame en paz, es lo mejor.

El hombre protestó.

—Hay que ver cómo eres...

La conversación finalizó con aquella frase inacabada. Houda y Bilal tardaron unos minutos en salir y, cuando lo hicieron, Gabi seguía sentada en el escalón, compungida, pero no había ni rastro del hombre con el que había discutido.

Laura no creía que mereciera morir.

No, aunque él dijera lo contrario.

El frío que hacía en el sótano, le estaba empezando a afectar, drenando parte de su energía. Se frotó los pies para hacerlos entrar en calor. Empezó a preocuparle que pudiera sufrir hipotermia. Había leído que con la hipotermia cuesta moverse y se deja de hablar. Se midió el pulso en la muñeca, colocó el dedo índice y medio en la parte interna de la muñeca opuesta, por debajo del pulgar. Contó el número de pulsaciones durante diez segundos. Cuando terminó, multiplicó el número por seis y comprobó que sus pulsaciones no estaban tan mal. Eso la animó un poco.

«Lo importante es no dejarse llevar por la desesperación», pensó.

Olía a humedad y notaba sabor a hierro y a mugre en la boca. Era como tener una capa de suciedad en la lengua. Pensó en escupir para quitarse esa sensación, pero no lo llegó a hacer.

Si estuviera en un bosque, en vez de en aquel sótano, intentaría hacer fuego. Frotaría dos palos hasta que saltaran chispas cerca de hierba seca y de ramas finas, aunque sería más fácil con un pedernal y un trozo de hierro. Cuando se prendiera algo de fuego, soplaría las brasas y alimentaría la hoguera con más ramitas. Si estuviera en un bosque, podría intentarlo, pero no lo estaba.

Reinaba el silencio.

No se oían pisadas, ni muebles arrastrados.

Nada.

Ni ruido de tráfico, ni de pitidos.

Nada.

Ni una televisión demasiado alta, ni niños peleándose y gritando.

Nada.

No quería caer en la histeria, en una histeria voluntaria y aterradora. La histeria era una opción que no quería permitirse, pero aquel silencio era aterrador, le daba la impresión de estar atrapada dentro de un búnker.

Los brazos le dolían por haber forcejeado con el secuestrador. En realidad, le dolía todo el cuerpo, por el golpe recibido en la cabeza, por la forma en la que debió ser sujetada al sacarla de su casa, por la caída en la cocina de aquella vivienda cuando el hombre la empujó contra la pared, por los zarandeos cuando la agarró del pelo.

Todo había sucedido demasiado rápido. La asustó muchísimo la violencia con la que la había tratado.

Por una vez en su vida no huyó del contacto físico, sino que arañó y golpeó con toda su alma. Aun así, no pudo impedir que la arrastrara de las piernas escaleras abajo.

«Creía que ningún adosado de la urbanización tenía sótano».

La había dejado hecha un trapo.

Le había dicho cosas espantosas.

Levantó la cabeza y todo le dio vueltas. Volvió a apoyarla sobre los brazos, que a su vez se apoyaron en las rodillas. Debería intentar gritar para pedir ayuda, pero no sabía si le saldría la voz, prefirió concentrarse en la respiración. Despacio, contó hasta cien mientras se esforzaba por mantener la calma, para no perder el control de su mente y no entrar en pánico.

Pensó que estaba mareada por la falta de sueño y por el estrés que le había causado aquella

situación tan surrealista.

Aguzó el oído, nada.

Tampoco se atisbaba ningún resquicio de luz. La oscuridad era absoluta. Se abatía sobre ella como una mortaja.

Volvió a alzar la cabeza.

«Debo intentar acostumbrarme a la oscuridad. Tengo entendido que cuanto más tiempo se pasa a oscuras, más fácil resulta ver. Los animales perciben cosas en la negrura de la noche», se dijo.

Notó que el corazón comenzaba a latir más lento y cómo, poco a poco, volvía a su ritmo normal.

Añoró su cama confortable y la luz que entraba por la ventana de su habitación al amanecer. En su casa no había cortinas ni estores, los rayos de sol tenían permiso para entrar y salir de las cuatro paredes de su hogar como les viniera en gana.

Laura no entendía bien lo que estaba pasando, así que no era del todo consciente del peligro que se podía cernir sobre ella. El pánico, para la joven, siempre había sido una emoción remota y borrosa. Por eso seguía sentada en el mismo lugar en el que él la había dejado, con las piernas flexionadas y la espalda apoyada en la pared. Estaba convencida de que todo era un malentendido y que aquel hombre bajaría a buscarla farfullando un torrente de disculpas.

Suspiró añorando su querida rutina.

Conque no volviera a ponerle la mano encima, conque la dejara marcharse de allí...

Apretó los labios y puso fin a aquellas cavilaciones. Debía centrarse en pensamientos más insustanciales para que la espera no minara su lucidez.

Llevaban un buen rato repasando los asuntos del día en la sala de reuniones. Eran casi las diez, pero todavía había algunos policías con cara de sueño. Houda, en un momento dado, empezó a pensar en Laura, la booktuber. Le había hecho una promesa a Gabina Garbalo, la de que no dejar de buscar a la joven. Todavía no sabía por qué le había prometido algo tan estúpido cuando no estaba en su mano seguir con aquel caso, la Guardia Civil se había hecho cargo de él. ¿Porque le había conmovido la angustia de la mujer? ¿Porque al pensar en Laura evocaba irremediamente a su hermana Hanae? La exhaustiva investigación que se había llevado a cabo durante toda la tarde-noche en la casa de la chica no había servido para mucho. Todo apuntaba a que la joven se había marchado de su hogar por propia iniciativa, sin considerar necesario comunicarle a nadie que se iba a dar una vuelta por el planeta tierra, con toda probabilidad tras un arrebato de crisis existencial en el que había creído oportuno destrozarse el salón-estudio de su casa. Lo que había sido su vida hasta ese momento. Sabía por experiencia, de otros casos, que si no se encontraban indicios de crimen poco se podía investigar. Un claro ejemplo fue la desaparición del empresario Carlos Abreu, sospechoso de corrupción, de asociación criminal con las mafias rumanas que se movían entre Sevilla y Huelva y de haber ordenado el asesinato del amante de su mujer, entre otros cargos. Se lo acabó tragando la tierra, como al parecer había ocurrido con Laura.

—¿Dónde andas? —preguntó en voz queda Víctor, el experto informático de la comisaría.

Houda sacudió la cabeza e intentó concentrarse y simular que atendía. Agradeció que ese día fueran dos compañeros los que hablarían a los demás sobre sus casos y no ella. En aquel momento, no tenía ni la más remota idea de qué estaban diciendo. Se esforzó por recomponer, con datos que pilló al vuelo, el puzle entero: dos detenidos, Cartaya, pozo, dos cadáveres... No le resultó difícil atar cabos, su compañero Enrique estaba exponiendo el caso estrella de la comisaría: dos hombres habían aparecido muertos en el camino de Los Bayos, a cuatro kilómetros de Cartaya, en el fondo de un pozo. A uno de ellos le pegaron un tiro en la cabeza y al otro lo habían matado a golpes. Su compañero no sobresalía por ser brillante, sino por todo lo contrario, por ser torpe y cerril. Pero en aquel momento se estaba afanando y explicaba con claridad cómo se había llevado a cabo la operación de arresto de los presuntos culpables. El agente concluyó la exposición señalando que la operación se encontraba en la última fase, pues los dos hombres habían reconocido los hechos y no habían implicado a nadie más, aunque iban a investigar a la mujer de uno de ellos por un presunto delito de encubrimiento. El día que los dos acusados acudieran al Palacio de Justicia de Ayamonte a declarar, cuarenta agentes de la Policía Nacional y de la Guardia Civil vigilarían el recinto con el fin de garantizar la integridad de los arrestados, pues se temía represalias al estar amenazados por los familiares y amigos de los fallecidos.

—Buen trabajo, compañeros, damos por concluida la reunión —dijo el inspector jefe de la unidad, que medía casi dos metros, era ancho como la puerta de un garaje y, se rumoreaba, que estaba tan en buena forma física que parecía capaz de hacer cien flexiones apoyándose sobre los nudillos.

—Un momento, pidió Houda.

—¿Sí?

Su superior la miró de forma amedrentadora.

—La booktuber Laura Bayo. —El tono de voz de Houda sonó más inseguro de lo que pretendía.

—¿Qué pasa con ella?

—¿No tendríamos que investigar un poco más su desaparición?

—No nos concierne, la Guardia Civil se ha hecho cargo de ese asunto.

—Sí, pero la vecina nos llamó a nosotros primero —insistió la agente.

Gabina había llamado a la comisaría preguntando por el inspector Raúl Damacio y como este llevaba casi un año jubilado, ella se había hecho cargo de la llamada. Al parecer se conocían desde hacía años, porque el policía veraneaba en el mismo pueblo donde residía la mujer. No se habían llegado a dar los números de teléfono, pero sí que habían hablado mucho de sus respectivos trabajos. El nombre del policía fue el primero que le vino a la cabeza a Gabina cuando se encontró la puerta abierta de su vecina y el destrozo en el salón. Al final, fueron Houda y Bilal los que acudieron a atender aquella llamada. No lo pensó ni un instante, si lo hubiera hecho, ahora no tendría que sufrir la carga de cumplir una promesa ni la mirada acusatoria de su superior.

—Actuó mal, debió haber denunciado en el cuartel de la Guardia Civil del pueblo. —La mirada que le dirigió el inspector jefe Mateo Montes era difícil de descifrar—. Y ustedes no debieron haberse inmiscuido. Parece mentira que a esta altura de su carrera se le tenga que estar recordando cuáles son los protocolos que tiene que seguir. Además, inspectora, ¿no comienza sus vacaciones en unos días? Le sugiero que vaya a la playa, un poco de vitamina D le vendría bien.

Los agentes que se hallaban en la sala de coordinación formaron cierto revuelo al escuchar las últimas palabras del inspector jefe.

—Señor, yo no soy de las que van a broncearse a la playa.

—Pues va siendo hora de que lo haga. Compre una crema de factor cincuenta, y lárguese a una playa de Portugal si no le apetece quedarse en las de Huelva. Y, una cosa más, como me entere de que sigue metiendo las narices en el caso... aténgase a las consecuencias. No sería el primer expediente disciplinario que abro a un agente bajo mi mando.

—Tenía pensado acercarme al lugar y hablar, una vez más, con los vecinos de la urbanización, por si alguno ha logrado recordar algo que...

—¿Acaso tiene cerumen en los oídos? —La interrumpió tajante, echándole una mirada cargada de frialdad— No, no hará nada de eso, ¡porque ya no tenemos caso! Ya no está dentro de nuestra jurisdicción. Si no tiene asignado ningún expediente, ayude a los compañeros que sí los tienen hasta que se vaya de vacaciones.

«Él es quien manda», se resignó Houda.

Podría haber vuelto a insistir, pero sería como chocar contra una roca y, lo que menos le interesaba en aquel momento, era granjearse enemistades poderosas.

El inspector recogió sus papeles y su bolígrafo y se levantó. La reunión había terminado.

Raro era el instante en el que no sentía que se ahogaba, que el desasosiego y la desesperación la engullían inmisericordes.

«Son las hormonas», se dijo Houriya.

Había sentido lo mismo con su segundo hijo, no así con el primogénito. Con Hassan había sido distinto. Colocó la palma de su mano en la barriga, intentó imaginar la vida que crecía en su interior. Todavía no se lo había contado a Hamza, tampoco a sus padres y, mucho menos, a Hanae y Houda.

¿Cuándo se había quedado embarazada?

No podía pensar en positivo, sentía la tormenta acercarse. Había sido una ilusa al pensar que la pesadilla había terminado.

Se esforzó en echar cuentas. Era veintiocho de mayo y debía estar en la sexta semana. Tuvo que haber sido en la primera quincena de abril.

Un nuevo hijo a quien amar, a quien cuidar, a quien sacar para adelante.

Pero, ¿de dónde iba a sacar las fuerzas para continuar con todo aquello?

¡Qué injusto, qué injusto era todo!

Pasaron imágenes por su memoria. Imágenes con las que había tenido que convivir durante muchos años, heridas que no se encontraban en la piel sino en el corazón.

Venganza, la palabra le martilleaba la cabeza. Ojo por ojo, diente por diente.

¿A quién quería engañar? No estaba hecha para luchar. No lo había hecho en el pasado y no lo iba a hacer ahora.

Su voz era el silencio.

La misma voz que la de miles de mujeres que habían sufrido lo mismo que ella. La resignación, la sumisión y la debilidad de esas mujeres eran también las suyas.

Por un momento creyó que podría lograrlo, que podría derrotar al monstruo, que podía contárselo a su hermana policía. Había salido de casa cuando todos dormían, había cogido las llaves de la furgoneta de Hamza y había conducido hasta el apartamento de Houda. Las fuerzas la acompañaron hasta la misma puerta del piso de la hermana. Llamó al timbre, pero no esperó a que abriera. Enseguida dio media vuelta y se marchó corriendo escaleras abajo. Una tormenta eléctrica se desató en su interior. A duras penas consiguió que las piernas la sostuvieran; los brazos solo eran extremidades lacias que colgaban a ambos lados de su cuerpo. Se vio a sí misma como un lastre, como una carga repulsiva. Su familia no merecía ensuciarse con su mugre, envilecerse con su vergüenza. No merecía que la ayudaran, había callado demasiado tiempo. Incluso, era preferible que enfermara de vergüenza y frustración y muriera, que su vida degenerara en locura, antes que provocar el caos a su alrededor.

Se hundió un poco más en la angustia, en la ansiedad y en el infierno. Empezó a frotarse los ojos y la frente, respirando con dificultad. Cuando se dio cuenta de que había sido un error ir en busca de Houda, dio media vuelta y se precipitó escaleras abajo. Sentía que se ahogaba, que necesitaba salir a la calle para volver a respirar a bocanadas. La razón se hallaba, por decirlo de algún modo, en su contra, agitando como un gusano endemoniado su pensamiento. Se imaginó clavándose una aguja de tejer lana en el ovulo gestado.

Apretó el puño contra la boca para impedir el llanto. Fue en vano. Las lágrimas empezaron a

deslizarse por sus mejillas tostadas.

Houda intentaba tener una visión global de todos los datos recopilados sobre Laura Bayo. Delante tenía un montón de informes sobre las entrevistas realizadas a las personas del entorno de la joven booktuber y notas que había ido tomando en su iPad y que volvía a repasar. Los agentes Enrique Delgado y Rocío Palma fueron los encargados de la mayoría de esas entrevistas y habían realizado un trabajo minucioso, hasta que tuvieron que pasarle la patata caliente a la Guardia Civil. Las conversaciones con los pocos familiares de la joven, lejanos en consanguinidad, se podían contar con los dedos de una mano. Habían sido registradas, pero apenas aportaban datos de interés. En cuanto a las entrevistas con otros vecinos, a excepción de Gabina y un par más, no habían dado mejores resultados. Eran pocas las personas que se encontraban en casa por la mañana. Para más inri, era una urbanización en la que la mayoría de adosados se utilizaban como segundas viviendas, destinadas a los periodos vacacionales. Y, ahora mismo, no estaban en ninguna de esas épocas. Resumiendo, nadie había advertido algo fuera de lo normal. La imagen que tenían de la desaparecida era la de una chica solitaria, algo peculiar, y muy trabajadora.

«Si se puede considerar un trabajo eso de leer libros y recomendarlos», pensó Houda.

Se la imaginaba un poco friki, pero ¡quién no lo era hoy en día!

No había nada, entre todos aquellos datos, que le pareciera interesante para la investigación. Solo se le ocurrió una palabra para definir la vida de aquella chica: rutina. Nada que le hiciera percibir que la chica hubiera estado en peligro en algún momento de su vida.

«Por ser puntillosa, cuando hace piragüismo», resopló mientras lo pensaba.

Hubiera sido de ayuda el haber encontrado el móvil o el ordenador de Laura en la casa. Pero la chica se los había llevado consigo. Houda tenía el presentimiento de que parte de la solución del caso podía estar en esos dispositivos electrónicos, que estos la hubieran ayudado a entender la razón por la que la booktuber se había marchado precipitadamente de su casa dejando aquel panorama de destrucción en su huida.

En aquel momento, Houda era la única agente que seguía con la investigación del caso y, sería cuestión de horas, que también ella lo abandonara. El inspector jefe se lo había dejado muy claro en la reunión matinal. Bilal lo defendió en el despacho de la inspectora, cuando esta empezó a despotricar contra Mateo Montes.

—Tenemos pocos agentes y mucho trabajo. Es normal que nos hayamos quitado de en medio el caso de Laura, ¡si ni siquiera está bajo nuestra jurisdicción! Ahora mismo, lo prioritario es detener a la banda que atraca a ancianos en sus casas. Por otro lado, la mafia rumana está más activa que nunca y nos han ordenado, desde arriba, que esta comisaría se ponga las pilas y que, al menos, hagamos un par de redadas importantes para frenarlos un poco.

—Pero el caso de Laura...

—Dentro de lo que sabemos, no hay ningún caso —observó Bilal mirando a su compañera, alzando los hombros y poniendo los ojos en blanco—. Solo una chica que se ha largado de su casa dejándola un poco desordenada, y una vecina metomentodo que cree que la policía no tiene otra cosa que hacer que buscar a gente que no quiere ser encontrada.

Sin más discusión por su parte, Bilal se levantó de la silla y dejó a Houda sola.

Ella también se levantó, empezó a dar vueltas por el pequeño despacho, andar la ayudaba a que se

le aclarasen las ideas y a que le circulase la sangre de las piernas. Se detuvo delante de la ventana, sin fijar la mirada en ningún punto concreto, tampoco la abrió. No era momento de distraerse con cualquier estímulo o ruido de fuera.

Se volvió a sentar. Cogió su iPad e intentó hacer un resumen de los datos que habían aportado los entrevistados sobre las peculiares características de Laura Bayo y de su forma de ganarse la vida. Después de casi una hora de trabajo, de muchas anotaciones, continuaba sin las ideas claras.

Estaba muy orgulloso de sí mismo. Tenía imaginación y era un escritor prolífero. Escribía dos o tres libros al año, porque no quería permanecer mucho tiempo alejado de la atención de sus lectores. Era muy popular en el mundo literario, un verdadero creador de *best-seller*.

«Lástima que tenga que utilizar varios seudónimos y autopublicarme», pensó malhumorado.

Pero así debía ser hasta que ganara algún concurso literario, o hasta que alguna editorial poderosa se dignara aceptar alguna de sus novelas. Guardaba todas las cartas de rechazo que recibía, porque pensaba restregarlas por la cara de más de uno cuando la suerte le sonriera, por la de todos aquellos ineptos que no habían sido capaces de descubrir su talento. Además, sería el mejor adalid que una buena editorial podría tener. Reconocía cierta autoridad en su persona, un carisma lleno de energía, que podía hipnotizar a las lectoras menos susceptibles de encantos plumíferos. Se veía capaz de fascinar a todo el mundo a su alrededor, enmudecerlos a todos cuando él abriera la boca. Alguna vez le había rondado por la cabeza que habría sido un buen actor.

El único que sabía de su autoría era su amigo el librero, Alfonso Guirao. A veces, esa amistad le pesaba por las diferencias de opinión en cuanto a temas variados. Casi todos ellos relacionados con el mundillo literario. Alfonso le decía que era demasiado susceptible. Se equivocaba, él era muy receptivo a las críticas constructivas, pero no toleraba, bajo ningún concepto, aquellas reseñas que solo pretendían denostar el buen nombre de un escritor o, como en su caso, las entretenidas novelas que escribía y que miles de lectores elogiaban. *Espigas que crecen en libertad* y *Espigas que se lleva el viento* eran sus mejores novelas, pero hasta ellas recibían alguna que otra crítica destructiva. Por esa razón no había dejado de ser un escritor anónimo. No solo quería alcanzar la fama, sino el mérito. No se daría a conocer hasta que no alcanzara ese merecido reconocimiento. Alfonso, a veces, podía resultar un lastre. Le repetía como en un mantra, que escribiera con sosiego, que no tuviera tanta prisa por publicar y que dejara fermentar las ideas. Le había replicado cientos de veces que él tenía establecido un ritmo de trabajo, que no creía que lo fuera a hacer mejor si escribía menos, que los lectores siempre estaban impacientes por recibir una nueva entrega de sus escritores favoritos y que si tardaban en dársela... los traicionaban por el último en llegar.

Se debía a sus lectores.

Para complacer el gusto de un público lo más amplio posible, tocaba los géneros que más se vendían en el panorama literario: la novela romántica y la novela negra.

Estaba haciendo un sándwich de queso y atún para llevárselo a la «tarada» que tenía encerrada en el sótano. Escupió encima del atún antes de tapanlo con la segunda rebanada de pan de molde. «La próxima vez me lo pasaré por la raja del culo», se dijo mientras sonreía. Lo envolvió en una servilleta de papel y sacó una botella pequeña de agua del frigorífico.

Se detuvo ante la puerta que conducía hacia Laura Bayo.

El día anterior, cuando se la llevó a su casa, lo hizo movido por la frustración y la rabia de que no entrara en razón. Fue una suerte encontrar la puerta abierta. Se disponía a manipular la cerradura cuando la puerta se abrió, sin más. Tuvo que contenerse para no gritar de alegría. Entró y cerró, despacio, a sus espaldas.

Merecía ser castigada.

«No soporto que me lance miradas inocentes, como mandándome el mensaje de que no entiende lo

que está pasando. Se lo tengo que dejar bien clarito antes de matarla. A lo mejor no es consciente de lo que ha hecho, ¡como es una tarada!», se dijo.

La booktuber le había arrebatado e, incluso, había destruido parte de la ilusión por seguir escribiendo. Se merecía todo lo que le estaba pasando.

No se había parado a pensar en las consecuencias que podrían depararle el secuestro de la joven. La mantenía encerrada porque sus sentimientos hacia ella habían devenido en el odio más primitivo y criminal que un ser humano pudiera sentir.

Jamás se había sentido tan pleno como ahora.

Estaba vuelto del revés, viviendo una especie de hazaña que iba desde su despersonalización como escritor de novela negra hasta su conversión en uno de los personajes de sus obras.

Sufrió una descarga de adrenalina al pensar en ello.

Se convenció de que en el futuro sus escritos serían mucho mejores a causa del secuestro y asesinato de la booktuber, tendrían más fuerza y llegarían a más lectores. Estaba en medio de algo «grande», no un «asuntillo» insignificante como los que había tenido que resolver en el pasado.

Habían transcurrido algunas horas, pero seguía sin saber qué hacer con ella.

La iba a matar, eso seguro. La cuestión seguía siendo cómo hacerlo. Había barajado varias opciones, pero ninguna acababa de convencerlo al cien por cien.

Le fastidiaba no poder utilizar la muerte de la chica en una futura novela. No sería tan estúpido como para dejar pistas y que lo acabaran pillando, pero habría sido una pasada. No lo descartaba del todo, con el paso del tiempo...

Cogió la bolsa que había preparado esa misma mañana con la cuerda, cinta adhesiva, bridas de plástico que había comprado en el Leroy Merlin y la pistola Smith & Wesson, modelo 1911 PRO, que había adquirido por internet después de que unos ladrones entraran en su casa y se llevaran todos los electrodomésticos y dispositivos electrónicos que tenía.

A punto de abrir la puerta del sótano se acordó de la manta y el cojín que había pensado bajar para que pudiera estar un poco más cómoda. Dudó. Llevaba ambas manos ocupadas. «¡A la mierda, puede que sean sus últimos minutos!». Abrió con brío, encendió la luz y bajó.

El fogonazo de luz y el crujido de la escalera, hicieron que Laura se encogiera en sí misma y que sus dedos se entrelazaran con fuerza.

Houda llegó a la urbanización *Los encinares* al cabo de media hora, sin querer acordarse de las advertencias de su superior y de su compañero Bilal. La cinta policial seguía delante de la puerta de la casa de Laura. Houda sacó las llaves de la mochila y, alzando la cinta con cuidado, la abrió. Todavía conservaba el recuerdo del par de coches patrulla y de la furgoneta de la policía que estuvieron aparcados enfrente un buen puñado de horas, justo después de la primera inspección ocular que llevaron a cabo Bilal y ella, también la de las caras de asombro de algunos vecinos, en las puertas o ventanas de las casas de la larga hilera de adosados, mientras observaban a los policías entrar y salir de la vivienda de la chica desaparecida. Gente normal y corriente que se preguntaba asustada qué estaría pasando para que su tranquila urbanización se hubiera convertido en el escenario de una película policiaca.

Olía a cerrado, a tuberías y a humedad. No dejaba de asombrarle cómo podía cambiar el olor de un hogar cuando este se abandonaba unas horas o unos días, cuando se cerraba a cal y canto. La entrada y el salón estaban en penumbras, pero había algo de claridad gracias a la claraboya que coronaba la segunda planta de la vivienda, también por las persianas venecianas del salón y de la cocina que dejaban entrar algo de luz.

Se puso unos guantes de látex para no dejar ninguna huella, aunque dudaba mucho de que a los de la científica se les hubiera pasado algo por alto y quisieran volver a la casa.

Miró a su alrededor sin saber qué buscar. Sacó el móvil y, activando la aplicación de la linterna, enfocó la luz a uno y otro lado. Los libros que encontró tirados por el suelo la primera vez que estuvo allí, habían sido catalogados y debidamente empaquetados en cajas a fin de examinarlos en comisaría. Cajas que posteriormente se enviaron a las dependencias de la Guardia Civil. Eran las pruebas más evidentes con las que empezar a trabajar, pues a excepción del desorden reinante en aquel salón-estudio, el resto de la casa se encontraba ordenada e impoluta. Tal vez era una pérdida de tiempo estar allí, pero le había prometido a Gabina Garbollo, ¡dos veces!, intentar averiguar lo que había pasado con su vecina.

Y sentía que debía seguir intentándolo a pesar de que Mateo Montes, su superior, se lo hubiera prohibido. Pensaba dedicarle a Laura un par de horas al día hasta que se fuera de vacaciones. Por ahora, era cuanto podía hacer por ella. Era consciente de que su profesión consistía en buscar pistas, analizarlas, registrarlas e interpretarlas sin que los sentimientos se entremezclaran. Pura teoría, la práctica era otra cosa.

Después de casi una hora en la casa, seguía sin encontrar nada nuevo.

En aquel momento examinaba lo que en su día debió ser el dormitorio de Laura, sin duda la habitación de una niña pequeña. Las persianas venecianas dejaban entrar la luz del sol, que formaba decenas de franjas finas donde flotaban con lentitud las partículas de polvo. Todos los muebles eran blancos, la única nota de color la ponían las paredes pintadas en lila. No había objetos personales a la vista ni dentro de los armarios.

Laura debió de mudarse de habitación al morir sus padres, ya que toda su ropa y efectos personales se repartían por esa habitación y por el baño de la misma.

El que fuera el cuarto de la pequeña Laura se hallaba equipado con armario puente y cama con cajón inferior, que también podía utilizarse como cama nido. Se disponía a dar media vuelta y a salir de la habitación, cuando unas arrugas en la colcha de la cama llamaron su atención. En un

principio se quedó parada, sin saber por qué le había parecido importante las casi inapreciables arrugas.

«¿Por qué en esta casa todo está perfectamente ordenado y limpio?», se preguntó.

Alguien se había echado en aquella cama y no había estirado la colcha. Por lo que sabía de Laura, por lo que había visto en aquella casa, esas arrugas no tenían por qué estar ahí. Un impulso hizo que se agachara y tirara de los apliques de la cama nido hasta que la sacó completamente. Se puso de rodillas y miró en el hueco que había quedado bajo la cama principal. Pegado a la pared, de canto, había un móvil. Se agachó y se estiró hacia adelante, metiéndose completamente en el hueco. Durante unos segundos se limitó a mirar el teléfono, sin decidirse a cogerlo.

—Demasiado bonito para ser verdad —dijo en voz alta, necesitaba poner en orden sus pensamientos y esta era una buena forma para hacerlo. Escuchar su voz solía ayudarla en momentos como aquel—. Se le debió de caer mientras estaba tumbada en la cama.

Estaba claro que aquella no era la habitación donde Laura dormía en la actualidad, aunque tal vez acudiera de vez en cuando a su antiguo dormitorio, por añoranza. Podría recordarle tiempos mejores, aquellos en los que sus padres todavía estaban a su lado, amándola incondicionalmente y protegiéndola de todo y de todos. La inspectora pensó que si su conjetura era cierta, sería plausible que Laura utilizara aquella habitación para desconectar, para una siesta, para ponerse al día con las actualizaciones de su canal de YouTube, sus redes sociales... con la compañía del teléfono.

Cogió y sopesó el móvil en la mano. Un iPhone XS con una pantalla de casi seis pulgadas, con bordes de acero inoxidable de calidad quirúrgica que lo rodeaban y reforzaban. Houda conocía el modelo, pues era la típica fanboy de Apple. Cualquier artilugio que compraba, desde que se lo podía permitir, siempre era de esa marca. Por descontado, nunca los últimos modelos. La obsesión por el ahorro, que había heredado de sus padres, atormentaba la compra de estos caprichos, aunque cada día se consideraba más laxa en aquel aspecto. Admiró el móvil durante un minuto más, antes de salir de debajo de la cama. El dispositivo era de los que se desbloqueaban mediante reconocimiento facial. El modelo más ligero y rápido de la manzana mordida. Le pediría a Víctor, como favor personal, que la ayudara a desbloquearlo y a rastrear toda la información que aquella maravilla guardara dentro: últimas llamadas, mensajes, calendario, notas, fotografías, el historial de las páginas que había visitado, *etc.*

—Es muy raro que Laura se marche de casa llevándose el ordenador, pero no el móvil —dijo Houda en voz alta, con la duda dibujada en los ojos.

De vuelta a la planta baja, la inspectora echó un último vistazo al salón, apagó la luz y dejó atrás lo que quedaba de la esencia de Laura en aquel lugar.

—Te he traído un sándwich de queso y atún y una botella de agua —dijo el hombre en voz baja. Laura extendió los brazos y cogió lo que se le ofrecía. Bebió agua, estaba sedienta. El sándwich no le apetecía nada, sufría de turofobia, rechazo al queso. Estar cerca de un simple trozo de queso, ya fuera mozzarella, cheddar, roquefort, extremeño, curado, fresco... le producía un malestar intenso. Pudo aguantar un rato con el sándwich en la mano porque el olor del atún era más intenso que el del queso.

—¿No comes?

—Después.

«Por mí, como si lo utilizas de almohada, pero eso es lo único que vas a comer hoy, o lo último», pensó el secuestrador.

—¿Cuándo podré volver a mi casa? —preguntó Laura.

El hombre dirigió una lenta mirada en torno, para acabar posándola en uno de los armarios de la pared. Intentaba ganar unos segundos de tiempo, quería dar una buena respuesta. La pregunta, aun siendo predecible, le había cogido por sorpresa. Dejó la bolsa en el suelo y se sentó enfrente de la joven. Y así se quedó un rato. Detenido como si le hubieran apretado el botón de pausa, mirándola. Laura intentó ser consciente de su respiración para no agobiarse, para no moverse y no sentir la frialdad que los rodeaba. El ritmo de su respiración se hizo más lento, pronto fue tan lento que parecía que había dejado de respirar.

—Antes de dejarte ir... tenemos que hablar.

Lo vio sonreír levemente, la joven se estremeció. No le gustaba su sonrisa, le producía una incómoda angustia. Se mantuvo en silencio, viendo las motas de polvo que revoloteaban a su alrededor, notando la sangre que recorría sus venas y sintiendo mariposas en el pecho. Le pareció que el aire hacía mucho rato que había dejado de entrar y salir de sus pulmones.

—¿Estás temblando? ¿Tienes frío? Luego te bajaré una almohada y un par de mantas.

—¿No puedo volver a mi casa después de que hablemos? —dijo, intentando controlar el pánico ante aquella revelación.

«Es mala persona. Es un mentiroso, no debo fiarme de él. No tiene intención de dejarme salir de este sótano», se dijo para sí.

—Sí, bueno... ya veremos —dijo irritado—. Depende de lo cooperativa que te muestres.

Lo miró sin entender. «¿Cooperativa?».

—¿Nunca has pensado en escribir un libro?

La pregunta la pilló por sorpresa, dejó el sándwich en el suelo y se frotó los dedos en el pantalón del pijama, los tenía algo grasientos porque el aceite del atún había empapado por completo una de las rebanadas del pan de molde.

—No. —Fue tajante en su respuesta.

—¿En serio, con todo lo que lees...?

—No.

—Mejor para ti, es un oficio muy sacrificado y desagradecido. Los jóvenes creéis que solo es juntar cuatro frases y ¡hala, a publicar! Pero es mucho más que eso. Es un camino largo y difícil. Hay que tener conocimientos literarios, pero no sirve haber leído cualquier tipo de obras literarias. ¡Hay que leer a los clásicos! A Homero, a Shakespeare, a Cervantes, a los grandes

novelistas rusos e ingleses del siglo XIX... Y hay que ser constante. Sentarse, día tras día, y escribir. Escribir mucho. Es la única manera de que salga algo bueno de un puñado de palabras, porque la mitad de cuanto se escribe hay que desecharlo. Tirarlo a la papelera, literalmente hablando, porque es basura. El escritor, con mayúsculas, es aquel que escribe con el corazón, pero, a la vez, es objetivo con lo que escribe. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Sí. —«¿A qué viene todo esto?», se preguntó.

Laura Bayo conocía a aquel hombre, lo había visto por la urbanización. Sabía que vivía en alguno de los adosados, aunque nunca había sentido interés en saber en cuál. Para ella era alguien anodino, igual que tanta gente con la que se cruzaba por la calle cuando iba a dar sus paseos rutinarios. ¡Incluso habían dejado en su casa algún paquete para él! Nunca se hubiera imaginado que un día le llegaría a hacer daño, la secuestraría. ¿Con qué propósito? El corazón le empezó a latir con fuerza. ¿Qué emoción la estaba invadiendo? ¿Miedo? ¿Odio? ¿Tristeza? No podía reconocer la emoción, o emociones, que le estaban haciendo sufrir. Era muy frustrante porque, el reconocerlas, le parecía crucial para su supervivencia. Repugnancia, lástima, impotencia y unos acuciantes deseos de levantarse, saltar por encima del cuerpo del hombre y subir corriendo los escalones del sótano.

—Por otro lado, debes saber que todo escritor es monomaniaco, que desea con todas sus fuerzas que sus obras lleguen al mayor número posible de lectores. Experimentamos un placer inmenso al tener entre nuestras manos nuestros libros publicados, hecho que refuerza el sentido meritorial de nuestras obras por encima del resto, por encima del catálogo de las librerías. Son sentimientos ególatras, de los que nos cuesta despojarnos. Hablo en plural, incluyéndome dentro del tan sacrificado oficio, porque yo, Laura, he escrito un puñado de libros. ¿Te sorprende? —Ante el mutismo de la joven, le volvió a hacer la misma pregunta elevando el tono de voz—: ¿Te sorprende!?

—Sí, no tenía constancia...

Se inclinó hacia adelante, muy cerca de Laura, casi rozándole con la nariz, y la miró fijamente a los ojos. La joven sintió aquella mirada como si un puñal le estuviera rajando el vientre hasta la garganta.

—Sí, sí que tienes constancia de algunos de mis libros. Sé que has leído varios, pero no los puedes relacionar conmigo porque los firmo con seudónimo. Por lo mismo, es imposible que tengas ni puta idea de cuáles son. En general, recibo muy buenas críticas, ¿sabes? Me han elogiado por la originalidad de mis argumentos, por mis personajes poliédricos... —Empezó a hacer un leve movimiento con el cuerpo, oscilante, algo tenso—. Soy humilde, pero a nadie le amarga un dulce, me encantan las reseñas que me hacen mis lectores en Amazon, Casa del Libro, Goodreads, Instagram, Facebook, Twitter... Repito, casi todas muy positivas. Y, aquí es donde entras tú, Laura Bayo. Resulta que eres una cabrona, una cabrona con muy mala leche, y te gusta llevarle la contraria a la gente. —Cuanto más alterado se ponía, más le temblaba la boca—. Disfrutas destruyendo la reputación de un gran autor porque, según tu «honesta» opinión, escribe: «de manera artificiosa, tediosa, con topicazos recurrentes, puritanismo desfasado, perfección mutilada de la realidad, personajes planos...». ¿Continúo...? ¿Te suenan de algo estas críticas destructivas?

Parecía que el oxígeno del sótano se estaba agotando.

—Sí.

—Entonces... ¿ya sabes a quién tienes delante? —Tenía los ojos medio cerrados, como si estuviera grabando el rostro de la joven en lo más recóndito de su mente.

Un nombre y un par de títulos se pasearon por su cabeza.

—Sí.

La reafirmación de que lo reconocía en las nefastas calificaciones que él acababa de enumerar hizo que el secuestrador se sonrojara de ira y de disgusto para, acto seguido, echarse a reír de forma desenfrenada, como una grotesca máscara antigua. A Laura le pareció un loco.

—¿Te das cuenta de que has sido un azote para mí, para mis novelas?

—Yo solo daba mi opinión, no pretendía...

—¡Sí, sí, sí... tu puta «honesta» opinión! ¡Te siguen millones de personas, tarada! ¡Tu opinión puede arruinar a un escritor, puede hacer que muchísima gente no compre sus novelas! ¿Qué es lo que te cuesta tanto entender? ¿¡Tan tocada del ala estás que no te das cuenta del daño que haces!?

—¿Sabes...?, es muy difícil vivir de esto, pero yo lo he conseguido, tal cual un auténtico don Quijote —soltó una risita enloquecedora—. No tienes derecho a menoscabar mis méritos, a denostarme ante millones de personas.

Laura se sintió desfallecer. En el punto donde debía de encontrarse su estómago, sintió un vacío del tamaño de un campo de fútbol, a través del cual viajaba la emoción más intensa que había sentido nunca. Notó un sabor amargo en la boca.

«¿Voy a vomitar?», se preguntó alarmada.

—¿Lo entiendes ahora? Estás aquí, en esta situación tan desagradable para ambos, por la basura que has vertido a través de tu canal de YouTube.

A continuación, abrió la bolsa que había bajado y sacó la pistola. Apuntó al pecho de Laura.

Laura y Gabina vivían en una urbanización de chalets adosados de dos plantas en El Rompido, un precioso pueblo marinero situado en el Paraje Natural de las Marismas del Río Piedras en Huelva. La mayoría de las casas lucían un estado envidiable, solo un par de ellas se veían algo deterioradas por el sol, el agua y el viento.

«Segundas residencias dejadas de la mano de Dios», pensó Houda.

Tocó el timbre de la puerta frente a la que se había parado.

Abrió la puerta una adolescente en extremo delgada y larguirucha, de pelo rubio, de un largo infinito, pues la melena le rebasaba el plano y casi inexistente trasero. Houda se extrañó, tenía entendido que Gabina Garballo no tenía hijos.

Se presentó como policía.

—¡Tía! —gritó la sobrina— ¡Ha venido a verte la policía!

Se oyó abrir y cerrar una puerta y poco después pasos en la escalera. Parecía un tanto demacrada, no llevaba maquillaje.

—¿Se sabe algo? —Sus ojos suplicaban una respuesta positiva, que confirmara que venía a traerle buenas noticias

Houda negó con la cabeza.

—He venido solo para volver a hacerles algunas preguntas a usted y a sus vecinos, por si alguien ha recordado algo de interés o... en fin. Espero que no le importe, si tiene un momento...

—Claro, pase, no se quede en la puerta. Por un momento pensé que traía nuevas de Laura. Se me ha encogido el corazón, porque no sabía si serían buenas o malas noticias. —Se tocaba la nuca y el cuello con gestos nerviosos mientras hablaba—. Pase por aquí, tomaremos un café en el jardín.

—La acompaño, pero si no le importa no tomaré ese café, solo quiero hacerle un par de preguntas y luego seguiré la ronda por el resto del vecindario, no puedo entretenerme demasiado.

Gabi asintió y echó a andar pasillo adelante, seguida de su sobrina y de Houda. La agente captó el intenso olor a limón de algún producto de limpieza, mezclado con la penetrante fragancia sintética de un ambientador floral. No cruzaron el arco que conducía a un comedor enorme donde una extravagante lámpara de decenas de lágrimas de cristal naranja pendía sobre una mesa de madera maciza de nogal negro. Atravesaron la cocina de muebles de un blanco impoluto para salir por una segunda puerta que les condujo al jardín. Se sentaron en unas sillas de diseño rojas que rodeaban una mesa blanca y redonda de acero. El jardín estaba diseñado tipo zen, donde se combinaban plantas de diferentes colores dentro de dibujos geométricos con pequeñas piedrecitas blancas, que se debieron de planificar en el momento en el que se plantaron las flores.

—Doy por sentado que no ha sabido nada de Laura, ¿no? —comenzó Houda.

—No, si eso hubiera ocurrido la habría llamado.

Una mueca triste se dibujó en la cara de la mujer.

—¡No puedo entender como seguís sin tener ni idea de dónde diablos está! —dijo alzando la voz y las manos en un gesto de abatimiento que mostraba su pesadumbre.

Houda obvio la acusación e intentó avanzar con tacto.

—¿Recuerda si la última vez que la vio hizo o dijo algo fuera de lo normal?

—Ya os respondí a esa pregunta —dijo exasperada—. La respuesta sigue siendo la misma que la otra vez, no. La última vez que la vi fue el día anterior a su desaparición, justo el día de su

cumpleaños. Fui a su casa a cerciorarme de que hubiera recibido el paquete que ordené que le enviaran por su aniversario, un kit de Iluminación para que pudiera mejorar la imagen en sus videos de YouTube. —Le tembló la boca antes de terminar de hablar.

—¿Laura tenía alguna afición que usted conociera, aparte de su afición a la lectura?

—Le gustaba andar por los senderos de los alrededores del pueblo, pero lo hacía sola —puntualizó—, ni hablar de compartir esos paseos con nadie, ni siquiera cruzaba una mirada huidiza con los caminantes con los que se encontraba. La única excepción podría ser yo misma. A mí sí que me saludaba, aunque fuera tímidamente, pero solo eso, un leve saludo y salía trotando para no dar pie a una conversación.

—¿Solo esa afición, nada más?

Gabi pensó un rato antes de volver a contestar.

—Antes de que sus padres murieran, hacía piragüismo por el Río Piedras. No estoy segura, pero puede que todavía guarde la piragua en el Club Náutico San Miguel. Se ponía su traje de neopreno y salía a remar temprano las mañanas de otoño y de primavera. En invierno y en verano no salía. En verano sus padres le prohibían que lo hiciera, ¡con toda la razón del mundo!, por la cantidad de lanchas y barcos que navegan por la ría, pero en invierno no sé porqué no solía salir. ¡Alguna manía de la chica!, porque en Huelva los inviernos no son tan fríos.

Houda se preguntó cómo sería eso de salir a remar a primeras horas de la mañana, en invierno, en un paraje tan espectacular como el que tenían en aquel pueblo.

—¿Cómo murieron sus padres? —preguntó la inspectora.

—Un accidente de coche. Ellos iban bien, pero el conductor del camión no. Drogado hasta las cejas, tal vez para mantenerse despierto. Invadió su carril y... Era una pareja muy querida en el pueblo. Fue duro para Laura, aunque ella no exteriorizase su dolor como normalmente se hace cuando sufrimos una pérdida de ese tipo. Se la criticó por ello, porque algunos individuos son tan cortos de miras que la siguen viendo como un bicho raro a pesar de que la conocen desde que era una niña. ¡He tenido que callar más de una boca!

En el número veintidós tuvo suerte, le abrió la puerta un hombre delgado, rondaría los cuarenta años, de cabello castaño lacio y alborotado. Vestía un fino jersey negro de cuello alto y unos vaqueros azul oscuro. Tenía el aire acondicionado encendido. La invitó a pasar cuando se identificó y fue muy amable contestando las preguntas que Houda le hizo.

No, no conocía personalmente a la chica del número doce. Llevaba viviendo en la urbanización cinco meses. No era el propietario de la casa, la había alquilado a través de una inmobiliaria de la zona. No, no había reparado en ninguna persona, que le llamara la atención, merodeando por la zona. Sí, había coincidido algunas veces con la joven, casi siempre en los contenedores de basura, pero solo se habían intercambiado saludos de cortesía. Parecía una joven agradable y educada. Sí, esa noche estuvo en casa y se fue pronto a la cama. Como no era ni martes ni jueves, no había ido al gimnasio de Cartaya, al que suele ir para mantenerse en forma. Sí, los vecinos le habían dicho que era una famosa booktuber autista que tenía mucho éxito en YouTube, pero él no había sentido la necesidad de cotillear en la red para comprobarlo. Ese mundillo no le interesaba, lo veía cómo un fenómeno dirigido principalmente a jóvenes. No estaba diseñado para él, por su falta de rigor, de criterio de selección o de profundidad en las opiniones que se vertían por ese medio. Según le habían contado, se limitaban a presentar los libros con frases cliché, huecas. A él le gustaba leer, pero se fiaba más de la crítica seria que de esos *influencer* que, estaba seguro, solo reseñaban los

libros que le enviaban las editoriales o los autores desesperados por vender, mendicantes de cualquier reseña, comentario o mención en alguno de los canales. Para lo que él leía, le bastaba con la recomendación de un buen librero.

Houda pensó que Santiago París, que así se llamaba el vecino de Laura, tenía una opinión bastante elaborada sobre «ese mundillo», aun aseverando que no conocía ni le interesaba el tema.

Houda no era lectora, nunca lo había sido, prefería las series de televisión, el cine y la música antes que ponerse con un libro. No podía recordar cuál fue el último que leyó. Seguramente alguno de los que la obligaron a leer en el instituto.

A raíz de la desaparición de Laura, había entrado en su canal y le había parecido que era una forma simpática, activa, amena y eficaz de mandar a los jóvenes el mensaje de que leer era interesante y divertido. Desde luego era más motivador que las estrategias que tenían la mayoría de los profesores en las aulas. También había ojeado los canales de los booktuber de la competencia, para ver en qué se diferenciaba el de Laura de los demás, para entender el porqué de su éxito. Lo único que había sacado en claro era que la joven se limitaba a hablar de los libros, de los autores y del género en el que se suscribía la obra, pero lo hacía de tal manera que conseguía que el espectador se quedara enganchado a su mirada, a sus gestos y a sus palabras. No sabía explicar el porqué de ese embelesamiento. A Houda incluso le entraron ganas de ir a una librería y comprar algunos de los libros que la chica recomendaba a sus seguidores. Otra característica diferenciadora era la de subir a YouTube sus críticas y valoraciones en varios idiomas: español, inglés y chino. El resto de los booktuber, junto a los comentarios literarios, compartían en el canal sus costumbres o manías lectoras, proponían juegos, retos u otras ocurrencias de esa índole con las que captar más suscriptores. Laura, no.

—... ¡eh!, tampoco quiero quitarles el mérito a estos *influencer*, si consiguen que jóvenes no lectores se «enganchen» a un libro gracias a sus canales, ¡bien por ellos! A usted, a mí y a generaciones con más cabeza, pues como que no, pero a ellos... ¡Dejémoslos con sus modas pasajeras! —Pronunció la exclamación de forma triunfal, como si con ella zanjase el asunto, pero no fue así porque Santiago París continuó—: Porque no le quepa la menor duda de que solo es eso, una moda pasajera, de la que no quedará ni rastro dentro de unos años. Yo no debería hablar así de estas técnicas de marketing, pues trabajo desde casa como redactor de contenidos digitales para varias empresas. ¿Sabe de qué le estoy hablando? —continuó sin esperar respuesta—. Se lo pregunto porque es algo novedoso, de lo que muy poca gente tiene conocimiento. Trabajo para empresas que necesitan crear contenidos conque atraer visitantes a sus webs. Aunque parezca un empleo estupendo, por la ventaja de trabajar desde casa, no es para tanto, se lo aseguro. Eso sí, el trabajo que yo hago no lo podría hacer cualquiera, se necesita talento, imaginación, saber redactar bien y ser un crack en cuestiones ortotipográficas. —Alzó la mano en ademán altanero, dándose importancia—. A mi parecer, lo único bueno de la tecnología es que la presencia física en la oficina ya no es necesaria. En los últimos años se tiende a la subcontratación de servicios en lugar de otorgar plazas fijas, pues la mayoría de las tareas se pueden hacer solo con un software específico o por internet. En cuanto me di cuenta de que necesitaba algo así en mi vida, dejé mi antiguo trabajo y ¡voilà!, aproveché los recursos que la era digital ha puesto a nuestra disposición. Así he podido acomodar mis horarios y he ganado en calidad de vida. —Se le veía descansado y estaba moreno— ¡Y hasta puedo tener un par de hobbies ¡con los que vivir experiencias increíbles! Houda no quiso ser brusca, pero le pareció que aquella parrafada había durado lo suficiente, así que cortó por lo sano.

—Perdone, señor París, pero tengo que seguir entrevistando vecinos. A decir verdad, no sé si podré visitar un par de casas más, se me ha hecho muy tarde.

A Houda le pareció que la miraba de forma condescendiente.

—Claro, no hay problema. Ha sido un placer hablar con usted. Si recuerdo algo sobre esa chica, por nimio que sea... la llamaré.

La inspectora fue a pedirle justo eso, cuando Santiago París se le adelantó.

—Gracias, hágalo —dijo Houda, encaminándose hacia la puerta de salida.

«Me ha invitado a entrar, pero durante toda su cháchara me ha tenido de pie en la puerta de la casa, ¡vaya espécimen del género masculino!», pensó.

Tocó el timbre de varias casas, pero no le abrieron la puerta. Estaban cerradas a cal y canto, por lo que entendió que, estas sí, serían segundas residencias, que solo se habitaban en época de vacaciones.

Tuvo más suerte en el número treinta. Una mujer que debía acercarse a los ochenta años le abrió la puerta. Tenía el pelo corto y encanecido y vestía un chándal anticuado y algo gastado.

—¿Sí?

Houda se presentó y pidió permiso para entrar. Ella le franqueó la entrada a un vestíbulo minúsculo, pues había reformado la casa cerrando el salón. «Tal vez lo ha hecho para tener más intimidad o para ahorrar en aire acondicionado», se dijo la agente. Las plantas bajas de los adosados de aquella urbanización, las que Houda había visto hasta aquel momento, eran más diáfanas y abiertas. Esta le resultó más oscura y claustrofóbica.

La anciana se presentó como Antonia Almansa, pero dijo que podía llamarla Toñi.

—... todo el mundo me llama así desde que no levantaba ni un palmo del suelo.

La acompañó al salón, que tenía un suelo de parqué caro, tras abrir una puerta corredera. En la estancia reinaba ese tedio siniestro que suelen tener algunas habitaciones, una especie de abrumador recordatorio de que la muerte no anda muy lejos. Houda se fijó en que, nada más entrar y a su derecha, había un paragüero de metal negro con varios bastones dentro y, justo al lado, un andador ortopédico de aluminio con ruedas y asiento. La televisión estaba encendida, pero la dueña de la casa cogió el mando y la apagó. Un aparador con decoraciones plateadas estaba apoyado al lado del sofá de cuatro plazas, y sobre este había una serie de fotografías. En casi todas ellas aparecían una familia de cuatro miembros en varias etapas de su vida. Los progenitores y sus dos hijos. Las mismas puertas correderas que caracterizaban las viviendas de la urbanización se abrían a un pequeño jardín abarrotado de macetas y de gnomos decorativos. Se percibía un olor cálido, íntimo, acre, a olor corporal y a ungüentos. Un par de gatos egipcios dormitaban encima de uno de los dos sofás burdeos del salón, en el más pequeño. Houda no se llevaba muy bien con los gatos, pero los de aquella raza en concreto le repugnaban, no lo podía evitar. Una tía abuela, por parte de padre, tuvo durante años uno de aquellos y la Houda niña solía sufrir terribles pesadillas cada vez que le hacían una visita, aunque procurara mantenerse lo más lejos posible del animal. Fátima, la tía abuela, solía encerrarlo en la cocina o en el baño, pero siempre conseguía escabullirse y acababa restregando su piel delgada y arrugada, con su imperceptible pero asqueroso manto de vello, contra las piernas de la niña o, peor aún, subiéndosele al regazo. Su padre le explicó una vez, para intentar que superara sus miedos, que esta raza venía de Canadá, aunque mucha gente pensara que eran oriundos del antiguo Egipto. Aparecieron sobre los años sesenta debido a una mutación genética natural de una raza de gatos denominada Devon Rex. A partir de esa extraordinaria mutación, criadores de estos animales de compañía quisieron mantener esa peculiaridad y que la nueva raza perdurara con tan horripilantes

características.

Durante el tiempo que duró la visita, la mirada de Houda no se apartó ni un momento de aquellos gatos. Tragó saliva unas cuantas veces, justo cuando sus cabezas se alzaban, sin bigotes, cejas o pestañas, para observar con curiosidad a la intrusa. Uno de ellos tenía los ojos amarillos y, el otro, verdes.

—Por favor, siéntese. —Antonia hizo un gesto invitador señalando hacia el sofá más grande.

—Gracias.

Se sentaron, Houda lo más lejos posible de los animales. Le pareció que el sofá era demasiado blando, pues se hundió en el cojín.

—¿Qué necesita de mí? —dijo la anciana.

Houda se inclinó hacia delante.

—Estoy investigando la desaparición de una de sus vecinas, Laura Bayo. ¿La conoce?

La cara de Antonia Almansa reflejó desconcierto.

—No salgo mucho de casa, solo para ir al médico y poco más. Una chica viene un par de horas a ayudarme, me dieron la ayuda a domicilio hace un par de años. Sufro de polineuropatía sensitivomotora. Hay días que no puedo ni levantarme de la cama. Va a rachas. Ahora estoy en una de las buenas, ¡a ver cuánto me dura! Lo que no quiero es caer en una depresión que me lleve antes de tiempo a la tumba. Levantarse cada mañana puede hacerse muy cuesta arriba cuando se está malita. Le cuento todo esto porque entre lo sola que me ha dejado mi marido, que en paz descansa, y mi enfermedad...

—Entonces, ¿no conoce a la joven del número doce? —volvió a insistir la inspectora.

—Número doce, número doce... —repitió dubitativa, para acto seguido parecer horrorizada—.

¿La joven huérfana que vive cerca de la puerta por donde entran los coches?

Houda asintió.

Los gatos se removieron inquietos al notar la alteración de su dueña.

—¿Y dice usted que ha desaparecido? —La pregunta fue espontánea.

Houda volvió a asentir.

—Desconocemos su paradero. Puede que se haya marchado por propia voluntad —continuó Houda—, pero se ha denunciado su desaparición y nuestro deber es investigar todas las hipótesis. Antonia Almansa se santiguó.

—¿Qué barbaridad! La vi pasar por delante de mi ventana no hará mucho.

—¿Puede recordar cuánto tiempo hace de eso?

—A ver... —Frunció el ceño—. Creo que... la verdad es que hace casi un mes. ¡Cómo pasa el tiempo!

—¿Está segura?

La octogenaria se enderezó despacio del sofá, como si se preparara para hablar largo y tendido.

— Sí, porque un joven muy simpático, el repartidor de paquetes, el que me trajo el andador que Ana, mi cuidadora —puntualizó—, me compró por internet —señaló hacía el aparato con un dedo—, llegó ese día a mi casa un poco molesto. Me dijo que creía que la joven no le había abierto la puerta, que seguro que estaba en casa, pero que había «pasado de él». Como casi todos los que viven en la urbanización trabajan, el mensajero suele dejarnos los paquetes de los demás vecinos o a ella o a mí. Aquel día dejó en mi casa todos los paquetes que traía. ¡También el mío, claro! Al parecer la pobrecita no puede trabajar porque está malita de la cabeza. —Miró alrededor como para asegurarse de que no había nadie más en la habitación y con un par de dedos de la mano derecha se dio unos golpecitos en la sien—. A lo mejor vive con la paga que le da el Estado por ser huérfana... En fin, no estoy segura sobre ese asunto. Pero de lo que sí estoy segura es que fue

ese día cuando la vi pasar por delante de mi ventana. Me acuerdo perfectamente, por lo de la anécdota del repartidor. Cómo ya le he dicho, al final, el pobre, me tuvo que dejar a mí un montón de paquetes, incluso los de los vecinos de los apartamentos, los del final de la urbanización. Aquel día, por la tarde, tuve muchas visitas que atender. ¡Por lo menos seis vecinos vinieron a verme! Bueno, vinieron a por sus paquetes, pero casi todos se quedaron un ratito haciéndome compañía. Me había despedido de la última vecina, Juana, la que trabaja en el Ayuntamiento, y me puse a mirar por la ventana para ver en qué casa se metía, porque no me acordaba de en qué número vivía, cuando la chica, que usted dice que ha desaparecido, pasó por delante de mis narices. Ese día no me dio tiempo a saludarla. Iba caminando a paso ligero. De todo eso hace un mes, porque el andador me llegó con aquella remesa de paquetes, así que... sí, estoy segura.

—Perdone, pero, ¿usted ha llegado a hablar alguna vez con ella? ¿La conocía? —preguntó Houda una vez que pudo volver a meter baza.

—No, solo la he visto de refilón, de uvas a peras, cuando pasa por delante de mi ventana. En verano, cuando tengo la ventana abierta, la he llegado a saludar, pero siempre lleva los cacharros esos que se ponen los jóvenes en los oídos para escuchar música. —Sonrió débilmente—. Y, o no me oye o se hace la sueca.

Houda se preguntó cuánto tiempo se pasaría aquella mujer detrás de los cristales de la ventana viendo pasar la vida de sus vecinos.

—No quiero molestarla más, pero, ¿últimamente ha visto por la urbanización algo que le haya llamado la atención?

La anciana negó con la cabeza mientras se aclaraba la garganta.

Sin esperar a que Antonia volviese a enfrascarse en un nuevo parloteo, pues ese día ya había tenido suficiente con ella y con Santiago París, le dio las gracias, le dejó una tarjeta con su número de teléfono por si recordaba algo de interés y se levantó. La anciana la acompañó a la puerta. Los gatos siguieron tumbados, Houda agradeció que no se hubieran movido del sofá en todo el rato que había pasado en aquella casa.

—¿Cree que han podido secuestrar a la chica? —preguntó Antonia.

Houda dudó qué contestar.

—Esperemos que no.

Una sombra de preocupación cruzó la cara de la anciana, no debió gustarle la respuesta.

El deseo que había formulado en voz alta, siguió dando vueltas en su cabeza mientras salía por la pequeña puerta enrejada de la entrada de la urbanización.

— ¡Hola! —Oyó una voz que gritaba detrás de ella— ¡Espere!

Houda se giró y vio a pocos metros a un hombre que rondaría los sesenta años. Vestía pantalones cortos grises, polo de manga corta azul marino, gorra negra y náuticos sin calcetines. Su rostro le sonaba. ¿Conocía a esa persona? Algo en él le resultaba familiar. Intentó hacer memoria. Era una buena fisonomista y no solía olvidar a las personas con las que se encontraba. Cuando llegó a su lado se percató de que estaba más rechoncho de lo que le pareció en un principio y que no era muy alto, tan solo le sacaba unos centímetros.

—Mi madre me ha llamado en cuanto usted ha salido de su casa. Soy el hijo de Antonia, —a continuación, aclaró—: también vivo aquí, en la urbanización. Mi adosado es el último de la fila izquierda. ¡Ah!, ¡qué maleducado!, no me he presentado. Mi nombre es Antonio. Mis padres no se calentaron mucho la cabeza al ponernos nombre a mi hermano y a mí. Mi padre se llamaba José,

¿adivine qué nombre le pusieron al primogénito?

Houda ignoró la pregunta, dejó de intentar recordar de qué podía conocerlo, pues era obvio el parecido con la madre, y fue al grano:

—Aunque pensaba entrevistarme con el máximo número posible de vecinos... se me ha hecho tarde, tengo que volver a la comisaría. Volveré otro día, porque me interesa conocer todo lo que los vecinos podáis contar sobre la joven del número doce.

—¿Ha aparcado en el centro comercial del pueblo?

—Sí.

—La acompaño hasta allí, así puede aprovechar y entrevistarme. Le sabrá a más esta visita.

Se puso a andar al mismo ritmo que ella y esperó a que la inspectora comenzara a hablar.

—¿Conocía a Laura Bayo?

—Sí, puede que sea el vecino que más la conozca —afirmó—, a excepción de Gabi, claro. Ella es la que más contacto mantiene con Laura.

Houda sintió curiosidad por esta información tan inesperada.

—¿Qué relación le une a ella?

—Soy periodista y ella es una booktuber famosa —dijo por hecho que sus palabras explicaban la pregunta, pero la inspectora permaneció en silencio esperando que continuase—. A ver cómo lo explico para que lo entienda, y para que no malinterprete mis palabras.

No continuó hablando hasta que un hombre con un gran pastor alemán con el que se cruzaron no se alejó unos metros.

—Ya le habrán contado que Laura es algo —titubeó—, «diferente». Cualquier celebridad de internet, que se haya hecho famosa gracias a los videos que sube a la plataforma YouTube, mataría porque los periodistas les diéramos publicidad entrevistándolos. Laura, no. —Se pudo adivinar cierta frustración en su voz—. Primero, intenté acercarme a ella como profesional. En varias ocasiones le pedí que se prestara a una entrevista...

—Déjeme adivinar, se negó —Houda le interrumpió.

—Sí, todas y cada una de las veces que se lo pedí.

—Ha comentado que esa fue su primera opción, ¿de qué otras formas ha intentado acercarse a ella?

Se pegó un poco más a ella, con aire afable, de confidencia.

—Al ser vecinos, me he encontrado con Laura un montón de veces, y siempre he intentado cruzar con ella más de dos palabras. La suerte me ha sonreído, con más o menos fortuna, dependiendo de dónde la tuviera acorralada. —Se dio cuenta enseguida de que la utilización del adjetivo «acorralada» no era el más adecuado en el caso de alguien que ha desaparecido sin dejar rastro, así que, intentó enmendar su metedura de pata. La inspectora se había parado en seco en mitad de un paso de peatones—. Con lo de acorralada quiero decir que, si por ejemplo, me la encontraba caminando por las tardes por algún sendero de los alrededores del pueblo, pues la acompañaba un trayecto. No todo el rato, que conste. Siempre he intentado no ser pesado —siguió justificándose—. O, si coincidíamos en la carnicería, le sacaba algún tema de conversación. —Houda siguió caminando, sin pronunciar ni una palabra, quería comprobar hasta dónde quería llegar aquel tipo—. No le quepa duda de que estoy siendo completamente sincero. Incluso he pedido un par de veces que dejaran los paquetes de unas compras realizadas por internet en el número doce. Eso sí, solo si mi madre no se hallaba en casa, ya fuera porque tuviera cita con su fisioterapeuta, su médico, o por estar de compras con su cuidadora.

—¿Llegó a «acosarla» en alguna ocasión?

Ahora fue él quien se detuvo, carraspeó, y le dirigió a la policía un gesto de censura.

—No, ¡por Dios! No le estaría contando todo esto si lo hubiera hecho, ¿no cree?

—Al principio de la conversación ha asegurado que usted podía ser uno de los vecinos que más la conocían. ¿Por qué lo ha dicho? Teniendo en cuenta lo que me acaba de contar, la única relación que Laura tenía con usted es la de un mero formalismo social.

—Pues se equivoca, como le he dicho antes soy periodista, un buen periodista —puntualizó— y conseguí algunos avances con Laura. —Dio la impresión de que elegía las palabras con sumo cuidado—. En primer lugar, me subscribí a su canal de YouTube y me convertí en un experto conocedor, analizador, de sus videos. A través de ellos he llegado a conocerla muy bien: cuáles son sus escritores favoritos o a los que menosprecia sin miramiento alguno, aunque ni ella misma sea consciente de que lo está haciendo; la música que le apasiona; que su comida favorita es el sushi, aunque solo lo toma para cenar; que no le interesa la ropa lo más mínimo, solo la comodidad de las prendas que utiliza...

—¿Y todo eso lo sabe por haber visto sus grabaciones? —Volvió a interrumpirle Houda.

El hombre hizo un aspaviento ambiguo.

—Sí, y muchas más cosas. Me pongo a su disposición, si necesitan que recopile todos esos datos en un informe...

—Gracias, lo tendré en cuenta, por ahora no es necesario.

Se pararon delante del Toyota Yaris rojo de la inspectora.

—Continuaremos esta conversación en otro momento, como ya le he dicho... volveré otro día.

¿Cuál es el número de su casa?

Se lo pensó un momento, como si lo hubiera olvidado.

—El cincuenta y dos.

—Gracias, estaremos en contacto.

Abrió la puerta y se introdujo en el coche, unos golpecitos en el cristal frenaron la introducción de la llave de contacto.

—Acuérdese, mi nombre es Antonio Flores Almansa.

Le dirigió una mirada intimidatoria, intensa.

—Pierda cuidado, me acordaré.

Las últimas semanas, Houriya se metía en la ducha dos o tres veces al día. Envuelta en una toalla cruzó descalza la habitación y encendió la luz. Eran casi las doce de la mañana, pero seguía con las persianas completamente bajadas. Hamza las había abierto al irse a trabajar, pero ella las había vuelto a bajar en cuanto él puso un pie fuera del piso.

Se acercó a la cómoda y se miró en el espejo de marco dorado de la misma. La imagen que le devolvió la mirada fue la de un rostro en el que no se reconocía. El cabello negro, largo y brillante, del que siempre se había enorgullecido, se le mostró apagado y canoso. ¿Cuándo habían empezado las canas? Patas de gallo en la comisura de los ojos; la frente surcada de arrugas y el rostro flácido. La vejez se le había echado encima. ¿Qué había sido de la lozanía y el brillo en la mirada de sus dos embarazos anteriores? Su estado de ánimo también era muy distinto del que siempre había sido. Se despertaba decenas de veces por la noche con ataques de pánico, aunque, por suerte Hamza no se daba cuenta. Permanecía inmóvil en la cama durante horas contemplando la pared. La ansiedad la obligaba a permanecer en la misma postura, como si estuviera muerta. A veces pensaba que, si se concentraba lo suficiente, podría atravesar la pared con la mirada, huir y esconderse en un lugar seguro donde él no pudiera dar con ella.

Pasó los dedos de la mano derecha por su rostro, como para ahuyentar aquella visión. Cuando la retiró la imagen del espejo seguía siendo la misma. Se le humedecieron los ojos, las lágrimas acabaron cayendo sobre la cómoda. Estaba preparada, tenía que hacerlo. Había llegado el momento de poner fin a aquella pesadilla.

¿Hoy, mañana...?

Lo antes posible.

No quería morir, lo que quería era no seguir viviendo una y otra vez la pesadilla que había vuelto a entrar en su vida. Sintió rabia, un nudo creciente de rabia al pensar en todo lo que había perdido, en todo lo que le estaban arrebatando.

Se quitó la toalla y se enjugó con ella la cara.

En ese momento escuchó cómo la puerta del piso se abría y se volvía a cerrar de un portazo.

Se echó a temblar.

Alguien llamó a la puerta del minúsculo despacho de Houda.

—¡Adelante!

Víctor abrió la puerta y entró.

«¿Traerá novedades sobre el móvil de Laura?», se preguntó Houda.

Víctor era agente del Departamento de Informática, y uno de los pocos compañeros con los que la inspectora se sentía cómoda. En un principio no fue así pues, al igual que la mayoría de los agentes de la comisaría, durante un tiempo la miró con una mezcla de superioridad y algo de desprecio por ser mujer y de origen marroquí, a pesar de que sus hermanas y ella hubieran nacido en España. Sin embargo, Víctor no tardó en cambiar de actitud, de un día para otro empezó a tratarla mejor. Dejó de saludar solo con un movimiento de cabeza y empezó a realizar pequeños gestos que cambiaron su relación para siempre, como, por ejemplo: ofrecerle una taza de café o sentarse a su lado en las reuniones matinales.

El agente se sentó y mostró unas páginas impresas. De la mochila que se descolgó del hombro derecho sacó el móvil de Laura Bayo. Venía dentro de una bolsa transparente de recogida de pruebas.

—Aquí tienes lo que he podido encontrar y, Houda, no le puedo dedicar más tiempo a este asunto. Tenemos un montón de casos y demasiados compañeros de baja o de vacaciones, no estamos sobrados de gente que digamos. —Frunció el ceño a la vez que añadía—: No quiero meterme en un lío por esta mierda. Recuerda que estaba delante cuando Mateo dijo que te dedicaras a otros asuntos y que dejaras el caso en manos de la Guardia Civil.

Houda alcanzó los papeles y los hojeó por encima, ignorando la queja de su compañero.

—¿Alguna información importante?

Víctor se levantó contrariado.

—Compruébalo tú misma. Algunas de las aplicaciones del móvil están desbloqueadas. Houda, no me lo has pedido, pero te voy a dar un consejo: por una vez, estaría bien que escucharas a alguien que se preocupa por ti y dejaras de ir por libre, porque no sé si te has dado cuenta de que ya no tienes a tu ángel de la guarda al lado, a Raúl Damacio. Estás en el punto de mira de muchos, cualquier desliz y se acaba tu carrera en el cuerpo. Es más, te pegan una patada en el culo y acabas en un harén en Marruecos.

Salió del despacho dejando a Houda con la palabra en la boca, los papeles en la mano y el móvil encima de la mesa.

«Laura Bayo lo tenía todo: dinero, fama, millones de seguidores, pero en realidad solo hay una persona que se preocupa por ella, que la echa de menos: Gabina Garbalo. Y si esa persona cree que no se ha ido de su casa por voluntad propia... Entonces se merece algo más de nuestro tiempo y de nuestros recursos», pensó.

Concentró toda su atención en los papeles que sujetaba en la mano.

Lo primero que examinó fueron las últimas llamadas. Solo había hecho una en varios días, a «Supermercado». Tenía que remontarse bastante atrás para encontrar: «Miguel (jardinero)», «Ana (empleada del hogar)», Juan Andrés (taxista), «Tía Amalia». La duración apenas llegaba a dos minutos. Solo las llamadas que hacía a Tía Amalia se acercaban a los cinco, pero nunca los sobrepasaba.

En «notas» encontró más contenido, pero nada que sirviera para rastrear el paradero de la joven: “Lista de la compra”, “Material de oficina”, “Necesidades varias”; muchas anotaciones sobre libros, con títulos como: “Libros”, “Thriller”, “Romántica”, “Actualidad”, “Psicología”, “Histórica”, etc.; otras sobre el contenido de los videos que subía a YouTube, o eso es lo que le pareció a Houda.

Pasó al «calendario». Empezó fijándose en las últimas semanas antes de que Laura desapareciera. Había algunas anotaciones, pero solo le parecieron relevantes: «Enviar la entrevista al digital *HuelvaYa*», «No volver a perder el tiempo leyendo y reseñando libros de la *Cucaracha*», «Ir a la farmacia a por más pastillas» «Hacer un nuevo pedido a la librería *El Lobo Encantador*» ...

Volvió atrás, algo había llamado su atención, aunque con unos segundos de retardo: «Enviar la entrevista al digital *HuelvaYa*». El cerebro de Houda asoció inmediatamente esta nota al hijo de Antonia Almansa. ¿No le había dicho este que era periodista? Por lo poco que conocía a la joven, lo que había rastreado por internet y por lo que decían de ella terceras personas, no se dejaba entrevistar. Lo único que sus seguidores sabían de la booktuber era lo que esta les contaba a través de sus grabaciones, puede que también a través de mensajes privados, pero eso iba a ser difícil de comprobar sin tener una orden judicial que le permitiera hackearle su canal de YouTube. Solo aparecía su nombre en noticias en las que se la mencionaba como *influencer* de libros y como joven emprendedora digital, pero no recordaba que en ningún blog o periódico digital se hablara de una entrevista.

Dejó los papeles a un lado y encendió su iPad, se metió en Google. Introdujo «*HuelvaYa*» y cuando estuvo en la página del periódico, puso en su buscador el nombre de Laura Bayo.

Encontró noticias genéricas en las que se hablaba de los influencer literarios en general: explicaban el origen del término booktuber, su evolución y cómo discurría ese fenómeno en la actualidad; definían palabras o expresiones que llamaban «idioma booktuber», y entrevistaban o hablaban de los booktuber más relevantes del panorama internacional, nacional u onubenses.

Houda sonrió de oreja a oreja ante una de las entradas de la página: «La esperada entrevista a la famosa booktuber onubense Laura Bayo». La sonrisa se le congeló al leer el nombre del periodista que firmaba la entrevista, Antonio Flores Almansa. Sintió un conocido hormigueo, una mezcla de expectativa, horror y excitación ante el hallazgo.

La entrevista emergió ante sus ojos. Se dispuso a leerla con avidez.

Bilal entró en el despacho de Houda y la miró inquisitivamente al ver que estaba enfrascada en unos documentos que la absorbían por completo. Al notar la presencia de su compañero la inspectora se puso en pie dejando los papeles sobre la mesa. Bilal sacó de la bolsa dos generosos trozos de pastel árabe de pollo y dos latas de refresco de té con hierbabuena.

—¿Todo bien?

—Tenemos que volver a interrogar a Antonio Flores Almansa. Mira.

Cogió un par de folios de la mesa y se los entregó a Bilal. «La esperada entrevista a la famosa booktuber onubense, Laura Bayo». Houda había impreso la entrevista para poder revisarla concienzudamente y para cuantas anotaciones considerara pertinentes.

—Él fue el periodista que le realizó la entrevista.

—No debería acompañarte, pero soy un kamikaze y lo voy a hacer. Aunque solo si primero nos comemos la pastela de pollo.

—No tengo hambre, llévatelos y te los comes por el camino, yo conduzco.

—Mejor nos lo comemos aquí y ahora —se permitió contradecirla—, solo serán cinco minutos. Aunque no tengas hambre, la pastela entra muy bien. Además, antes tenemos que comprobar dónde se encuentra el individuo. Puede andar por Huelva o por su casa de El Rompido. Lo mejor es llamarlo, para no ir dando palos de ciego. Le contamos la trola de que necesitamos volver a hablar con él para hacerle unas cuantas preguntas rutinarias... ¡y listo!

Houda esbozó una breve sonrisa y alargó el brazo para coger una de las latas de refresco.

—Cinco minutos. —Levantó el dedo índice y repitió—: Cinco minutos, ni uno más.

—Me sobran dos —dijo Bilal con la boca llena.

El ático dúplex en Huelva, de ciento cuarenta y cinco metros cuadrados, del periodista Antonio Flores, se encontraba en un bloque de pisos de la avenida Alemania. Houda y Bilal aparcaron el coche y se dirigieron a la entrada del edificio. Tocaron el telefonillo. Se oyó un chasquido, el residente estaba informado de su visita y esperándolos.

—Buenas tardes, pasen por favor —invitó Antonio Flores al abrir la puerta.

—Buenas tardes —contestaron casi al unísono los dos policías.

Los condujo a un salón-comedor muy amplio, formado por dos zonas separadas entre sí por un pequeño desnivel. Por una parte, el salón formado por una composición de muebles modulares de acabado melamínico en gris oscuro acompañado por una mesa de centro, del mismo material y con el mismo acabado, pero con patas metálicas. Un receptor de televisión de cincuenta pulgadas en el mueble modular y un sofá de cuatro plazas de un blanco nuclear completaban el espacio. La zona de comedor estaba decorada con un aparador, Houda imaginó que contendría todo lo necesario para vestir la mesa. Esta, enorme, de diseño moderno y robusto, con seis sillas de madera de color nogal con tapizado de color crema.

Los instó a que se sentaran en las sillas del comedor.

—¿A qué se debe esta visita? —preguntó Antonio Flores una vez que los agentes declinaron su ofrecimiento para tomar alguna bebida fría o caliente.

—Tenemos que hacerle nuevas preguntas sobre la desaparición de Laura Bayo —dijo Houda.

—Ustedes dirán. Mi madre y yo seguimos consternados, no nos entra en la cabeza que todavía no se sepa nada del paradero de nuestra vecina de El Rompido.

—Señor Flores, hemos sabido que usted llegó a entrevistar a la booktuber para el digital *HuelvaYa* —dijo Houda yendo al grano.

Antonio resopló por la nariz y asintió.

—Cierto, y no vean lo que me costó conseguir esa entrevista —restó importancia con tal ademán estoico que más bien se la daba.

—¿Cómo lo consiguió? —preguntó Bilal.

El otro encajó la pregunta con aparente indiferencia.

—Accedió porque, he de reconocerlo, fui insistente. Le envié varios correos electrónicos hasta que accedió, pero con la condición de que no se realizara en persona, sino a través de un cuestionario que tenía que enviarle vía e-mail. Además, se reservaba el derecho de no contestar a las preguntas que se le antojaran. Fue una negociación dura. Laura Bayo es una chica tenaz.

En la calle sonó el petardeo de una moto.

—El otro día, cuando hablé con usted en El Rompido, no mencionó la entrevista.

Antonio se puso tenso. Nervioso, miró alternativamente a los agentes.

—No dije nada, porque ni me acordé ni se me pasó por la cabeza. ¿No estarán pensando que soy

culpable de algo, que escondo algo?

—Son preguntas rutinarias, comprenda que tenemos que hacérselas. Todo el mundo parece estar de acuerdo en que la joven no era muy sociable y hemos podido comprobar, buscando en la red, que no era dada a conceder entrevistas, que solo se exponía en su canal de YouTube... —observó Houda.

—Sí, eso es cierto, pero también tendrán que darme la razón en que es injusto que se me considere sospechoso de algo solo porque Laura accediera a contestar a unas preguntas que le mandé por e-mail.

—Reconocerá conmigo, que en su relación con la joven hay muchas casualidades —Houda compuso una mueca prudente—: viven en la misma urbanización, la ha perseguido, o como insinuó el otro día «acosado», para intentar conseguir esa entrevista...

—¡No la acosé! Fue una desafortunada forma de hablar. ¡Por dios, no tergiversar mis palabras!

—No lo hago, es lo que usted dijo.

—¡Pero no con ese significado literal! —Parpadeó, inseguro, emitiendo mensajes de alerta. Inquieto por estar enfangándose con sus propias palabras—. Ya se lo dije.

Bilal lanzó una mirada a Houda: el hombre se estaba cerrando en banda.

—No se ponga a la defensiva. —Bilal hizo un ademán ambiguo—. No le estamos investigando. Solo que nos gustaría entender por qué Laura accedió a hacer esa entrevista en concreto y no otras a otros periodistas.

Antonio los miró, uno a uno.

—No tengo ni idea —contestó rotundo, alzando la cabeza y mirando a Houda con expresión sombría—. ¿Alguna otra cosa?

Se sucedió un tira y afloja de preguntas y respuestas, pero sin conseguir nada más del periodista. Sus respuestas, a partir de entonces, fueron concisas y bruscas. El resto del tiempo que pasaron en su casa, Antonio Flores se mostró indignado de que sospecharan de él por una simple entrevista.

De vuelta al coche, Bilal se hizo cargo de la conducción. Arrancó el vehículo y encendió el aire acondicionado mientras Houda seguía fuera escrutando las ventanas del ático.

El día estaba despejado, se estaba bien en la sombra, pero no tanto al sol.

—Parece que no se ha tomado muy bien nuestra visita, ¿eh? —sentenció Bilal.

La mujer lo miró, se encontró con la calma de sus iris marrones fija en ella, como si esperara algún tipo de reacción.

—No, parece que no —secundó Houda.

—¿Crees que podría estar implicado en la desaparición de la booktuber? A mí me parece un tipo anodino, sin más.

Bilal encogió los hombros con sencillez, restando trascendencia a sus palabras.

—Pues a mí este tipo no me convence, hay algo en él... —hizo una leve inclinación de cabeza, entre pensativa y alerta—. ¿No te parece raro que siendo un simple periodista, viva en un ático como este y, además, tenga una casa en propiedad en la misma urbanización que su madre?

—Pues... no sé, podría venirle por herencia —aparentó meditarlo un poco—, porque le haya tocado la lotería... ¡Hay gente que nace con una flor en el culo!

—Necesitamos saber más sobre él —dijo Houda mirando más allá del semáforo en el que se habían detenido.

—¿En serio piensas que esconde algo, que es sospechoso de la desaparición de la chica? —Esta vez fue Houda la que alzó los hombros—. Recuerda que en realidad no tenemos caso, que se lo hemos endosado a la Guardia Civil, y, que no es seguro que a Laura Bayo le haya pasado algo malo. Así que, debemos ser prudentes y no ir por ahí poniendo carteles de «sospechosos» a

cualquiera que se haya cruzado en el camino de la chica.
—Entonces, Bilal, ¿qué diablos estamos haciendo aquí?
Por toda respuesta, el agente se encogió de hombros.

Hassan y Aminah estaban recogiendo y limpiando la tienda antes de cerrar para irse a almorzar. Dentro se estaba fresco, pero el sol a aquella hora caía despiadadamente sobre los transeúntes que pasaban por delante del negocio de la familia Falú. En días tan calurosos, Hassan solía llegar a casa sudando a mares. El sudor unido a una incipiente obesidad le irritaba algunas partes del cuerpo, pero se negaba a coger el coche para la hora del almuerzo. Solo lo utilizaba cuando tenía que visitar los locales de sus proveedores en Huelva o Sevilla.

Hassan acabó de colocar las distintas partes del cordero, que había despiezado aquella misma mañana, en el expositor de carne. Se lavó y secó las manos y extrajo del bolsillo del pantalón un pañuelo pulcramente doblado con el que se secó el sudor de la cara y el cuello.

—Últimamente sudas mucho —dijo Aminah sin ocultar su preocupación—. Deberías hacerte un chequeo médico.

—Para qué, estoy bien.

—Si estuvieras bien, no te despertarías asfixiado en mitad de la noche, quejándote porque no puedes respirar.

—No exageres, solo han sido un par de veces.

Aminah tapaba con un paño blanco la bandeja de dulces marroquíes con los que su marido agasajaba a los clientes mientras esperaban turno.

Hassan apagó las luces y salieron de la tienda.

Aminah pretendía aprovechar el paseo hasta el piso para hablar con Hassan de lo que la preocupaba. Prefirió hacerlo así, en la calle, mejor que cuando estuvieran vistiendo la mesa o almorzando. No quería que la conversación les arruinara la comida. La sonrisa cariñosa que le ofreció a su marido, antes de empezar a hablar, enmascaraba una intensa inquietud.

—Houriya sigue sin querer verme.

—Esta hija nuestra...

—Siempre ha sido muy buena y cariñosa con nosotros —se apresuró a decir, no quería que Hassan la acusara de desagradecida o de mala hija. Lo que esperaba de su marido era comprensión y, tal vez, alguna réplica que la ayudara a mejorar la relación con su hija.

—Sí, eso sí.

—¿Por qué crees me estará rehuyendo?

La miró, confuso.

—Houriya es muy suya —dijo imprimiendo a su voz cierto tono de resignación.

—De pequeña no lo era —comentó tras un momento—. Cambió después de lo que le pasó en Marruecos.

—Hace mucho tiempo de eso.

—Sí, pero... ¿y si pensábamos que lo había superado y no fuera así? ¿Y si, por algún motivo que desconocemos, nuestra hija se está alejando de nosotros?

—Espero que no, ¡por Allāh! ¿Por qué lo piensas?

—He hablado con Hamza y me ha confirmado lo que temía, que Houriya lleva unos meses rara con los niños y con él.

—Vaya.

—Lo he intentado, sabe Allāh que lo he intentado todo para que Houriya vuelva a mi

regazo. *¡In sha'llah!*

—Hamza y ella, ¿habrán discutido?

—¡Pues claro que habrán discutido! ¡Todos los matrimonios lo hacemos!, pero eso es lo de menos. No creo que lo que le pase a nuestra hija sea una simple riña matrimonial.

—¿Hamza se estará portando bien con ella? —preguntó alarmado.

—¡Qué cosas dices! Estoy segura de que sí. Hamza es un buen chico, ya lo sabes.

—Entonces... ¿qué es lo que crees que le pasa a nuestra hija?

—No lo sé, y eso es lo que me mata. ¿Depresión, algún trastorno mental, episodios de ansiedad...?

—¿Algo relacionado con la cabeza?

—Sí, eso seguro. Se altera con mucha facilidad y los ojos... ¡No tienen vida! A veces parece que está lejos, en vez de estar donde tiene que estar. Le he suplicado que consulte con un médico, pero solo he conseguido que grite y que me eche a empujones de su piso.

—No te martirices, eres una buena madre.

Aaminah agradeció las palabras de Hassan, pero estas no pudieron evitar que le brillaran los ojos.

—Lo he intentado todo —volvió a repetir—, hasta he hablado con Houda para que interceda.

—Houda siempre anda liada.

—¡Pues que se deslíe! La familia es lo primero —el tono de Aaminah no admitía réplica.

Hassan gruñó no muy convencido. Observó de soslayo a su mujer.

—Mujer, ¿no estaremos exagerando...?

—Una madre conoce a sus hijas, si te digo que Houriya está sufriendo, es porque lo está.

—Pero si ella no pide ayuda, ¿qué podemos hacer nosotros?

—No lo sé, no lo sé.

Se estrujó las manos con desesperación.

—¿Quieres que hable con Hamza?

Movió la cabeza, mostrándose de acuerdo.

—Tenemos que hacer todo lo que esté en nuestra mano —respiró hondo—. Insistir una y otra vez, aunque nos den con las puertas en las narices. ¡Qué duro es ser padres! —Suspiró cogiéndose del brazo de su marido. Unas lágrimas silenciosas y suaves acudieron a sus ojos.

Hassan dio la razón a su mujer asintiendo con la cabeza. El hombre también suspiró para sus adentros. Sentía un gran peso en el corazón, le abrumaba todo lo que podría decir y callaba.

«Más aún si solo se tienen hijas. No puedo saberlo a ciencia cierta, porque no hemos sido bendecidos con un hijo, pero creo que sacar para adelante a tres hijas debe ser más complicado que criar a chicos. Aaminah y las niñas han cambiado mi forma de pensar, la que tenía cuando era joven. Aun así, después de todos estos años, sigo sin comprender a mis mujeres. ¿Hubiera sido más fácil en Marruecos?», no, no lo creía.

Houda pensaba en su familia y, a la vez, seguía una nueva pista, la del dueño de la librería *El Lobo Encantador* al que Laura Bayo pedía nuevas obras varias veces al año.

Seguir con el caso de la booktuber la mantenía ocupada, ayudaba a no pensar en la crisis familiar de los Falú.

Estaba convencida de dos cosas: una, que, si seguía con la investigación por libre, iba a acabar metida en un lío de los demonios; su inspector jefe, Mateo Montes, se lo iba a hacer pagar caro y, dos, que la joven debía conocer o haber mantenido algún contacto previo con su secuestrador.

¿Realmente se trataba de un secuestro? ¿Por qué se empecinaba en esa tesis? Eran dudas que se planteaba con frecuencia, pero que no quería razonar ni responder. Le daba miedo enfrentarse a la verdad. En su fuero interno sabía que las respuestas tenían mucho que ver con los casos que había llevado en el pasado y que no habían llegado a buen término.

Frustración y empecinamiento.

«No necesito revisar el enfoque de la investigación, seguiré trabajando con la hipótesis de que la han secuestrado. Eso es lo que cree su vecina Gabina, la persona con la que más se relacionaba la chica», se ratificó Houda.

Hizo un croquis mental con dicha tesis: se encontraron la puerta abierta; desorden y caos en el salón, immaculado el resto de la casa; en aquella época del año las segundas viviendas de la urbanización no estaban ocupadas; había hablado con un puñado de vecinos, nadie había visto nada; no había servido de mucho rastrear el perfil de la joven en la Red, ni visionar gran parte de sus videos de YouTube; el móvil de la joven había sido analizado en profundidad y por ahí sí que podían sacar algo, por ejemplo: la entrevista con el librero Alfonso Guirao.

Sentía que estaba yendo en la dirección correcta pero no podía estar más frustrada, porque no tenía prueba alguna que le condujera al paradero de la booktuber.

El móvil sonó y Houda vio que le había llegado un mensaje de su nuevo compañero, Bilal Moughi: «He llegado, te espero en doble fila».

Apretó el botón del móvil para contestar.

«Dame un minuto».

Lo que tardó en coger la chaqueta de cuero, meter el iPad en la mochila, cerrar la puerta de la casa y bajar por las escaleras. Nunca utilizaba el ascensor.

Le gustaba el frescor del ambiente a esas horas de la mañana. Se entretuvo un momento antes de cruzar la calle y acercarse al coche de su compañero. Entrecerró los ojos mirando el sol ascender entre dos filas de edificios. Intuyó que le esperaba un día largo y duro.

Abrió la puerta del coche y entró. Se intercambiaron unos cómplices *sabah alkhyr* de buenos días. Cuando Raúl Damacio se acogió a la jubilación anticipada, asignaron a un nuevo policía a la comisaría, Bilal Moughi. Al inspector jefe le pareció de lo más acertado asignárselo a ella. A todo el mundo le encantó la situación: «Dios los cría y ellos se juntan», escuchó un par de veces en los primeros días de aclimatación del nuevo. Al parecer, Moughi, de nacionalidad española, pero de padres marroquíes, jugaba en la misma liga que la de Houda, con la única diferencia de que él era hombre y, por eso mismo, mejor aceptado y respetado que ella. Era alto y delgado, pero musculoso. Podía resultar tremendamente guapo para la mayoría de las mujeres por su pelo negro y ensortijado, los rasgados ojos marrones y una sonrisa sensual enmarcada entre labios con el grosor perfecto. Tanto Houda como Bilal tenían los rasgos de la cara angulosos y la piel tostada. Estacionaron el vehículo en un parquin. Bilal cerró la puerta tras de sí y esperó a que Houda saliera. Eran las ocho y media de la mañana.

La librería El Lobo Encantador se encontraba en una de las calles peatonales del centro de la ciudad. No abría hasta la diez, pero no les importó porque de esa manera podían desayunar con tranquilidad y compartir impresiones.

Houda se acercó al hombre alto y algo encorvado que estaba tras el mostrador encendiendo el ordenador y sacando de una caja lo que a primera vista parecían novedades literarias. Lo más destacado de su rostro eran los ojos: grandes, oscuros, penetrantes. Sonrió de manera impersonal, pero con disposición para informar o asesorar en lo que se le requiriera.

Houda le mostró sus credenciales.

—Me llamo Houda Falú y soy policía.

El librero adoptó una actitud de sorpresa.

—¿En qué puedo ayudarlos?

—Queremos hacerle unas preguntas —intervino Bilal—. Solo será un momento.

—Estamos investigando una desaparición y quisiéramos saber si conoce a una mujer llamada Laura Bayo —continuó Houda.

Pasó un ángel.

Si disimulaba estar sorprendido, lo hizo bien.

—No tenía constancia de que hubiera desaparecido. —Se le tensaron los músculos del cuello—. Sí, es una buena clienta. No visita mucho la librería, pero me hace muchos encargos online. Podría comprarlos directamente por Amazon o pedirlos a las páginas web de las editoriales, así se ahorraría los gastos de envío que tengo que cobrarle, pero es raro el mes que no me hace algún pedido.

—Por lo que dice, la conoce personalmente.

—Sí, la conozco desde que solo levantaba un palmo del suelo, desde que sus padres la traían para que comprara todos los libros que se le antojara. Y eran muchos. —La cara estaba un poco más pálida que cuando los había saludado unos minutos antes—. Laura, en vez de con un pan bajo el brazo debió de venir a este mundo con un libro.

—Y, últimamente... ¿venía mucho por aquí?

—No, no desde que murieron sus padres. Solo se pasa por la librería una vez o dos, si hay suerte, al año.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—A ver... en otoño. Ella suele venir en primavera y en otoño, más o menos.

—¿Está seguro?

Adoptó un aplomo excesivo, cierta suficiencia que se extendió desde la mirada intensa al menor de sus movimientos.

—Lleva meses sin venir, así que debió de ser por esas fechas.

Houda decidió ir al grano.

—¿Tiene idea de si la joven se sentía amenazada por alguien o si estaba pensando en dejarlo todo y desaparecer un tiempo?

—No, lo siento, yo no estoy dentro de su círculo personal —respondió rápidamente, con sentimiento—. Nuestra relación se limita, solo y exclusivamente, al ámbito literario. A veces nos hemos enviado correos algo extensos, pero en ellos solo comentábamos las impresiones que nos producían ciertas novedades; criticábamos o ensalzábamos autores y obras; rememorábamos a los clásicos para hacer analogías o comparaciones con algún libro actual...

«Lo de los correos que se enviaban... ¿cómo de importante es esa información?», se preguntó la inspectora.

El librero le pareció una persona sincera.

—¿Podría enviarme a mi correo electrónico los mensajes que la chica le envió... en el último año?

—Claro, sin problema, pero le anticipo que ahí no va a encontrar más que referencias a libros, libros y más libros.

Hubo algo en cómo puntualizó lo que dijo que Houda tomó nota mental de que ese leve cambio de tono podía ser importante.

—¿Si necesitaríamos consultarle algo sobre el material que nos va a enviar...?

—Ya saben dónde estoy —abarcó con los brazos la librería—, no duden en consultarme cualquier duda que tengan.

—¿Dónde puedo anotarle mi correo electrónico? —preguntó Houda.

El librero sacó de debajo del mostrador una agenda de piel marrón.

—Houda Falú, ¿verdad? —dijo abriendo la agenda por la letra efe—. Apúntemelo aquí, por favor.

Houda cogió la agenda y un bolígrafo que había encima del mostrador y lo hizo.

—No lo molestamos más. Pero si Laura Bayo se pone en contacto con usted, avísenos de inmediato —dijo Bilal.

El policía le tendió su tarjeta.

—Lo haré —les aseguró.

—Puede llamar a la hora que sea.

El librero metió la tarjeta en la agenda. Houda notó, por la luz que entraba a través del escaparate de la librería, que parecía cansado.

Los inspectores se subieron al coche para dirigirse a la comisaría. Con las manos en el volante, Bilal se giró hacia su compañera.

—¿Qué piensas?

Houda se abrochó el cinturón de seguridad. Luego dijo.

—No sé, tal vez sepa más de lo que aparenta.

—La primera impresión es la de un tipo honrado, de fiar, pero...

Giró la llave y puso el coche en marcha. Había tráfico en el centro a pesar de que todavía no era hora punta.

Houda estuvo a punto de contarle que había habido algo que le había llamado la atención durante la conversación con Alfonso Guirao. Algo que no le acababa de cuadrar. No dijo nada, porque esa sensación se había ocultado en algún rincón de su cerebro y no era capaz de verbalizarla.

De repente se dio cuenta de qué era lo que le había llamado la atención, el ligero cambio de tono del librero, como si se hubiera arrepentido de haber hablado de los correos intercambiados con Laura Bayo.

Cuando Houda y Bilal entraron en la sala de reuniones, el grupo ya estaba allí. Mateo Montes, el inspector jefe, encabezaba la mesa.

—Inspectora, ¿todavía sigue por aquí? ¿No debería estar disfrutando de sus vacaciones?

La agente entendió que eran preguntas retóricas, pronunciadas con cierta saña por llegar tarde a la reunión y por la antipatía que parecía que le inspiraba al Inspector Jefe últimamente. Se apoyó en el ángulo de la mesa de las impresoras adoptando una actitud atenta. Todas las sillas alrededor de la mesa estaban ocupadas, Bilal se había apresurado a sentarse en la única que quedaba libre mientras Houda seguía bajo el punto de mira de Mateo Montes.

Hubo un incómodo silencio. Algunos agentes miraron los papeles que tenían delante, otros se inspeccionaron las manos o echaron una furtiva ojeada al móvil. Mateo Montes retomó por dónde lo había dejado:

—De acuerdo, Martínez. Ya estamos cerca de detener a la banda que está robando impunemente a nuestros ancianos. Consiga todas las imágenes de videovigilancia que pueda. Usted y la agente Tenorio se encargarán de identificar a cualquier individuo sospechoso que vean merodeando por los alrededores de los lugares en los que tenemos constancia que ya han actuado. Quiero todos los datos posibles de dichos sujetos. Sabemos que han actuado solos y en parejas, pero no si llegaron en tren, en moto, en autobús, en coche...

—Sí, jefe —dijo el agente Martínez.

—¿Cómo van los interrogatorios a los vecinos de las víctimas? —preguntó Mateo Montes.

El agente Romero informó.

—Por ahora, nada relevante, nadie ha visto u oído nada. Además, tenemos vecinos de vacaciones o que todavía estaban en sus puestos de trabajo en el momento en el que se produjeron los asaltos a las casas de los ancianos.

—¿Me está diciendo que nadie vio nada? —preguntó el Inspector Jefe con impaciencia.

—Sí, señor.

—¡Pues estamos buenos!

Se levantó de la cabecera de la mesa y empezó a deambular de acá para allá frente a las pizarras.

—Bien, analicemos el resto de casos.

Los agentes siguieron exponiendo datos de diferentes investigaciones en curso durante una hora más. Entre ellos, el de una banda de promotores y distribuidores de pornografía infantil en páginas web y, en menor medida, de DVD por toda la provincia. A unos cuantos sujetos se les mantenía vigilados desde hacía un par de meses. Houda no veía el momento de salir de la sala de coordinación, la atmósfera le resultaba asfixiante a pesar del aire acondicionado. Fuera del edificio no mejoraba la situación, era hora punta y los coches pasaban lentamente por delante de la comisaría. El asfalto debía de estar empezando a calentarse. El sonido de los cláxones llegaba atenuado a través de las ventanas concienzudamente cerradas para que el aparato climatizador extrajera el calor del aire y enfriara la estancia.

A Houda le frustraba que no la hubieran dejado seguir con el caso de la desaparición de Laura Bayo, aunque fuera colaborando con la Guardia Civil. Habían frenado en seco su investigación, y la fe que sentía en su propia capacidad había sufrido un revés; por ello, había acudido a la convocatoria con escasa seguridad en sí misma y, por eso, se había aislado del momento reflexionando sobre si debía o no empezar a aprender estrategias para progresar en el cuerpo. No bastaba con ser buena policía, necesitaba un poco de sentido político, necesitaba empezar a conectar mejor con sus compañeros, con sus jefes. Debía ser más abierta, más cercana. Echó un vistazo alrededor. Todos los de la sala, exceptuando Bilal, le parecieron unos compañeros horribles. El peor, Mateo Montes. Sin embargo, todos, menos ella, parecían estar al límite, analizando pruebas y más pruebas, de casos y más casos. Eran buenos profesionales, aunque le costara reconocerlo. Cada agente explotaba al máximo sus aptitudes.

Entonces... el problema era ella.

Debía hacerse un favor a sí misma, de una vez por todas, y tratar de establecer puentes con sus compañeros. Sería la única manera de entrar en alguno de sus grupos de WhatsApp, que, aunque pareciera una chorrada, era la chorrada que marcaba la diferencia.

«¡No sé si voy a ser capaz!», dijo para sí, desanimada.

COBABAL: Hola, ¿qué tal todo?

CAMILO: Bien, ¿Dónde andabas? Llevas días sin aparecer por aquí. ¿Recopilando material por esas playas tan fantásticas que tenéis por Huelva?

COBABAL: ¡Más quisiera yo! No, he estado liado.

CAMILO: ¿Rollos en el trabajo?

COBABAL: No, un par de asuntos personales que me están jodiendo la vida.

CAMILO: Y, ¿ya lo tienes bajo control?

COBABAL: Ahí andamos...

CAMILO: Sea lo que sea... ¡ánimo!

COBABAL: Gracias, amigo.

CAMILO: Yo he hecho los deberes. ¡Tengo un material acojonante! Padres cariñosos.

COBABAL: ¡Mis favoritos! Mándamelo en cuanto puedas, necesito distraerme.

CAMILO: En cuanto hagas el ingreso al número de cuenta que tú ya sabes.

COBABAL: ¿La misma cantidad que otras veces?

CAMILO: Sí, hoy te lo dejo al mismo precio, pero la próxima vez quiero un veinticinco por ciento más.

COBABAL: ¿¡Un veinticinco por ciento más!? ¿Te has vuelto loco?

CAMILO: Mi material es de primera, lo sabes.

COBABAL: Aún así me parece demasiado.

CAMILO: Jajaja, ¿insinúas que es un “abuso”?

COBABAL: ¡Cuidado! Controla las palabras que utilizas.

CAMILO: Estamos encriptados. No hay problema.

COBABAL: Nunca se sabe...

CAMILO: No te me vuelvas un paranoico.

COBABAL: ¡Tengo mucho que perder!

CAMILO: No te jode... ¡igual que todos!

Hubo una pausa. Apareció una burbuja de texto que decía: «CAMILO está escribiendo...». Y desapareció.

COBABAL: En fin, veremos si el nuevo material vale lo que pides.

CAMILO: Vas a flipar.

COBABAL: ¿SÍ?

CAMILO: En colores.

COBABAL: Bien. Ansioso por las buenas noticias.

—¿Hola? —dijo Houda con cautela para no asustar a nadie—. Ya estoy aquí.

Llegó más tarde de lo acordado con Aaminah. Al salir del trabajo había pasado por su piso para darse una ducha y cambiarse de ropa antes de dirigirse a casa de sus padres.

Vio los zapatos de su madre en la entrada, pero no los de su padre.

«Algún cliente de última hora», pensó.

Miró el reloj, ya debería haber llegado. Hassan no se retrasaba en cerrar la tienda y en volver a casa si no era estrictamente necesario. No, desde que sus tres hijas se habían independizado. Se preocupaba por Aaminah, no quería que esta se inquietara ni que estuviera sola a esas horas.

Dentro del piso no se oía nada. Sobre la cómoda del pasillo, en una pequeña bandeja de plata, estaba el llavero dorado personalizado con el nombre de Aaminah en árabe que Houda le había regalado a su madre hacía un par de años.

—¿Hola? —repitió un poco más alto a la vez que se descalzaba.

—Estoy aquí —respondió al fin Aaminah con voz débil.

Houda dejó su chaqueta negra de cuero en el perchero de detrás de la puerta y se dirigió hacia el dormitorio que un día compartió con su hermana mayor, Houriya, pues creyó que de allí había salido la voz de la madre.

Estaba sentada en el suelo, apoyando la espalda en la mesita de noche que había entre las dos camas. Tenía los ojos hinchados, se veía que había llorado. Houda se percató de que cada día que pasaba el hermoso cabello negro de su madre se iba encaneciendo. Las lágrimas le habían humedecido las pestañas. Se había desabrochado un par de botones del vestido y se le veía el cuello y la piel de la clavícula más pálida de lo normal.

—Mamá, ¿qué pasa? —preguntó anticipando alguna desgracia.

Houda se sentó delante de ella, le cogió las manos y se las llevó a los labios. Aaminah olía a cítricos y a especias.

Permanecieron así un rato hasta que pudieron sostenerse la mirada. Aaminah intentó sonreír, pero sus labios temblaron. A Houda le recorrió un escalofrío por la espalda al darse cuenta de que los ojos de su madre expresaban dolor, pena y fatalismo, y que dudaba si contarle o no lo que tenía en la cabeza.

Aaminah rompió aquella situación tan angustiada acariciándole la mejilla a su hija con el dedo índice, notó su piel suave y caliente. Aquel gesto le dio fuerzas para empezar a hablar. Se lo contó todo. Las palabras empezaron y siguieron durante minutos eternos. La hija la escuchó en silencio, conmovida, golpeada una y otra vez por revelaciones a las que no supo si dar crédito por no estar preparada para recibirlas. Aaminah repitió varias veces algunos detalles para que la joven entendiera la gravedad de los hechos.

A Houda la ira le nació en forma de calor a la altura de los pies, se le fue expandiendo por todo el cuerpo hasta que le estalló en la cabeza. Cuando Aaminah terminó de hablar se secó las lágrimas con gesto derrotado.

Houda respiró hondo antes de abrazar y empezar a consolar a su madre.

Volver a hablar con Alfonso Guirao se había convertido en prioritario, la mejor manera de alejarse de la crisis familiar de los Falú, quería que le explicara por qué Laura Bayo y él discutieron por un escritor onubense, que firmaba sus obras con seudónimo, en varios de los correos que se intercambiaron. El librero se posicionaba a favor de Camilo Nava, mientras que la joven vapuleaba con todo tipo de argumentos denigrantes la primera novela policiaca del autor. Según Laura: «Con intentar leer la primera novela he tenido suficiente. No pude pasar de la página veinte, pues ese es mi número. A todos los libros les doy una oportunidad hasta esa página. Son muy pocos los que he tenido que dejar por imposibles. Este es uno de ellos. Mientras lo leía, no sabía si reír o llorar por lo infumable, por lo mal escrito, por lo inverosímil de la trama y por los topicazos con los que nos deleita el autor. Cabos y más cabos sueltos... No recuerdo ningún libro que me haya decepcionado tanto, me hizo sentir que me habíais estafado. Él, por no morir de vergüenza al publicar algo así y, tú, por recomendármelo con tanto ahínco. No me entra en la cabeza que lo defiendas tanto. Alfonso, siempre he tenido un alto concepto de tu criterio, así que no entiendo esta obcecación tuya con Camilo Nava. Primero, me enviaste el libro; más tarde, me recriminaste la crítica que le hice en mi canal; y, ahora, me vuelves a pedir que le dé una segunda oportunidad leyendo *Espigas que se lleva el viento*, su segunda novela. Juras y perjuras que ha mejorado y que esta novela me va a gustar. Lo siento, pero no. Yo también juré en su momento que no lo volvería a leer y me mantengo en mis trece». Después, la joven pasaba a otros temas relacionados con otros libros.

Alfonso Guirao había respondido sobre Camilo Nava: «Los capítulos tan cortos ha enganchado a muchas personas a la lectura, y eso es lo importante. Es un escritor novel, reconozco que el libro tiene muchos fallos: que el final no es muy acertado, que los personajes no están bien desarrollados, que su estilo es algo pobre, que algunas situaciones están algo forzadas, que los diálogos, a veces, son absurdos... Pero el escritor es muy buena persona, es de la provincia y tu crítica le ha afectado mucho. Si pudieras retirar el video de tu canal, te lo agradeceríamos. Tengo simpatía por él y me duele verlo sufrir. Es cierto que está vendiendo miles de libros, que la crítica, en general, está siendo benevolente, pero a él le ha dejado hecho polvo tu opinión. ¿Por qué? Pues porque eres la booktuber más influyente del país, puede que, del mundo, y te admira y te respeta muchísimo. Lo veo tan mal, que creo que puede estar pensando en hacer una tontería».

La booktuber le contesta con un escueto: «Es una persona adulta, ¿no? Como tal es libre de tomar las decisiones que crea oportunas. Tus palabras no me van a hacer sentir culpable y, no, no voy a retirar el video de YouTube. Te repito que su cháchara de andar por casa y su afán al catalogar vulgaridades, entre otras cosas, hace que su narrativa sea infumable. Para mí el arte solo brota cuando hay contención a la hora de escribir y ese no es su fuerte que digamos».

El librero insiste: «De acuerdo, no hablemos más de *Espigas que crecen en libertad*, pero consideraría un favor especial que leyeras *Espigas que se lleva el viento*. ¿Habría alguna posibilidad de que consideraras hacerlo? Te vuelvo a asegurar que el escritor ha aprendido de sus errores y ha mejorado muchísimo. No te voy a decir que es un «novelón», pero sí que notarás la diferencia».

Varias semanas después, Laura, al final del correo en el que hace un pedido de libros a Alfonso Guirao, claudica y escribe que le mande la novela, pero con una condición: «Si voy a leerla, haré

la crítica que estime oportuna, sin tener en cuenta tu amistad con el escritor ni la relación entre nosotros».

No vuelve a haber ninguna referencia más sobre Camilo Nava y sus novelas hasta cinco días antes de que se produjera la desaparición de Laura.

«... se queda en la superficie de la trama; no profundiza en los personajes; sigue utilizando decenas de tópicos; el argumento, en dos espacios temporales, no es creíble; el final no hay quien lo entienda, pero entra dentro de lo previsible porque durante el relato no hace más que crear situaciones irracionales, absurdas. Lo único que ha mejorado es la corrección ortotipográfica, que está más cuidada. Quiero que conste, que esta vez he pasado de la página veinte, aunque me he saltado diálogos y fragmentos. La crítica a *Espigas que se lleva el viento* irá por esos derroteros. Es deprimente que casi toda la obra sea un cúmulo de despropósitos, de simbolismo mal perfilado y sin reflexión alguna. Brilla por su ausencia el más mínimo estilo literario. Por favor, no me agobies con que no la haga. La condición que puse para volver a leer a Camilo Nava fue esa. Puedo entender que haya muchos lectores que lo lean, por todos los seguidores que tiene en sus redes sociales, pero yo también me debo a los míos. No les he mentado hasta ahora, ni lo haré nunca».

A partir de ahí, los mensajes del librero son algo fríos, mientras que los de la booktuber parecen seguir con el tono acostumbrado.

Houda buscó en google el número telefónico de la librería El Lobo Encantador.

—Dígame —contestó una mujer pasados unos segundos.

Houda se presentó y pidió hablar con Alfonso Guirao

—Mi tío ha muerto.

La inspectora notó cómo le subía la adrenalina.

—¿Que ha muerto? ¿Me puede contar qué le ha ocurrido?

—Todo apunta a que estaba colocando libros en las estanterías superiores y debió darle un mareo.

Al caer se golpeó la cabeza con el filo de una de las mesas expositoras.

—¿Cuándo ocurrió?

De pronto pareció como si hubiera colgado el teléfono.

—Antes de ayer, por la tarde.

El mismo día en el que Bilal y ella fueron a la librería.

—¿Sabe a qué hora ocurrió?

—Abría a las cuatro de la tarde, le gustaba tomar café aquí. —Sintió la necesidad de dar algunos datos—: Siempre ha tenido una cafetera en la trastienda, antes de las tradicionales de acero inoxidable junto con un hornillo para hacer el café, pero hace unos años le regalamos una Nespresso. —Se le quebró la voz—. Así que, debió ser más o menos a esa hora. Algunos clientes conocían la costumbre de mi tío y se autoinvitaban de vez en cuando. A él le gustaba que lo hicieran, sabía apreciar esas charlas de sobremesa. Eso contestaba cuando le preguntaba por qué no se quedaba a descansar un poco en casa después de comer, cuando le pedía que no corriera tanto para ir a abrir su negocio. Total, para cuatro gatos que atendía a lo largo de la tarde.

—¿Había alguien con él en la librería cuándo ocurrió el... accidente? —Houda se resistió a llamarlo «accidente».

—No, estaba solo. Lo encontraron unos clientes, pasadas las cinco de la tarde. Llamaron a una ambulancia, pero fue demasiado tarde, ya estaba muerto.

«Tengo que comprobar a qué hora me envió el correo», pensó Houda.

—Perdone, pero tengo que preguntárselo, ¿han enterrado a su tío?

—Sí, acabamos de llegar del cementerio. Estamos limpiando y poniendo un poco de orden en la librería —se le volvió a quebrar la voz—. Por ahora va a permanecer cerrada hasta que mis tíos y mis padres decidan que hacer con ella. Mi tío no llegó a casarse ni a tener hijos.

—¿Se le ha practicado la autopsia?

—Sí, claro, es lo normal cuando alguien muere solo en su casa o, como mi tío, en su local, ¿no?

—Perdone, hace un momento me dijo que estaban limpiando y ordenando la librería, ¿podría decirme cómo la han encontrado?

—Lo peor ha sido quitar la sangre, no ha salido del todo, tendré que volver a limpiarla con un producto más eficaz. Por lo demás, un par de libros en el suelo. Debieron ser los que estaba colocando en la estantería cuando sufrió el accidente.

En ese momento, el cerebro adiestrado de la inspectora emitió un timbrado de alarma. Un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo antes de concentrarse en unas insistentes palpitaciones en las sienes.

«Todo se está complicando mucho», pensó.

—Una última pregunta, está siendo muy amable y no la quiero molestar más, ¿podría decirme los títulos de los libros tirados en el suelo?

—A ver... —dijo la mujer. Tardó un poco en responder—. *Espigas que crecen en libertad y Espigas que se lleva el viento*.

Houda colgó después de darle las gracias por su ayuda. Acto seguido, abrió la aplicación de Gmail para comprobar el momento exacto en el que recibió el correo con los e-mails que se enviaron Alfonso Guirao y Laura Bayo. A última hora de la mañana, antes de cerrar la librería para irse a su casa a comer, a las trece horas y cincuenta y un minuto.

«¿Accidente u homicidio?», se preguntó.

Sabía que no debía tomar ninguna decisión precipitada, que era mejor detenerse a valorar la situación.

El vínculo entre la desaparecida y el librero era innegable. ¿Ese vínculo podría llevarle hasta la joven? Si había alguien detrás de ambos sucesos, fuera quien fuese, había escogido a aquellas dos personas por algún motivo, pero ¿cuál? Con toda probabilidad era un conocido de ambos, se movía cerca de ellos. En cuanto a *Espigas que crecen en libertad* y *Espigas que se lleva el viento*... ¿Tenían alguna relación con la «desaparición» de la booktuber y el «accidente» de Alfonso Guirao? Un nombre se abrió paso entre las palpitaciones de su cabeza: Camilo Nava.

Después del caso del «Degollado del Holea», Houda realizó un nuevo curso avanzado en perfeccionamiento de perfiles criminales. Su currículo formativo tenía ya en su haber dos de estos cursos. Se había sentido muy frustrada al no poder resolver aquel antiguo caso. Durante meses estuvieron estancados, sin nada nuevo que los llevara hacia el paradero del poderoso empresario y del ermitaño Ángel Vargas. Fue inevitable archivar aquel caso. La frustración la había motivado para el estudio de perfiles criminales. El comunicante era un psicólogo criminalista muy competente que sabía de lo que hablaba, así que el tiempo que la inspectora dedicó a su formación no fueron horas desperdiciadas.

En aquel momento estaba revisando los apuntes del curso, buscaba algo que la ayudara con el caso de la desaparición de Laura Bayo. Le interesaba comprender los pensamientos de un escritor inseguro, muy enfadado con las críticas de una joven booktuber famosa. ¿Podría ser el responsable de la extraña desaparición de la joven? La nueva hipótesis era lo único que tenía, por ahora. La investigación rutinaria sobre la ínfima y lejana familia de la joven, vecinos, conocidos y seguidores de su canal de YouTube, no había llevado a ninguna parte. Había descartado a casi todos ellos como posibles secuestradores o asesinos, por tener coartada o por otras pesquisas. La investigación seguía estancada. Por eso Houda se aferraba a la teoría del «escritor desequilibrado y despechado». Trataba de entenderlo, de comprender su modo de acción, y así poder encontrar a Laura. Lo último que quería pensar era que todo su esfuerzo fuera en vano porque la booktuber estuviera muerta, porque la chica se hubiera cruzado en el camino de un psicópata.

Empezó a trazar el retrato de un hombre irritable, con cambios de humor frecuentes, sobre todo cuando se criticaban sus novelas. Debía dedicarles mucho tiempo, así que las consideraría «sus criaturas, sus hijos». Problemas no resueltos de inadaptación y misoginia. Anárquico en su modus operandi, por el desorden que había dejado en el lugar del secuestro, en el salón de Laura. Un peculiar amor por los libros ajenos, al haberlos arrojado de cualquier manera al suelo. De edad indeterminada, entre veinticinco y sesenta y cinco años.

Houda era la única inspectora que seguía trabajando, extraoficialmente, en el caso de la booktuber Laura Bayo. En principio fueron cuatro policías los movilizados para tal fin, pero al transferir el caso a la Guardia Civil, se había dado por finiquitado el asunto. Y, oficialmente, Houda comenzaba las vacaciones.

Sonó el tono de llamada del móvil, Gabina Garbalo.

—Hola, soy Gabina Garbalo —de identificó la mujer.

—Buenas tardes, Gabina.

—No quería molestar, pero... he llamado a la comisaría y he preguntado por usted. Me han dicho que estaba de vacaciones. —Se le notaba la respiración entrecortada.

—Sí, hoy es mi primer día.

—También me han dicho que la policía ha traspasado el caso de la desaparición de la pequeña Laura a la Guardia Civil.

—Sí, es cierto —corroboró Houda.

—Y, ¿a nadie se le ha ocurrido informarme de todas estas novedades?

—Gabina, no es familiar directo...

—¡Soy la persona más cercana a la joven! ¡La única a la que le importa Laura! Desde que se la

llevaron me hierve la sangre. Tendrían que haberme llamado. ¡Usted tendría que haberme comunicado que abandonaba el caso! —Houda escuchó una honda inspiración. Gabina intentando dominarse. —También me he puesto en contacto con la guardia civil y, ¿sabe qué? Nada, no están haciendo nada. Siguen vuestros mismos pasos, los de no hacer nada y esperar a que mi niña aparezca de un día para otro, como si tal cosa —Houda se mantenía en silencio escuchando cómo se acaloraba la mujer a medida que iba hablando—. Pero eso no va a ocurrir, a Laura se la han llevado. ¿Me oye, inspectora Falú? ¡Se la han llevado!

—Lo siento, señora Garballo, pero no pude hacer nada más.

—Podría haberme llamado.

La acusación quedó flotando un momento en el aire.

—En fin, gracias por nada —dijo Gabina. Colgó.

Houda se mordió el labio inferior, le temblaba la mano que sujetaba el móvil, lo arrojó a la otra parte del sofá en el que estaba sentada.

Necesitaba urgentemente algún avance en la investigación, no quería que su cerebro completara los vacíos con teorías absurdas.

Después del encontronazo con el inspector jefe Mateo Montes, Houda no tuvo más remedio que tomarse las vacaciones. Lo primero que hizo fue llamar a Raúl Damacio para concertar un encuentro con su ex-compañero. Tenía una necesidad imperiosa de verlo, de confiarse a él. Raúl había vendido el piso familiar que heredó de sus padres y, con ese dinero y parte de los ahorros que había acumulado en sus más de treinta años de servicio, se había comprado un apartamento en primera línea de playa en Islantilla, municipio ubicado en la costa occidental onubense y a veinte kilómetros de Portugal. Su pequeño oasis disponía de una terraza y un solárium con vistas al mar; dos dormitorios, dos baños, un salón amplio y una cocina americana; también estaba cerca de un centro comercial, por lo que disponía de todo tipo de servicios y lugares de ocio donde entretenerse. La inspectora había estado allí una decena de veces, siempre era bienvenida en el refugio de su viejo amigo. En algunas de sus visitas se le había hecho tarde y se había quedado a dormir. Por la mañana, se levantaba temprano para poder acompañar a Raúl en sus caminatas matutinas. Andaban durante una hora por la playa y se bañaban en las frías aguas del atlántico si la época acompañaba. Para el inspector jubilado aquella actividad se había convertido en un ritual diario.

Llevaba unos días intranquila, desquiciada, por la desidia con la que se había llevado el caso de Laura y por el conflicto entre Aaminah y Houriya. Las revelaciones de su madre la habían trastornado, deprimido. Ahora entendía mejor a su madre y a su hermana, pero ese conocimiento dolía.

Houda estaba sentada casi oscuras, las tupidas cortinas de su pequeño salón estaban echadas. No tenía ganas de levantarse y descorrerlas. Se hundió en los cojines del sofá. No había comido nada desde el desayuno, que fue más frugal que de costumbre. Además, hacía varios días que no encontraba tiempo para ir al supermercado, así que el frigorífico no debía estar en su mejor momento. Haría tiempo hasta su cita con Raúl, si llegaba un poco antes podía sentarse en algún local del centro comercial y tomar un almuerzo-merienda.

De pronto echó mucho de menos al viejo policía y la tranquilidad que le inspiraba. Quizá saliera antes de lo estimado para no ir con prisas. No deseaba quedarse a solas con sus pensamientos más tiempo del necesario.

Empezaron hablando, tras el saludo inicial, sobre la salud. Raúl le contó que apenas tenía secuelas visibles del ictus sufrido meses atrás. Ella, tumbada en el sofá de mimbre de la terraza y, él, sentado en una silla playera de rayas blancas y azules. A continuación, tocaron los temas más recurrentes: el tiempo y los turistas. A Raúl le gustaba maldecir a los que invadían Islantilla los fines de semana y los periodos festivos. La conversación con Raúl siempre fluía sin problemas. Houda disfrutó durante un rato de las historias que él le contó sobre su día a día de jubilado: sobre la gente que estaba conociendo en aquel lugar y sobre sus rutinarias aventuras cotidianas. Era un narrador nato, aunque él creyera lo contrario. El sol lucía y Houda, sin pretenderlo, acabó por adormilarse. Se despertó, confusa y con una manta ligera por encima, al escuchar el ruido que

hacía Raúl al sacar de los armarios de cocina las sartenes y ollas que iba a utilizar para la cena. Mientras Raúl se movía, como pez en el agua, por la pequeña pero acogedora cocina de su apartamento, Houda lo observaba. Era fácil sentirse a gusto en su compañía. Pese a la edad y al ictus sufrido seguía estando en buena forma.

«Sabe cuidarse», pensó Houda deleitándose con los aromas que empezaban a envolverlos.

—¿No tienes hambre? —preguntó Raúl, al percatarse de que Houda se había despertado y lo observaba en silencio desde la terraza —¿Quieres comer en la terraza o en el comedor?

—Lo que tú prefieras.

—Pues entonces, en la terraza. Tenemos buena temperatura, podremos disfrutar mejor de las vistas. Te toca poner la mesa.

Houda se levantó sonriendo. La mesa de comedor estaba solo a dos metros de la terraza, las vistas eran prácticamente las mismas.

Mientras se encargaba de su cometido, no dejaba de pensar en que aquel era el momento idóneo para abordar el par de temas que la habían traído, egoístamente, hasta allí.

Nerviosa, se recogió la media melena en una coleta alta.

—Venga, desembucha—dijo Raúl, interrumpiendo sus pensamientos, mientras preparaba unas gambas para hacerlas a la plancha.

Debido a la orientación este-oeste de Islantilla el sol se escondía en el mar dejando un espectáculo cromático impresionante. La energía que irradiaba aquel atardecer de tonalidades doradas, rojizas y moradas le dio a Houda la fuerza necesaria para empezar a hablar.

Primero, soltó el lastre que más le pesaba en aquel momento, el del terrible secreto familiar que Aminah le había contado cuando la encontró llorosa en su antigua habitación familiar. El secreto de Houriya.

La familia Falú hacía todos los años un viaje a Marruecos para ver a sus parientes. Justo el primer año que Houda no pudo ir, porque unos meses antes había ingresado en la Academia de Ávila, ocurrió el incidente que Houriya y sus padres juraron mantener oculto para el resto de la familia. Aminah había roto el juramento al contárselo a Houda, desbordada por la preocupación que sentía por su hija mayor. La mujer llevaba un tiempo notando a Houriya recluida, distante, irritable, pero la gota que colmó el vaso fue descubrir que se estaba infligiendo heridas superficiales, como una manifestación secreta y compulsiva del tormento interno que sufría.

Se hizo el silencio mientras Houda acumulaba fuerzas para continuar con el relato.

—En aquel viaje a Marruecos, tres hombres violaron a mi hermana —Las palabras salieron de su boca sin poder impedirlo.

Raúl acusó aquella confidencia, apagó la placa de la cocina, dejó la cuchara de madera con la que removía un salteado de espárragos verdes con champiñones y abrazó a Houda.

—Si necesitas salir a la terraza a tomar un poco de aire... —la voz de Raúl sonó distinta, como si se hubiera atragantado con un trozo de pan.

Houda negó con la cabeza y deshizo el abrazo. Necesitaba continuar.

—Fue asaltada en el barrio donde vivían mis abuelos y donde todavía viven algunos de mis tíos, un barrio popular de Tánger. Mi hermana iba vestida a la occidental, con vaqueros y camisa, pero llevaba el *hiyad* puesto. En la adolescencia empezó a usarlo, fue su manera de reivindicarse como mujer musulmana. —Houda sonó cansada como si se diera cuenta de las implicaciones que conllevaba lo que acababa de decir—. Hanae y yo ni siquiera llegamos a planteárnoslo. —Se esforzó por continuar—. Según les contó Houriya a mis padres, todo fue muy rápido, tres jóvenes la amenazaron con un cuchillo, la subieron por la fuerza a un coche y la llevaron a un edificio abandonado donde consumaron la violación en grupo.

—Pobre niña. —Una sensación de calor inundó su pecho.

—Mi hermana quiso ocultar el suceso. Aaminah me contó que Houriya se volvía loca solo de pensar que alguien pudiera enterarse de «su vergüenza, su deshonor». Chillaba hasta la extenuación y se arrancaba mechones de pelo. Aun así, mi madre intentó convencerla hasta el último momento de que denunciara la violación, pero Houriya amenazó con suicidarse si la obligaban a ir a la policía. Solo consintió en que la ayudara un profesional, un psicólogo. —Notaba como si algo la taladrara por dentro con cada palabra que pronunciaba—. Al mes y medio de no venirle la regla se temieron lo peor, la llevaron a una ginecóloga y esta corroboró lo que ya tenían. Houriya es muy guapa, cada vez que visitábamos Marruecos, desde que cumplió catorce años, le salían pretendientes por todos lados. Hamza, su marido, fue uno de ellos, el más insistente. Mi hermana no quiso abortar, ni mis padres se lo propusieron por sus creencias religiosas. Todo esto lo sé desde hace unos días, pero ahora me cuadra las prisas que le entró a mi familia por casar a Houriya. Desconozco si alguien llegó a contarle a Hamza la situación en la que se encontraba mi hermana cuando se desposó con ella o si fue a la ceremonia engañado. Fuera como fuese, la boda se preparó en un mes y mi primer sobrino fue sietemesino. —Le costaba seguir hablando. Empezó a sentir la cabeza pesada y como una presión alrededor de las sienes—. El día del enlace pensé que mi orgullosa y empecinada hermana no parecía muy feliz por casarse con Hamza, lo achaqué a los nervios del evento, quién me iba a decir a mí...

—¿Estás bien?

—Sí, no lo sé. —Se apoyó en la barra americana de la cocina y cerró unos segundos los ojos.

Raúl cogió un par de vasos y los llenó de agua con hielo en el dispensador de la puerta de su enorme frigorífico de acero inoxidable. Le ofreció un vaso a la joven. Houda dio un trago largo.

—¿Houriya llegó a contárselo a alguien, aparte de a tus padres?

Houda meneó la cabeza.

—No.

—y, ¿crees que Hamza...? —Raúl dejó en el aire el interrogante.

—No lo sé, mi madre se sinceró hasta donde quiso. —Se humedeció los labios con la lengua—. No quise presionarla, estaba hecha polvo. No hemos vuelto a hablar del tema.

—Y, ¿dices que Houriya esta rara últimamente?

—Sí, mi madre me lo ha contado todo porque cree que Houriya está sufriendo alguna depresión. Dice que no tiene motivos para estar tan irascible, que los niños, ella y Hamza están bien y que lo único que le puede provocar esos cambios de humor tan impresionantes es algo relacionado con aquel suceso del pasado. Tiene miedo de que el recuerdo de la agresión que sufrió, por alguna razón que no logra entender, haya vuelto para atormentarla.

—¿Por qué ahora, después de tantos años?

Houda se dio cuenta de que la conversación se estaba convirtiendo en un interrogatorio.

—Eso mismo me pregunto yo.

—¿Houriya y tú os lleváis bien, tenéis buena relación?

Houda tardó en contestar. Eran muy diferentes, demasiadas veces habían acabado discutiendo por tonterías. Solían pensar de manera distinta sobre la mayoría de los temas que sacaban a colación. Volvió el sentimiento de culpa por no dedicarles más tiempo a su familia. Tuvo que tragar saliva antes de responder.

—Sí, sí la tenemos, ¿por qué lo preguntas?

—Porque si vuestra relación es buena, estás en tu derecho de ponerte delante de sus narices y preguntarle qué es lo que le ocurre, de insistir hasta la saciedad, hasta que se derrumbe y te lo cuente todo.

Raúl se imaginó a la hermana de Houda como una mujer que había intentado durante mucho tiempo cerrar la puerta a sus recuerdos, pero estos debían de haber vuelto por algún motivo concreto. Ese motivo era el que Houda debía encontrar para poder ayudar a su hermana.

—¿Te crees que antes de venir aquí no lo he intentado? —Hizo un gesto de cansancio.

—¿Qué pasó?

Houda miró a un lado. Tuvo que tragar saliva antes de responder.

—Ignoró mi preocupación. Se defendió, acusándome de cosas terribles.

—¿Como cuáles?

—Nada, todo chantajes emocionales: «Eres egoísta. Solo piensas en ti. Tu familia te importa una mierda. Prefieres dedicar tu tiempo a asesinos y a tipos miserables antes que a tus allegados...».

—No debes sentirte culpable de nada. Lo único que has hecho es organizar una vida con la que te sientes a gusto, eso no es malo. Tu hermana te dijo todas esas cosas porque estaba a la defensiva.

—Hizo una pausa—. Tendrás que seguir insistiendo y hacerte con un paraguas imaginario en el que resbalen todas las tonterías con las que contraataque Houriya. Verás que al final terminará confiando en ti y te contará lo que le pasa. Todo el mundo necesitamos que se nos escuche, lo que pasa es que somos tan orgullosos, o tan estúpidos, que no queremos mostrar nuestras debilidades ni a las personas que más se preocupan por nosotros, que más nos aman. Se arreglará todo. Créeme.

Raúl le sonrió como para darle ánimos, Houda se relajó.

—Compañera, creo que te vendrá bien comer algo.

La mujer asintió no muy convencida, dudaba que pudiera tragar más de dos bocados.

Raúl volvió a encender la placa de la cocina y a recalentar el salteado de espárragos con champiñones.

La oscuridad reinaba fuera, pero en el horizonte se veía la luz de la luna reflejada en el Atlántico. Houda cogió su móvil y miró la hora, las dos de la madrugada. Se preguntó cómo era posible que el tiempo hubiera pasado tan deprisa. Había cenado mucho más de lo previsto en un principio. ¡Estaba todo tan rico!

No habían parado de hablar hasta hacía apenas unos minutos, ya fuera sobre la familia de la inspectora, sobre la desaparición de Laura Bayo, o sobre los últimos casos en los que se trabajaba en la comisaría. Raúl había sido muy generoso escuchándola y aportando consuelo y reflexiones a todo lo que ella le contaba.

Se estaban tomando una infusión de tila alpina, sentados el uno al lado del otro, y compartían una manta por encima de las piernas en el sofá de mimbre de la terraza. Raúl la había endulzado con un par de cucharadas de azúcar moreno, pero Houda la prefirió sola.

—Raúl, sé que lo que te voy a pedir es... —No pudo terminar la frase, arrugó la frente como si intentara retener un pensamiento y bajó la cabeza. Se sintió culpable de ir a la casa de su amigo para complicarle la vida. Se merecía que lo dejaran en paz después de tantos años de servicio.

El ex-policía le dedicó una sonrisa llena de picardía.

—Me estaba preguntando cuándo me lo pedirías. Estoy a tu entera disposición, Islantilla es el mejor lugar para jubilarse, pero no te voy a mentir... cuesta cortar radicalmente con nuestra profesión. A veces, tanto relax empalaga. Necesito un poco de diversión, así que, sí, voy a echarte un cable en lo que me pidas.

—Como te he dicho antes, aunque oficialmente estoy de vacaciones, voy a seguir investigando la desaparición de Laura por mi cuenta. Se lo prometí a la única persona que parece interesarse por ella, su vecina Gabina. Puede que se haya marchado de su casa por voluntad propia o, lo que mi intuición me dicta, que es víctima de un depredador que la ha elegido por su vulnerabilidad, porque cree que nadie la echará en falta, si exceptuamos a sus seguidores internautas, por su falta de arraigo, por su auto impuesta exclusión social. Pero, por otro lado, también tengo que ocuparme de mi familia, tengo que acercarme a Houriya y descubrir que le está ocurriendo.

—Me parece muy bien. Después de lo que me has contado, yo tampoco pienso que esa joven sea la típica chica que se fuga de casa, no es la típica adolescente repelente que está todo el día de trifulca con los padres, así que, no tiene ningún sentido que haya dejado todo para ir... ¿adónde? Por un lado, vive como le da la gana, sin tener que rendir cuentas a nadie y, por otro lado, hay que tener en cuenta sus «rarezas».

—No, no entra dentro del tipo de chicas que se fugan, se escapan o desaparecen sin más, esas jóvenes tienen otro perfil.

—Si quieres, puedo infiltrarme en la urbanización, como un jubilado cualquiera interesado en buscar una casa para alquilar o comprar por aquellos lares y, de paso, cotilleo y echo una ojeada a todos esos personajes de los que me has hablado.

—Tu experiencia me vendría muy bien, de verdad. Sabemos, por experiencia, que el raptor puede ser cualquiera. Un ciudadano ejemplar, oculto bajo una personalidad anodina, que se convierte en un monstruo cuando tiene a su presa aislada, a su merced —dudó si continuar hablando, pero lo hizo cambiando de tema—. Cuando me dijiste que lo dejabas, me pillaste por sorpresa, me costó aceptar que te acogieras a la jubilación anticipada.

—No fue una decisión de esas que se toman de un día para otro, el ictus...

—Sí, claro. Pero tu ausencia se ha notado.

—¡Bah! ¡Nadie es imprescindible! Aparte de ti, porque eres una sentimental, no creo que nadie más me eche de menos. ¡Ya se habrán olvidado hasta de que existo!

—No digas eso, te nombran muchas veces. Eres un referente para muchos policías.

Raúl ignoró los halagos.

—Has salido ganando, ese tal...

—Bilal, mi nuevo compañero se llama Bilal.

—Da igual cómo se llame, dices que es un buen tipo y que te respeta, ¿no?

—Sí, pero...

—Déjate de peros y de hostias, hay que ser receptivo a los cambios, a largo plazo suelen ser para bien. Volviendo al asunto que nos ocupa, ¿cuándo empezamos a trabajar?

—Aunque me encanta hacerte compañía, mañana, después de desayunar, volveré a Huelva para echarle un ojo a mi familia.

—Me parece bien. Por mi parte, mañana voy a merendar a El Rompido. Ya veré, si antes o después, hago la ronda por la urbanización de la youtuber.

—Booktuber, no youtuber. La palabra que define lo que hace esa chica es booktuber.

—Youtuber, booktuber... en el fondo todo eso es lo mismo, «modernuras» de hoy en día. ¡Venga, a la cama, que mañana nos espera trabajo y tenemos que afrontarlo lo más descansados posible!

Se levantó, con esfuerzo y melancólica pereza, recogió la bandeja con las tazas vacías y se dirigió a la cocina para meterlas en el lavavajillas. Houda le siguió, dio las buenas noches y se encaminó a la habitación de invitados. Raúl debió de imitarla pocos minutos después, ya que antes de quedarse dormida escuchó sus ronquidos.

Podría haber sido una mañana cualquiera, pero era la última. Houriya dejó a los niños en la puerta del colegio, como lo venía haciendo de lunes a viernes todas las semanas de todos los años escolares de sus hijos. Pero aquel día decidió no ir directamente a su casa para preparar el desayuno y tomárselo tranquilamente en la cocina. Decidió romper su rutina diaria. El sol brillaba y calentaba ya a esas horas del día. El termostato del coche indicaba dieciocho grados. Aparcó en el paseo marítimo de Huelva. No pretendía disfrutar de la brisa del mar y de las maravillosas vistas. Su cara vestía una mueca fantasmal y lloraba desconsolada, Una suave brisa le revolvió el pelo. Se había quitado el *hiyab* antes de salir de la furgoneta.

«Tienes que morir, tienes que morir, tienes que morir...», se repetía.

Lo odiaba tanto como se odiaba a si misma. Odiaba al padre de la criatura. Él le había arrebatado todo. La había aplastado tanto que ya no podía andar erguida.

«Pobre hijo mío. No tienes culpa de nada, solo eres un alma pura que se está formando en mi interior, pero tienes que morir, tienes que morir...»

Intentó pronunciar las palabras en voz alta, pero se le bloquearon en la garganta. Tal vez si las hubiera podido escuchar, se habría dado cuenta de lo absurdo de su letanía.

El sabor del miedo inundó su boca. Era un sabor desconocido, metálico. Notaba el paladar seco, sin saliva. Intentó mojarse los labios, pero no pasó nada cuando los lamió. Veía algo borroso; se frotó los ojos. ¡Llevaba tantas noches sin dormir bien! No solía dar vueltas en la cama. Se quedaba quieta toda la noche, sin cambiar de postura. Veía pasar las interminables horas en el reloj digital, varada en la penumbra, mientras sus pensamientos daban vueltas y vueltas sin control. Pero ella no se movía, no quería que Hamza se despertara por su culpa. Las noches eran terribles, pero su día a día no era mejor, se le hacía insoportable la sensación de cansancio y entumecimiento perenne. Había aprendido a funcionar como una ama de casa normal, pero por dentro se estaba pudriendo. El dolor de cabeza se había convertido en un amigo pesado e inoportuno. La acompañaba las veinticuatro horas del día, habitaba en las aguas turbias de su interior, en las putrefactas aguas en las que guardaba sus secretos.

—Perdonadme —susurró a los fantasmas que la acompañaban y que le susurraban palabras que solo ella podía entender—. No me queda un gramo de aliento que ofrecer.

Subió el pequeño montículo que separaba el paseo marítimo de la escollera y el agua. Sin aminorar el paso saltó hacia adelante, estirando los brazos como si pretendiera abrazar lo antes posible lo que su locura le conminaba a hacer. En sus ojos se había instalado esa mirada perdida de los que ansían el más allá.

Cuando Houda se despertó eran más de las once de la mañana. Hundió la cabeza en la almohada y permaneció un rato más en la cama, no recordaba cuándo había sido la última vez que había dormido tanto y tan profundamente.

Al final se levantó y salió al pasillo, solo se escuchaba las olas del mar lamiendo la orilla de la playa. Pensó que era un gustazo acostarse y levantarse con el sonido del mar de fondo. Raúl tenía suerte de vivir en aquel lugar. Se merecía esa jubilación, sin duda alguna.

Dio una vuelta por el piso pero no encontró a su amigo. Estaría dando su paseo matutino por la playa. Se metió en la ducha, después de vestirse preparó unas tostadas y un té que se tomó en la terraza. La bebida le quemó la lengua, pero a ella le gustaba tomarla así, caliente, aunque tuviera que soplar de vez en cuando para enfriarla un poco.

Por primera vez en varios días se sintió bien.

Echó de menos su teléfono móvil, volvió a entrar en el piso y lo buscó durante unos minutos. Recordó que antes de dormir lo había metido en uno de los bolsillos de su chaqueta de cuero. No logró encenderlo, se había quedado sin batería. No podría ver si tenía algún mensaje o si había recibido alguna llamada hasta que no volviera a su piso, porque no había llevado consigo el cargador. Con el teléfono en la mano salió a la terraza y se sentó en el sofá de mimbre.

—Estoy de vacaciones, no me van a llamar del trabajo —dijo en voz alta, pero a continuación pensó en sus padres y en sus hermanas y se agobió un poco.

No estaba acostumbrada a estar ilocalizable. Le preguntaría a Raúl si tenía algún cargador que sirviera a su *iPhone*.

Houda se cepillaba los dientes cuando llegó Raúl. Venía cargado con un par de bolsas de la compra. Las arrugas alrededor de los ojos indicaban su edad y que cada vez pasaba más tiempo al aire libre.

—¿Has desayunado? —preguntó al verla asomar la cabeza por la puerta del baño.

—¡Sí! —dijo con voz pastosa, sacándose el cepillo de dientes de la boca.

Raúl repartió la comida entre el frigorífico y los armarios mientras ella terminaba su aseo personal.

—He contactado con uno de mis confidentes mientras tú seguías en brazos de Morfeo —dijo Raúl en cuanto Houda apareció por la cocina—. Va a echarnos un cable. Antes de irte apunta nombres y todo lo que se te pase por la cabeza sobre Laura Bayo y su entorno. Como te dije anoche, hoy toca merendar en El Rompido.

—Gracias, Raúl.

—¡No me las des! Es divertido volver al tajo, aunque sea de «incógnito». Ganamos los dos, tú tendrás tiempo para tu familia y pocos remordimientos por no estar haciendo nada por esa chica y yo, vuelvo a sentir la adrenalina del policía. ¡Matamos dos pájaros de un tiro!

Houda se mostró complacida al oír aquello. Se enjuagó la boca y se la secó con una toalla. Sonrió al espejo del lavabo.

—Cualquier cosa que necesites...

—Lo sé, te llamo y hablamos.

—¿Qué ha de tener una buena novela negra? —preguntó a la joven amordazada y atada.

Como es lógico, la chica no le pudo responder.

La golpeó con la mano derecha, más una bofetada que un puñetazo.

—¿Ves cómo no tienes ni puta idea de conocimientos literarios básicos? Lo principal, una construcción de trama irreprochable, un perfecto encaje de pistas y una resolución verosímil.

Laura intentó entrar en su memoria, le pareció una masa borrosa. No distinguía las imágenes ni las cosas en orden, todo llegaba de golpe, emborronado. Llevaba demasiados días en aquel lugar. Intentó controlar su respiración, era una de las armas de las que disponía para sobrevivir a la situación que estaba viviendo. Otra era su imaginación, intentar volar lejos del sótano y del escritor. Rememoró su querida ría, el viento soplando con fuerza y a ella caminando por el sendero que la llevaría a El Terrón. El viento era cálido y no había nubes que cubrieran el azul del cielo. El camino pasaba por zonas arboladas, pero también había tramos cortos de campo abierto.

—Intentémoslo de nuevo, ¿crees que hoy en día la literatura está influenciada por el cine y las series, o al revés?

El hombre anduvo hasta la subida de las escaleras mientras hacía la pregunta, cogió la porra de goma que había dejado en el primer peldaño minutos antes.

—¡Qué vas a saber! Tú solo conoces tu «idioma booktuber» de mierda: *Book hauls*, inspirado en los *videohauls*, en las que jóvenes muestran sus últimas adquisiciones de ropa, llevados al mundo de los libros; *Book Tag*, etiqueta para temáticas especiales, con retos, curiosidades, debates...; *Bookshelf Tour*, la visita por la biblioteca del booktuber; *Unboxing*, cuando llega un paquete de libros comprados o regalados y se abre frente a la cámara; *IMM (In My Mailbox)*, para decir «en mi buzón»; *Wrap up*, los putos comentarios de las lecturas leídas en el periodo de una semana, un mes, un verano...; *Vlog*, el blog con formato video; *TBR (To be Read)*, los libros que se quieren leer próximamente. ¿Qué te parece? ¿He hecho bien los deberes? A lo mejor, ahora que has desaparecido de la faz de la tierra, yo ocupo tu lugar. ¡Imagínate si me hiciera booktuber! Estoy viendo los titulares: El nuevo booktuber, que conmueve y persuade a las masas con sus recomendaciones, es un pureta.

Laura se encogió un poco más. Intentó protegerse la cabeza con las manos. El escritor blandió la porra y le asestó varios golpes seguidos en piernas y brazos. Notó el olor de la chica, a transpiración y orines. En el transcurso de las horas que llevaba sin bajar a verla debía de haberse orinado encima. Le entraron ganas de vomitar.

—Te informo que críticos de renombre, no como tú que eres una farsante, una impostora, dicen que mis novelas parecen guiones de películas. En el caso de *Espigas que crecen en libertad* y *Espigas que se lleva el viento*, guiones de una serie. ¡Tienen razón, porque cuando escribo diálogos estoy pensando en los diálogos que escucho en las películas y series que veo! También en las conversaciones que escucho en los restaurantes, el supermercado... ¿Por qué me inspiran? Es lógico, estos diálogos son reales, mucho más ágiles que los diálogos tradicionales de las novelas infumables de antaño. —La estudió un momento, con fijeza, antes de continuar—: Algunos escritores «carcas», que ya no lee nadie, siguen empeñados en publicar peñazos, pero ese no es mi caso —se mostró complacido de escucharse—. Yo me debo al pueblo, no a la ínfima élite cultureta, trasnochada, de este país.

Escupió al suelo.

Laura visualizó la ría con marea baja, los cangrejos que se escondían en sus agujeros al mínimo atisbo de peligro, las jaras florecidas en primavera, los pinos piñoneros que cobijan a la garceta común y a la pagaza piquirroja, las hierbas aromáticas que la acompañaban todo el camino: el romero, la lavanda, el mirto y el tomillo. El viento cálido que imaginó al principio, se acababa convirtiendo en brisa, que la refrescaba sin atosigarla. Una lagartija se le cruzó en el camino, pero no fue la única, también lo hacían varios ciclistas que la saludaban al pasar a su lado. La meta era abstraerse lo más lejos posible, mientras el hombre siguiera con su perorata, para que no la afectaran sus palabras y sus golpes.

—¿Cómo matar a una booktuber? Llevo preguntándomelo desde antes de traerte aquí —suspiró—. ¿Sabías que es más fácil matar cuando la acción va acompañada de pasiones o arrebatos? Por eso te he amordazado, si escucho alguna de tus tonterías... Tendría que matarte con saña y eso no nos interesa. Prefiero que estés calladita y así tener tiempo para pensar el mejor modo de ponerle punto y final a esta historia —emitió una risita agria, entre dientes—. Te preguntarás si, una vez que lo haya hecho, tendré remordimientos, ¿verdad?

Guardó silencio unos minutos, como si lo estuviera pensando.

—Depende, depende de a quién te cargues. Si es a un amigo... algo de remordimientos sí que quedan. Quien piense que la vida es fácil, es un estúpido. Ignoran que hay que ir sacrificando cosas para poder conseguir otras muchas. Vivir es un arte y no siempre se puede mantener la dignidad. Un buen hombre puede convertirse en mezquino por culpa de los demás. Por ejemplo, tú me has hecho peor persona por tus mentiras, por tus críticas hirientes hacía mis novelas.

Le temblaba la voz, un punto de cólera rebullía en el fondo de su estómago. La volvió a golpear con la porra en una coreografía extrema de violencia.

Laura se protegía con los brazos y las piernas.

Su pensamiento se fue ralentizando. Se esforzó en mantener la respiración lenta y profunda, e intentaba concentrarse y sentir el aire empujando su diafragma. Vio la luna custodiando los faros de El Rompido. Si se le hacía de noche, a la vuelta de alguna caminata, se encontraba la luna de frente. Iluminaba bastante y, gracias a ello, acababa viéndolo todo plateado y gris. En cambio, cuando las nubes cubrían la luna no se podía ver nada, había que andar despacio e intentar no tropezar con los pequeños obstáculos que podían surgir al paso. Laura prefería que la luna brillara con todo su esplendor, que cuajara de sombras el camino y que los haces de luz plateada que se colaban entre los árboles le marcaran el camino. Si las ramas se agitaban con la brisa, las franjas de luz oscilaban, era un espectáculo contemplar como aparecían y desaparecían a su paso.

—¿Cómo pudiste hacer esas críticas? ¿Por qué causar dolor sin más ni más, sin razón alguna? A ti tampoco te gustaría que te machacaran con críticas terribles. ¡A nadie le gusta eso! —Esbozó una sonrisa, irónica, compungida—. Cuando se ataca a un artista a través de su obra, es como si le clavaran espinas en el corazón. Obraste muy mal con respecto a mí, con complacencia, y eso es traicionero. ¿No pudiste dejar que mis obras hablarán por sí mismas al resto de los lectores? ¿Por qué tuviste que emponzoñar el criterio de tus seguidores? ¿No te han dicho nunca que todos los actos tienen sus consecuencias?

La agarró del pelo y la zarandó. Un par de veces, la cabeza de la chica se golpeó contra la pared. Había como un ritual oculto, desquiciado, en aquella sucesión de golpes, monólogos, pausas, jadeos y sonidos guturales. Violencia asumida por el escritor como necesaria, justiciera e, incluso, razonable.

—No podemos hacer algo malo, caprichoso y, después, escondernos en casa, en cápsulas hechas a medida, pretendiendo que no ha pasado nada, reanudando la vida en el punto previo en el que la

habíamos dejado —La soltó. La respiración entrecortada por el esfuerzo—. Por eso no te puedo dejar marchar, ¿entiendes? El tiempo es discontinuo, con altibajos, pero eso los jóvenes no llegáis a entenderlo. Los jóvenes estáis pagados de vosotros mismos y sois absolutamente despiadados. Un leve desliz puede afectar al futuro, solo el pasado puede ser juzgado con justicia. Y eso, concretamente, es lo que voy a hacer contigo. —Entornó los párpados, peligroso, como un gavilán que avistase por primera vez su presa—. La forma de morir debe corresponder con el sufrimiento provocado, con la obsesiva y egoísta ansiedad que me has hecho sufrir y con el resquemor que me está desquiciando. Debo enfrentarme a tu muerte, insensibilizando mi mente hacia ella, con la determinación, frialdad, satisfacción, dignidad, inteligencia y perfección que me caracterizan.

Le hizo un guiño maligno.

En esos momentos, la mente de Laura acompañaba a un viejo pescador de El Rompido, con el que nunca había hablado, pero al que había visto muchas veces pescar durante la pleamar. Solía ralentizar el paso de su caminata diaria al divisarlo entre los pinos que se adentraban en la ría. Casi siempre sentado en una silla plegable de playa, esperando paciente que picara algún pez. Un par de veces lo encontró de pie, soltando el carrete y sosteniendo el sedal con un dedo, para después tirar de la caña y lanzarla para adelante, apuntando hacia el cielo a fin de llegar lo más lejos posible. Un día vio cómo el viejo se levantaba de un salto y cómo se agitaba el agua delante de él. El pescador empezó a recoger el sedal, la caña no dejaba de moverse y arquearse. Aquel día Laura no tuvo reparos en detenerse a mirar la escena. El carrete giraba y soltaba sedal porque la presa se alejaba, se adentraba en aguas más profundas. El viejo consiguió enderezar la caña y recoger el hilo, el pez dio un salto en el aire y ambos lo vieron brillar y retorcerse sobre el agua. En cuestión de segundos consiguió traerlo a la orilla. El pez no paraba de mover la cola, con resistencia, de un lado a otro. Cogió la presa con soltura y le desenganchó la boca del anzuelo para acabar arrojándola con presteza al interior de una pequeña nevera azul con tapa blanca, que siempre tenía al lado de la silla plegable. Laura dejó de mirar y retomó su caminata.

—Soy un escritor con mucho talento, con historias en la cabeza que esperan que las lleve al papel, y debo hacerlo sin interferencias. Sin gente como tú, que me irriten hasta el extremo de cometer todo tipo de barbaridades —añadió malhumorado—. Te miro y me dan ganas de patearte —lo hizo—, de rebanarte el cuello, de machacarte la cabeza a golpes, de gritar como un loco. Me está costando muchísimo controlarme, ser dueño de mi mismo. ¿Comprendes el estado al que me ha llevado todo esto? No, claro que no. Imposible que una estúpida como tú comprenda lo que estoy diciendo. —Estiró la boca en una mueca de reproche, como la boca de un bufón—. En vez de estar aquí, explicándote cómo me siento, debería estar en mi estudio escribiendo. Vertiendo en el ordenador las historias que me rondan. Estoy perdiendo un tiempo valioso, ¡mis obras llegarán más tarde a mis queridos lectores! ¿Entiendes la urgencia de tu muerte? Un sabio francés dijo: «Para que unos triunfen, otros deben fracasar». —Parecía muy satisfecho, frunciendo sus encarnados labios y dirigiendo miradas de satisfacción—. Para crear necesito penumbra, pureza, tranquilidad y soledad. Hablar sobre el tema me provoca angustia, pero también un frenético deseo de subir escaleras arriba y ponerme a escribir.

Por un momento se volvió a mirar las escaleras.

Laura pasó de abstraerse con sus caminatas por El Rompido a encontrarse en el refugio de su hogar. Ahora andaba hipnotizada por las llamas del fuego de la chimenea. La que presidía su salón y que solo encendía tres meses al año como mucho. Cuando anochecía solía apagar las luces y encender velas. La luz de las llamas de la chimenea y las de las velas, estratégicamente colocadas, creaban un ambiente que acababan capturando y reconfortando la mirada de la joven. Se podía pasar horas viendo crecer el fuego, subir las llamas, escabullirse el humo chimenea arriba y el

crepitar y escupir chispas de los troncos. Era como entrar en una especie de sueño. La magia duraba horas, hasta que la madera se consumía por completo, el fuego se extinguía y solo quedaba el rescoldo.

—Compréndelo, el daño está hecho, no puedo perdonarte. Tengo que cortar el vínculo que hay entre nosotros, tengo que sellar tu boca. Podría cosértela antes de matarte —la fulminó con la mirada. Laura se echó a temblar—. Tengo que madurar la idea. Ahora mismo no me apetece acercarme demasiado a ti, te siento como una leprosa, apestas. ¿Crees que estoy loco? —Soltó una carcajada—. Criatura, ¿crees que la persona que enloquece es consciente de ello? Me pregunto si estar loco debe ser como sangrar por dentro. Seguro que el loco es el último en enterarse, igual que en las infidelidades. En toda mi vida me he sentido tan alerta, tan vivo y, desde esta posición tan halagüeña de mi nueva conciencia, miro atrás y veo lo que era antes, un escritor incompleto, rencoroso, insensible y rebosante de fantasía. Laura, te aseguro que de loco no tengo un pelo, que estoy más cuerdo que tú. Si alguna vez me doy cuenta de que me ronda la locura... me suicidaría. —Parecía iluminado por una especie de eufórico propósito—. ¿Te imaginas mis pobres lectores? ¡Sentirían muchísimo no volver a leerme! Llorarían mi muerte. Ellos me necesitan, nuestro vínculo es eterno. Mi obra no sucumbirá a mi muerte, sino todo lo contrario, rebrotará con nuevos bríos. Todos los éxitos que voy a disfrutar en el futuro, vienen predestinados por un poder divino que me guía. Escucho su voz, sigo sus indicaciones, es el gurú de mi destino. Todos los grandes artistas deben de haber escuchado, en las épocas más fructíferas de sus vidas, la misma voz que yo oigo en los últimos tiempos. Llámalo misticismo si así lo entiendes mejor. Todas las grandes verdades son misterios, la moralidad se envuelve en misticismo, todos los dioses se nutren de su esencia. Estar iluminado es una bendición, el artista es más verdadero en ese estado. El arte es el juguete de la ilusión, del conocimiento y del gozo. Sin saberlo, me he pasado años buscando La Voz. ¿Y si no hubiera existido? ¿Y si solo me hubiera encontrado con El Silencio? Es imposible, inaceptable, pensar eso, pequeña zorra. ¿Ha aparecido por azar? No, no lo creo. No podemos negar La Voz, porque La Voz lleva al éxtasis, a la magia primigenia de las palabras. A acertijos envueltos en misterios dentro de enigmas. La Voz me ha elegido entre todos los escritores de esta época para encumbrarme, para ofrecerme los laureles de la excelencia y, por ende, de la fama.

Las bridas de plástico con las que aquel individuo le había amarrado las muñecas a Laura le estaban provocando heridas en la piel y los movimientos para defenderse las estaba agravando. Empezó a perder la sensibilidad en piernas y brazos.

Soltó la porra en el suelo, entreabrió los labios y unió las manos como si rezara. Parecía implorar a un dios concreto, transmutado a una realidad paralela, para que le otorgara muchos años de vida; para, de ese modo, poder escribir todos esos libros que tenía en mente y que, en realidad, aún no había llegado ni a imaginar. Estaba sufriendo una experiencia mística. La cara descarnada y anárquica por la emoción, ajeno a la tragedia que se vivía en aquel sótano.

Laura lo miró de reojo, se arrepintió al instante de haberlo hecho. Fue como si hubiera traspasado un espejo y se encontrara dentro de un cuadro de Goya. Su mente percibió a un ser infrahumano y maldito, un rostro de rasgos desdibujados, con carne exangüe y azulada como la de quienes viven bajo tierra. Estaba perdida, supo que iba a morir pronto. Una tristeza inmensa la envolvió, no quería, no quería morir, pero el final se acercaba.

Aaminah se había acercado al piso de Houriya a primera hora de la mañana. Calculó estar frente a su puerta justo cuando su hija mayor llegara de haber dejado a sus pequeños en el colegio. Conocía muy bien sus costumbres, la joven volvía a casa directamente, porque prefería hacer los recados después de tomar un desayuno tranquilo en su cocina y de recoger un poco toda la casa. Tocó el timbre reiteradas veces. Obtuvo por respuesta el silencio más absoluto. Cuando se hartó de esperar en el rellano de la escalera, decidió entrar con el juego de llaves «para emergencias» que custodiaba desde que su yerno y su hija compraron aquel piso. Esperaría dentro a que llegara Houriya. Podría limpiar y ordenar un poco el piso, así le quitaba algo de trabajo a su primogénita. Seguro que se enfadaba con ella, pero correría el riesgo. No se podía quedar allí plantada como un pasmarote. ¡Qué dirían los vecinos!

Abrió la puerta y entró.

A Aaminah le pareció que el piso estaba demasiado oscuro. Echó la luz del pasillo y, a continuación, la del salón. Este parecía un campo de batalla: juguetes, libros infantiles y ropa por todos lados. Sonrió condescendiente. Aquella casa empezaba siendo un completo desastre por las mañanas, porque cada noche irrumpía un huracán por todas y cada una de las habitaciones. Ella no estaba hecha de la misma pasta que su hija. Aaminah nunca se había acostado hasta no dejar recogido todo el caos que desplegaban sus tres niñas, pero Houriya era mucho más relajada con las labores del hogar.

La sonrisa no le duró más que unos minutos, lo que tardó en salir del salón y acercarse al cuarto de baño, el único lugar que estaba iluminado. Inmediatamente se trocó en una mirada de horror sacada de *El Grito* de Munch. Gritó.

—¡Hamza! ¡No, oh Allāh!

Su yerno, Hamza Badidi, yacía desnudo dentro de la bañera llena hasta los bordes. Era un hombre alto, de complexión atlética. Tenía los ojos castaños abiertos de par en par. La boca torcida en una mueca difícil de descifrar, aunque espeluznante a la vista, con la lengua hinchada y asomando entre los dientes. La cara tan blanca como los azulejos del baño. Aaminah no llegó a poner un pie en el cuarto de baño. Le empezó a temblar todo el cuerpo. Retrocedió unos pasos. Una sensación repentina de vértigo la obligó a apoyarse en la pared. Huyó del piso en cuanto se cercioró de que Houriya y los niños no estaban, ni escondidos ni muertos, en alguna de las habitaciones. Incluso miró dentro de los armarios y debajo de las camas. Fue de un lado a otro como un animal acorralado, bañada en lágrimas. Intentó pensar, pero no fue hasta transcurridos unos minutos que se le activó el cerebro.

¿Llamaba a una ambulancia? No, Hamza estaba muerto, ya no la necesitaba.

Llamó a Houriya un par de veces, «el teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura».

¡Tenía que llamar a Houda! Sin respuesta.

Hassan, solo le quedaba Hassan. Él sabría que hacer.

¿Lo llamaba y le decía que se acercara al piso?

No, lo mejor era marcharse de allí y contárselo en persona. No ganaban nada si todos se veían implicados en lo que fuera que había pasado entre aquellas cuatro paredes. Tenía que mantener la calma, por Houriya y los niños.

Houda, su hija policía, era la que tenía que encontrar un sentido a aquel horror.

De camino a la tienda de su marido volvió a llamar a los móviles de Houriya y Houda decenas de veces, pero seguían inoperativos.

Houda llegó a su piso y lo primero que hizo fue enchufar el móvil para cargar la batería. En cuanto tuvo algo de energía lo encendió. Se asustó muchísimo al ver treinta y siete llamadas perdidas de Aaminah. La llamó enseguida, pero fue su padre quien se puso al teléfono y quien le contó la desgracia que se había cernido sobre la familia Falú.

Houda se hizo cargo de todo. Quiso mantener a sus padres al margen y fue ella quien, desde el piso de Houriya y Hamza, llamó a sus compañeros y denunció el asesinato de su cuñado. Tuvo claro, desde el minuto uno, que allí se había cometido un asesinato y no un suicidio. Había visto demasiados casos de suicidio: ingestión de pastillas, ahorcamientos, muñecas abiertas... Los peores eran los que se tiraban al vacío, al paso de un tren.

Relató todos los movimientos que horas antes había dado Aaminah como si hubieran sido los suyos. Fue duro contar todo aquello y, más aún, denunciar la desaparición de su hermana, pues nadie de la familia había podido contactar con ella en varias horas. Tenía el móvil «apagado o fuera de cobertura». Era consciente de lo que se les venía encima a la familia. La desaparición de Houriya la ponían en la diana, sus compañeros pensarían que era culpable del asesinato de su marido.

Houda se quedó fuera, porque el baño era demasiado pequeño para tres personas. Entre el calor, los dos forenses, el fotógrafo de la científica y los potentes focos la temperatura del cuarto de baño debía de pasar de los cuarenta grados.

—No deberías estar aquí —dijo David Foresti, uno de los técnicos forenses.

El otro forense y el fotógrafo siguieron con su trabajo silencioso y eficiente, ignorándola.

Houda se encontraba al límite de las fuerzas, llevaba demasiadas horas en tensión. Aun así, entendió lo que el forense le había querido decir. Mateo Montes no iba a permitir que ella participara en la investigación del asesinato de alguien de su familia. Conflicto de intereses, lo sabía.

—¿Puedes confirmarme la causa de la muerte? —preguntó haciendo caso omiso de la advertencia y del protocolo que había que seguir en casos como aquel.

Las ganas de vomitar hacía rato que habían abandonado el cobijo que les proporcionaba el fondo de sus entrañas, reptaban por su tubo digestivo con ganas de salir a darse un garbeo por el exterior, deseando exorcizar su cuerpo. A lo largo de sus años de policía se había encontrado con cadáveres que revolvían el estómago, pero todos habían sido desconocidos, ver el cuerpo de Hamza le había afectado de una forma distinta.

El técnico dudó en contestar, pero acabaron teniendo más peso los años que hacía que se conocían que los problemas que pudieran acarrearles a ambos aquella conversación. Foresti tenía la

compleción de un toro, ancho de espaldas pero achaparrado, mandíbula cuadrada, pelo rizado y voz grave. Era al menos diez años mayor que Houda, debía estar acercándose al ecuador de los cuarenta. Podría haberse escapado de una de esas películas americanas clásicas, en blanco y negro, sobre la mafia.

—Muerte por ahogamiento con violencia. Todavía no puedo establecer la hora del crimen, hay que esperar a la autopsia. —Sintió la necesidad de hacerse comprender—: El agua afecta a la temperatura corporal.

Foresti le dio la espalda y volvió a prestar toda su atención al cadáver. Su colega examinaba la cabeza de Hamza, cuando la soltó, la barbilla quedó apoyada sobre el pecho desnudo del cadáver. Houda comprendió que, por ahora, no le sacaría nada más.

Ya dentro de su vehículo, una serie de escalofríos recorrieron su cuerpo al pensar en la angustia que debió sentir Hamza al no poder respirar. Cogió la botella de agua que siempre llevaba en el asiento del copiloto del coche y bebió un par de tragos. Agotada por el cúmulo de emociones de las últimas dos horas, apoyó la cabeza en el volante. El pecho le palpitaba y empezó a respirar por la nariz en cortos jadeos.

Tenía que actuar con rapidez, no podía dejarse llevar por la desesperación, Houriya corría peligro. Era la principal sospechosa, entre otras cosas, porque no lograban encontrarla por ningún lado. Gracias a Allāh los niños se encontraban bien, hacían preguntas, pero por ahora se conformaban con las mentiras que les contaban los adultos. Estaban en casa de sus padres. Aminah y Hassan habían ido a recogerlos a la salida del colegio.

Houda estaba convencida de que Houriya no era la responsable de la muerte de su marido. No, no podía serlo, conocía muy bien a su hermana.

«¿Estás completamente segura de que la conoces?», se preguntó.

Sí, ¡por Allāh! Houriya quería a su marido y, hasta lo que ella sabía, la pareja no tenía problemas conyugales. Las pocas veces que habían discutido en público había sido por algún tema relacionado con los niños. Distintos pareceres a la hora de resolver un conflicto infantil. Ahogar a una persona dentro de una bañera era premeditado. Sería distinto, aunque igual de improbable, que se hubiera cometido homicidio por un golpe mortal en una riña con forcejeo.

«¿Esta desgracia estará relacionada con lo que le sucedió a Houriya en Tánger?», se volvió a preguntar. Tenía las confianzas de su madre tan recientes, que no pudo dejar de pensar en esa posibilidad.

Tendría que averiguar todo lo que pudiera sobre Hamza y Houriya, solamente así encontraría respuestas.

Al entrar en la comisaría, nada más pisar el área de recepción, empezó a sentir cómo las miradas de sus compañeros se le clavaban en la espalda como puñales. No era una sensación nueva, pero sí más intensa. El inspector Bilal Moughi se hallaba encorvado sobre su escritorio rellenando un formulario, su reconocimiento y saludo le resultó amistoso. Le sonrió.

Fue directamente a una de las salas de interrogatorio, siguiendo las indicaciones de la secretaria del Inspector Jefe. Recorrió un pasillo iluminado por fluorescentes, pasó junto a un par de oficinas vacías. Era la época del año en el que más agentes se tomaba vacaciones, así que el ambiente de la comisaría parecía distendido. El irritante zumbido al cerrarse la puerta a su espalda le pareció el peor presagio de que aquel encuentro no iba a ser muy agradable.

El interrogatorio al que la sometió, personalmente, Mateo Montes junto a un par de compañeros,

fue duro y extenuante.

—Siento lo de su cuñado —dijo el inspector jefe después de que Houda entrara en la sala de interrogatorios, de los saludos de cortesía, y de que esta se sentara en una de las sillas. Fueron las únicas palabras de consuelo que se permitió en toda la entrevista. Houda se fijó en que se había cortado el pelo cano casi al rape—. Cuéntenos desde el principio.

Ni siquiera cuando le preguntó por Houriya tuvo clemencia.

—¿Desde cuándo no saben nada de ella?

—Fue al colegio a llevar a los niños. La hemos intentado localizar insistentemente a través de llamadas telefónicas, pero nos salta el aviso de «apagado o fuera de cobertura».

—¿El matrimonio discutía? ¿Se peleaban?

Houda negó con la cabeza.

—No, que yo sepa.

—¿Puede ser que se oculte en casa de una amiga?

—¿Por qué habría de ocultarse? —dijo a la defensiva Houda. Nunca le perdonaría que la entrevista se estuviera desarrollando en aquella sala y no en su despacho. La estaba tratando como una vil criminal o, en el mejor de los casos, como encubridora de una criminal.

Mateo Montes frunció el ceño.

—¿Tengo que explicarle que su hermana es una de las principales sospechosas mientras no se demuestre lo contrario? —pronunció las palabras lentamente como para darle tiempo a que las digiriera.

—No. He llamado a todas sus amigas. Nadie la ha visto después de que dejara a los niños en el colegio —dijo la inspectora fijando la mirada en el inspector jefe—. Houriya conoce a muchas madres del colegio, pero no tiene demasiadas amigas íntimas.

Houda se debatía entre el sentimiento de proteger a su hermana y el de colaborar en todo lo posible para que sus compañeros pudieran encontrarla, sana y salva, lo antes posible.

—¿Su hermana estaba preocupada últimamente, tenía algún problema que debamos saber?

Houda tuvo una desagradable sensación de *déjà vu*, ¿cuántas veces había estado en una situación como aquella? Por primera vez ocupaba el lado equivocado de la mesa. La cruda luz de los fluorescentes de la sala de interrogatorios sumía a los agentes de policía en una deslumbrante claridad.

—Estaba algo deprimida, por el estrés de llevar sola el peso de la casa y de la educación de los chicos —se decidió a contar—. Hamza se pasaba todo el día fuera, llegaba de trabajar justo para desearle las buenas noches a sus hijos.

—¿Podríamos decir que su hermana estaba pasando por un mal momento?

—Como cualquier ama de casa estresada —su voz era tensa.

La mirada del inspector jefe se mantuvo fría, pero no le pasó inadvertida la irritación de su subalterna.

—Describame cómo era su carácter últimamente.

—Algo irritable, sobre todo con nuestra madre. Esta puede ser muy pesada con todo lo que concierne a mis sobrinos.

—¿De qué manera mostraba esa irritación?

—Por lo que me ha contado mi madre, lleva unas semanas algo deprimida y un poco dramática. Con cambios de humor constantes.

—¿Responsabilizaba a su marido de su estrés, de sus problemas?

Houda miró a su superior con cara de desconcierto, como si no se creyera que pudiera estar haciéndole tales preguntas.

—No, ya lo he dicho antes, su frustración iba dirigida hacia mi madre no hacia su marido.

—Piénselo antes de responder: ¿La relación con su hermana es lo suficientemente íntima como para estar segura de que Houriya no guardaba algún rencor a su marido?

La lealtad y el honor de todos los antepasados Falú brillaron en los ojos de Houda antes de contestar a Mateo Montes.

—Sí, le aseguro que, por lo que sé, ellos estaban bien. —dijo, y a continuación pensó: «Deberían estar buscando a mi hermana y al asesino de mi cuñado en vez de perder tiempo haciéndome preguntas estúpidas».

—¿Podría haber algún tipo de violencia doméstica dentro de la pareja?

—No, no lo creo.

Demasiadas mujeres, también algunos hombres, sufren de violencia doméstica sin reconocerlo ni, mucho menos, denunciarlo.

«¿Houriya sería una de ellas?», se preguntó Houda.

No, estaba segura de que no. Había presenciado muchas muestras públicas del cariño que su hermana sentía por Hamza.

—¿Qué nos puede decir sobre la personalidad de su hermana?

El rostro de la policía esbozó un gesto de ternura.

—Es una gran persona. Es muy trabajadora y está comprometida, al cien por cien, con su labor de madre y esposa. Mis padres, mi hermana pequeña y yo, siempre hemos podido contar con ella para cualquier cosa. Es una persona que inspira confianza, que tiene algo que hace que la gente se sienta cómoda y arropada en su compañía. Transmite mucha seguridad y confianza.

—¿Podría estar viéndose a escondidas con alguien?

Houda entornó los ojos. La pregunta la desconcertó.

—No entiendo la pregunta. ¿Está insinuando que mi hermana pudiera tener algún amante?

—Inspectora, no sé porque no entiende la pregunta que le acabo de formular. No es una insinuación, sino una pregunta «muy clarita», de manual, que espera la máxima celeridad y claridad de respuesta por su parte. Me jode tener que recordarle que no sería la primera vez que una mujer es infiel a su marido, que este la pille infraganti y que la historia acabe mal. O la mujer molida a palos o el asesinato de alguno de los implicados. Si hay suerte y el marido solo le pega una paliza... ¿Qué puede ocurrir después? Que la apaleada se vengue, que decida no aguantar más maltrato y que urda un plan para quitarle la vida a su verdugo. Borre lo de la infidelidad de su mente, si no es capaz de asumirla en la figura de su hermana, y piense solo en violencia de género. El resultado podría ser el mismo. Que la víctima y la desaparecida sean de su familia, no quita que usted deje de pensar como policía. ¡Flaco favor les hace! Así que, ¡conteste de una puta vez a la pregunta que se le ha hecho! ¿Su santa y honesta hermana podría estar viéndose con alguien?

—No, rotundamente no. No creo que todo esto vaya de un crimen pasional, simple y llanamente.

—¿Cómo puede estar tan segura? —preguntó el inspector jefe con tono escéptico e inclinándose hacia adelante.

—Mi hermana no es de esas, tal vez no sea una «santa», pero tampoco lo contrario. Sinceramente, no sé que es lo que ha pasado con mi hermana, ni quién ha matado a Hamza, pero yo también quiero recordarle algo de manual y que todo buen policía debe de tener en cuenta cuando investiga un nuevo caso, que hay que dejar vía libre para que circulen otras tesis, por muy inverosímiles que parezcan a simple vista; que no hay que quedarse en las obviedades, porque se puede meter la pata y llevar a prisión a algún inocente.

Mateo Montes dejó pasar unos minutos, entendió que tanto él como Houda debían reflexionar sobre lo que la joven acababa de decir.

—¿Cree que Hamza era un hombre celoso?

—No tenía por qué serlo, Houriya no le ha dado nunca ni un solo motivo para que él se pusiera celoso o dudara de su fidelidad.

—Ha comentado hace unos momentos que su hermana ayuda a que la gente se sienta cómoda en su compañía, que inspira confianza... Un marido celoso podría malinterpretar esas cualidades — continuó el superior con un gesto pensativo—. Aunque su hermana no saliera de fiesta por ahí... podía mostrarse simpática con el dependiente de una tienda, sonreírle a algún desconocido por la calle...

—Lo siento, pero no veo a mi hermana haciendo esas cosas, ni a mi cuñado preocupado por algo así.

«La inspectora está mostrándonos a su hermana como el perfil de una mujer normal y corriente, por no decir gris. No hay nada diferente o, mucho menos, extraordinario en ella. Al parecer, lo único a lo que dedica su tiempo es a la familia, a su hogar. Pero, ¿cuánto de real hay en ese retrato? ¿Tan insustancial es su vida? Me cuesta creerlo. Siempre hay algo más, por eso se producen tantos crímenes, tantas actividades delictivas», pensó Mateo Montes.

—¿Houriya había sufrido con anterioridad de altibajos emocionales?

La respuesta fue rápida y segura.

—Mi hermana es una mujer fuerte, que suele enfrentarse a los problemas con ánimo y resolución.

—Limítese a contestar sí o no.

—¡No!

—¿Alguna vez ha ido a la consulta de un psicólogo?

—Que yo sepa, no —se llevó una mano al puente de la nariz y lo presionó con un pellizco en un intento de atajar un incipiente dolor de cabeza.

—Ha dicho que su hermana es fuerte, concretice: ¿Cómo de fuerte cree que es?

—¡No de esa manera! —exclamó Houda—. Cuando dije que «era fuerte» me refería a su capacidad de resolver problemas, pero no a su fuerza física.

—Inspectora Falú, sabe igual que yo que, si una mujer está en forma y es agresiva, puede usar la violencia igual que un hombre. Así que, ¿su hermana va al gimnasio, hace algún tipo de entrenamiento físico?

—¡No y no! ¡Es absurdo pensar que Houriya haya podido matar a su marido! —exclamó Houda.

Pero, entonces... ¿quién podía haberlo hecho? Y, ¿por qué su hermana había huido? Se aferraría a lo que fuera para no aceptar lo evidente. ¿Y si estaba muerta? Tenía que encontrar las respuestas a esas preguntas, pero para eso tenían que dejarla en paz. Su cerebro empezó a cortocircuitarse ante las incongruencias, ante la enormidad de lo absurdo. Se dispuso a contestar con monosílabos todo lo que preguntaran, era primordial salir de aquella sala de la comisaría lo antes posible.

—Necesito conocer sus razones para creer que alguien ajeno a su familia ha sido el que ha matado a su cuñado —se inclinó hacia ella e imprimió a sus palabras un ligero tono de urgencia— Es policía y nadie mejor que usted para ver algo que se nos escape a los demás.

Desvió la mirada, su respiración se aceleró, incapaz de ofrecer nada a su superior. Dos luces oscuras brillaron en sus ojos verdes. La frustración se reflejó en su rostro, ensombreciéndolo.

—Lo siento, pero no se me ocurre nada con lo que ayudar.

El interrogatorio se sucedió durante veinte minutos más. Houda contestó con un tono neutral al resto de las preguntas que se le hicieron. Consiguió controlarse para no perder la paciencia, sabía que perderla no iba a ayudar a Houriya. Lo único que se propuso no contar, aunque la tuvieran allí todo el día, era el secreto de su hermana: la violación que sufrió en Tánger. Lo último que escuchó

del inspector jefe, fueron las palabras que ella solía pronunciar al final de sus interrogatorios.

—Está bien, lo dejamos aquí por ahora —concluyó Mateo Montes apoyándose en la mesa y mirando directamente a la mujer—. Póngase en contacto con nosotros si recuerda algún dato relevante para la investigación. Creo que no tengo que recordarle que cualquier detalle que tenga que ver con su familia, con su cuñado y su hermana, puede interesarnos.

—Es una putada lo de tu cuñado, lo siento mucho —dijo Bilal.

Houda hizo un gesto con la cabeza, se quedó callada y dejó que el silencio flotara entre ambos un instante antes de rogarle que, por favor, la mantuviera informada de los avances que hubiera en el caso. Mateo Montes le había ordenado que se fuera a casa sin posibilidad de réplica y le había prohibido que se inmiscuyera en la investigación bajo ningún concepto.

Estaban solos en el pequeño despacho de Houda, ocultos a las inquisitivas miradas del resto de los policías y personal administrativo de la comisaría. La inspectora se refugió allí antes de irse a su casa, Víctor se escurrió dentro en el último momento, antes de que Houda pudiera cerrar la puerta tras de sí.

—¿Sabes lo qué me pides?

—Te puede acarrear problemas, lo sé —acabó diciendo—. Yo lo haría por ti.

Bilal se la quedó mirando, sopesando los pros y los contras de aquella petición. Le tocaba hablar y Houda esperaba que lo hiciera.

—No sé hasta que punto podré ayudarte —dijo al fin—, ni si en realidad quiero hacerlo.

—Lo que puedas, por nimio que sea.

Bilal la miró un instante y se hizo eco del dolor que reflejaba el rostro de Houda. Estiró la mano y le apretó el hombro.

—La hipótesis con la que trabajamos es que alguien irrumpió en el piso... —hizo una pausa para tragar saliva antes de continuar—o estaba dentro. Lo más probable es que tu cuñado conociera a la persona que lo mató. Según la científica, el escenario del crimen estaba demasiado limpio y ordenado, no hay rastro de forcejeo o lucha fuera de la bañera. Quien lo hiciera lo tuvo fácil para drogarlo y asfixiarlo. No tiene pinta de que sea un ataque al azar. No se han llevado nada del piso: ni dinero ni objetos de valor. O por lo menos eso es lo que ha declarado tu madre.

—Un ataque planeado —asumió Houda.

—Sí. Estamos siguiendo el protocolo habitual: se ha entrevistado a tus padres en su casa, se te ha interrogado a ti, se hará lo mismo con vecinos y amigos...

—Ya, el protocolo —le interrumpió Houda.

—El inspector jefe ha ordenado que se indague a fondo en la vida privada de toda la familia.

—Imagino que estoy dentro del paquete.

Bilal se encogió de hombros, volvió a darle unos golpes de consuelo en el brazo y salió sin decir nada más. En su fuero interno sabía que no podría dejar de ayudarla.

Raúl Damacio, ajeno a la nueva tragedia de la familia Falú, contestó a la llamada que había estado esperando durante toda la mañana. La de un viejo colega en activo que trabajaba en el Departamento de Delitos Telemáticos de la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil. Le pidió cualquier información sobre individuos que vivieran en El Rompido y que estuvieran fichados como pedófilos o pederastas. Laura Bayo no era una niña, sino una mujer hecha y derecha, pero su vida personal y profesional, según le había contado Houda, se limitaba a la red. Y la mayoría de los seguidores de su canal de YouTube eran menores, así que, no le pareció ninguna tontería empezar por ahí.

—Estamos a punto de cerrar una investigación en la que varios sujetos de Huelva están metidos de lleno en la producción y comercialización de videos sexuales con menores. Están muy bien organizados, con un reparto claro de cuál es el rol de cada uno. Por un lado, los «hunter» o cazadores, que buscan imágenes comprometidas que suben los propios niños y que luego los animan a participar en la plataforma pedófila; los «loopers», que se encargan de enganchar a las víctimas hasta conseguir el material sensual que buscan. En El Rompido solo estamos rastreando a un hombre por su historial pedófilo en la plataforma de la red. No es de los sujetos más relevantes de la operación, solo uno de los satélites que se mueven alrededor del grupo central. Se limita a consumir los videos que otros ponen en circulación. Es lo único que tenemos contra él, pero puede haber algo más que se nos haya escapado. Ya sabes cómo va esto... Es un hijo de puta, tan culpable como los otros. Hay estudios que apuntan a que el ochenta por ciento de los mirones digitales también querrían hacerlo físicamente. Es el único nombre que te puedo ofrecer.

—Gracias, José, pásame el nombre completo y su dirección —pidió Raúl.

Una vez anotados los datos, en una pequeña libreta de anillas que llevaba en el bolsillo de su cazadora, preguntó:

—¿Cuándo vais a ir a por ellos?

—Es cuestión de días, ya estamos en la recta final. Toca dejar bien pillado el papeleo burocrático, judicial, para impedir que estos malnacidos puedan encontrar fisuras legales con las que intentar salvar el pescuezo.

—Por favor, cogedlos a todos y enchironadlos.

—Ya sabes la parte que me toca en todo esto... Nadie lo desea más que yo.

Lo sabía.

Hacia ocho años que la pequeña de las nietas del guardia civil, que contaba entonces nueve años, empezó a subir videos a internet de ella bailando, cantando, enseñando sus juguetes... Un día una persona muy amable y divertida, que durante meses había comentado sus videos, la invitó a seguir haciendo lo mismo en una plataforma nueva en la que, además, podía competir con otros usuarios y ganar premios. La niña se mostró encantada, podría formar parte de un grupo de chicos con sus mismos intereses. Su nueva amiga virtual le dio una serie de instrucciones que seguir. Todas muy sencillas y fáciles de realizar. Lo importante era ir sumando puntos. Puntos que se conseguían bailando, cantando, lanzando un beso, sacando la lengua, quitándose la camiseta o el vestido... y así hasta que el pedófilo, que llevaba semanas interactuando con ella, consiguió todo lo que quiso mientras la pequeña seguía creyendo que todo aquello se trataba de un juego. La menor acabó accediendo a hacer videos de contenido escatológico o con animales. El pedófilo no tuvo que

engatusarla con dinero, le bastó con enseñarle otros videos para que creyera no estar haciendo nada malo o nuevo, asegurándole que todo aquello era normal, que muchos niños como ella lo hacían. Cuando la madre, la hija de su amigo, se enteró, sufrió un shock. Los pilares familiares se resintieron con aquel suceso. La rabia y la culpabilidad pasó factura al núcleo familiar. Psicólogos, discusiones, el divorcio de los padres de la niña... Unos y otros se reprocharon no haber sabido enseñarle a la niña que, en internet como en la calle, no hay que fiarse de los extraños.

José Antonio Marín García lo tuvo claro desde entonces, se dedicaría el resto de su vida a perseguir a esos cabrones y quitarlos de la circulación. Al menos durante una temporada. Raúl Damacio era conocedor de que cuando uno de estos conseguía salir en libertad, bien fuera porque había cumplido su condena, bien por algún permiso carcelario, José les estaba esperando. Alguno, había sufrido una repentina «muerte natural» y, otros, se habían acabado «suicidando» por no haber podido asimilar la culpa de sus depravaciones. José Antonio solo iba a por quienes abusaban físicamente de niños y bebés. Despreciaba a los consumidores de videos, pero a estos solo los vigilaba si vivían en Huelva o provincias colindantes, mientras no cruzaran la línea roja... los dejaba en paz. Eso sí, todos ellos debían pasar antes por la cárcel. La misma noche que el guardia civil le confesó a Raúl lo acontecido a su nieta, asimismo se inculcó de tomarse la justicia por su mano. El alcohol lo inhibió, pero no se arrepintió de habérselo contado a Raúl porque el único comentario que este hizo fue: «He llegado a ver algunos de esos videos y he acabado vomitando. Son aberrantes. No son personas los que hacen algo así, son monstruos, escoria. Se merecen todo lo que les pase».

Se arrellanó en la silla, sonriendo. Llevaba cuatro horas enfrascado en la que sería su próxima novela. Era momento de hacer un descanso y de disfrutar de su «otro hobby». Pero siguió disfrutando del silencio, sin entrar en el chat. Recreándose mentalmente en el perfil de antihéroe que estaba perfilando con tanta minuciosidad. Pensó que escribir novela negra le sacaba los malos instintos que tenía dentro. Hurgar en el cerebro de un criminal le resultaba orgásmico. Llevaba tres cadáveres y su asesino en serie seguía sin ser descubierto, sin dejar una sola prueba con la que los incompetentes inspectores de policía pudieran seguirle el rastro. Era buenísimo escribiendo este tipo de libros, por eso estaba en lo más alto de la lista de *best-seller* en España, en algunos países de Europa y del continente americano. En los próximos capítulos iba a incluir a la prensa. ¡Ya era hora de que se empezara a hablar de su súper villano! Dejaría a los agentes como unos inútiles durante varios capítulos más. Les echaría la prensa encima, los utilizaría como carnaza para reírse del sistema. Tendría que buscarle un buen nombre a su querido personaje, que impactara y que vendiera en los tabloides sensacionalistas. «¿Hago que le caiga bien al populacho? No, ya lo hice en *Espigas que se lleva el viento*, no debo repetirme», se dijo. Los asesinos en serie detestan los nombres que les pone la prensa, pero a su chico le iba a encantar. Tiene que pensar que han clavado sus hazañas, así como el servicio que está haciendo a la sociedad. Describiría cómo los periodistas analizan los perfiles de las víctimas. En un principio iba a hacer que se volvieran locos, porque eran personas totalmente distintas. «Lo único que tienen en común es que son hombres malbaratadores, pero hasta que se den cuenta...», siguió discurrendo. Han sido asesinados de forma distinta, así que por ese lado..., nada de nada.

Por ejemplo, asfixiamiento con una bolsa de suicidio, como él hizo con su mujer. ¡Fue tan gratificante y tan fácil de llevar a cabo! Compró la bolsa por internet, con una vieja tarjeta de Alicia, la de una cuenta en la que había sido cotitular con su difunto padre. La guardaba por añoranza en una vieja caja de recuerdos que nunca abría. La contraseña era la de siempre. Su mujer era muy despistada y, por eso mismo, fiel a sus contraseñas. Siempre solía utilizar el año de nacimiento de sus padres, indistintamente. Así que había sido muy fácil hacer esa compra en su nombre. También fue bastante fácil fingir ser el marido destrozado que vuelve a casa, después de una larga jornada laboral, y se encuentra a su mujer asfixiada. Les contó una sarta de mentiras a los policías sobre la depresión de su mujer, algunas ciertas pues estaba medicándose desde hacía un par de años por haber sufrido varios ataques de ansiedad, pero la mayoría exageradas hasta la estratosfera. Se lo tragaron todo. Incluso uno de los agentes, al que llamaban «El sapo» y que tenía la muletilla de utilizar las dos formas del imperfecto del subjuntivo en la misma frase, le dio una clase magistral sobre estas bolsas. ¡Como si él no se hubiera preocupado de conocer el tema! Si había algo que solía hacer de forma concienzuda, antes de ponerse a escribir una nueva novela, era lo de documentarse sobre todos los aspectos en torno a los que giraría la trama. Las bolsas de suicidio le habían fascinado sobremanera en cuanto tuvo conocimiento de ellas. Cuando alguien intenta asfixiarse o asfixiar con una bolsa normal, salta el instinto de alarma hipercápnico. El sujeto que mantiene la cabeza dentro es presa del pánico e intenta arrancarse la bolsa de la cabeza. Para evitarlo, a alguien se le ocurrió la idea de las bolsas de suicidio. Investigando descubrió que algunos suicidas se colocan la bolsa y meten un tubo de plástico por debajo del cordón antes de tensarlo alrededor del cuello. A través de ese tubo se administra gas inerte como

helio o nitrógeno. Los mismos botes de helio que se compran para inflar globos pueden servir. El gas que se respira suprime el pánico, la sensación de asfixia y el impulso de resistirse cuando se va perdiendo el conocimiento. Como es lógico, él no tuvo que utilizar ese rollo del gas. Alicia era una mujer enfermiza, endeble, que apenas tuvo fuerzas para resistirse. Tal como narraba que le ocurría a un personaje en la novela que estaba escribiendo. Un hombre con cáncer, debilitado por la quimioterapia, que decide poner fin a su vida para evitarse tanto sufrimiento, pero que, en realidad, es asesinado.

La muerte de su mujer le permitió heredar los bienes de una hija única, lo que favoreció que pudiera dejar el trabajo de oficina y pudiera «trabajar» esporádicamente desde casa. Abandonarlo del todo hubiera resultado un poco cantoso. Él no era de los que dejaban cabos sueltos. Igual que tampoco lo hacía el protagonista de su novela, un respetado hombre de negocios al que nunca le habían tomado las huellas dactilares ni una muestra para prueba de ADN.

La segunda víctima de su novela había sufrido «una caída accidental», igual que la sufrida por el pobre librero. Pero su asesino en serie se había cansado de simular suicidios o muertes accidentales y había optado por dejar un escenario más macabro, en el que no quedara duda alguna de que esas personas habían sido asesinadas. Frentes hundidas a golpes y miembros descuartizados. ¿Sed de reconocimiento? Dejaría que el lector sacara sus propias conclusiones mientras iba leyendo la compleja descripción que él hacía de la mente del personaje.

Lo que más le costaba escribir eran los finales, cuando tenía que contar la «cagada» del «malo» o de los «malos». Se le hacía un nudo en el estómago al inculparlos, al hacer que las cosas no salieran tal y cómo las habían planeado. Sus criminales siempre estaban a más altura que sus detectives, por lo que le costaba ascender al policía, aunque fuera solo al final de la obra. Se sacrificaba por los lectores, estos lo querían todo bien desmenuzado y sin cabos sueltos. No le perdonarían lo que él consideraba un final feliz, donde triunfara la inteligencia y la maldad del criminal. Algún día, cuando tuviera suficiente dinero para poder escribir lo que le viniera en gana, rompería esa lanza en favor de un antihéroe que englobara a todos sus verdugos.

De pronto, recordó que estaba en su merecido descanso, que debía desconectar y divertirse un poco. Volvió al ordenador y entró en el foro.

COBABAL: ¿Estás ahí?

Durante unos minutos, no apareció nadie. Ya estaba a punto de salir del foro y meterse en uno de sus archivos «especiales», cuando Camilo respondió.

CAMILO: Yo siempre estoy por aquí.

COBABAL: Temía que te hubiera pasado algo.

CAMILO: Ya ves que no.

COBABAL: Te echaba de menos.

CAMILO: ¿A mí o a mis cachorrillos?

COBABAL: Jajaja, más a ellos. ¿Tienes material nuevo?

CAMILO: ¿Ya te has cansado del anterior?

COBABAL: Cuando lo ves varias veces... pierde el encanto de lo inesperado, lo virgen.

CAMILO: Eres el típico consumidor compulsivo, que no deja que se enfríe el material. Aún no se

ha puesto tibio y ya lo andas desechando.

COBABAL: Por eso necesitamos a cazadores como tú. Te idolatro.

CAMILO: ¡Menos chufla!

El escritor sonrió. Le gustaba conversar con CAMILO.

COBABAL: ¡Hablo en serio! Gracias a gente como tú, personas como yo podemos disfrutar cómodamente de nuestro hobby desde casa, sin tener que arriesgarnos o pasarlo mal.

CAMILO: No olvides que cobro por mis servicios.

Se quedó largo rato mirando la pantalla. No le había gustado que sacara el tema del dinero, que convirtiera su relación en algo prosaico.

CAMILO: ¿Te ha molestado que te recuerde el pilar en el que se asienta nuestra relación?

«Gilipollas engreído. Crees que me conoces, que me controlas, pero no sabes una mierda de mí. Soy más de lo que te he dejado entrever. Te crees muy listo y “malote”, pero mis secretos son más oscuros y perversos que los tuyos. ¡Ojalá pudiera restregárselos por la cara!», pensó.

COBABAL: ¡Para nada! Es que estoy recibiendo muchos WhatsApp y me he parado a mirar quién me los envía. Tengo que dejarte. Ya sabes, en cuanto tengas material nuevo... me lo envías.

CAMILO: ¡Claro! Pierde cuidado. Eso sí, siempre y cuando puedas pagarlo, amigo.

—¡Gilipollas!

Salió del foro y abrió un archivo de su nube: «MASCOTAS».

Se repantingó en la silla y se dispuso a disfrutar, con la tranquilidad que le daba el software encriptado que utilizaba y que funcionaba al cien por cien de su rendimiento. Había sido diseñado para que nadie pudiera averiguar lo que hacía en Internet ni descubrir sus archivos protegidos. El programa que había instalado en su ordenador, dirigía el tráfico de Internet a través de una red libre de terminales conectados libremente por todo el mundo. Miles de ordenadores que ocultaban su ubicación y su actividad a cualquier sistema de vigilancia o de análisis del tráfico de Internet. Lo llamaban el Rúter Cebolla, porque estaba constituido por infinidad de capas en el sistema de transmisión. Sonrió satisfecho, su dirección IP estaba blindada.

El cielo se había despejado y, a través de la ventana del despacho que daba hacia los faros y la ría de El Rompido, se veía un precioso crepúsculo a medida que el sol se hundía entre una gama de tonos anaranjados.

Le gustaba su vida y vivir en aquel lugar.

En el sótano, Laura se retorció y sudaba. Se encontraba literalmente empapada en sudor, febril y, a la vez, helada. Abría y cerraba los ojos, vidriosos, como si estuviera borracha. A veces murmuraba y decía cosas inconexas. Se le habían empezado a hinchar los tobillos y le habían aparecido moratones en las partes del cuerpo donde el escritor la había golpeado. El rostro de Gabi iba y venía en su inconsciente. Era agradable sentirla, que la mirara a los ojos, que le sonriera y que le dijera: «Eres una gran chica, tienes muchas cosas que ofrecer, tu cabecita es un prodigio de la naturaleza». Laura no podía hablar, se le había bloqueado la garganta. Si pudiera, le contaría a Gabi lo que le estaba ocurriendo. Seguro que ella podría ayudarla a salir del sótano, a escapar del escritor. Las señales de alarma que parpadeaban en su cerebro, la trastornaban. El cansancio la hacía sentirse derrotada.

Aterrada pensó que derrota significaba aniquilación.

Intentó agotar su cuerpo corriendo sin control, con la esperanza de que le ocurriera lo mismo a su mente. Pero no lo consiguió. Houda sabía que no debía incrementar el ritmo moderado que acostumbraba a llevar cuando corría, hacerlo podía ser un riesgo para su sistema cardiovascular. Sólo pensaba en Houriya.

La última versión oficial de la policía, que Bilal le había contado extraoficialmente, era la siguiente: Hamza dispuso darse un baño después de que Houriya y los niños salieran para el colegio. En el intervalo de tiempo en el que Houriya solía llevar a los niños y regresar, media hora, el asesino debió de entrar en el piso. No forzó la puerta, por lo que debía ser alguien del círculo de la familia. Alguien que debía de haberse agenciado las llaves del piso con facilidad o que las tuviera por un favor personal a la familia, por si surgía alguna emergencia. En última instancia, podría deberse a un profesional, que tuviera conocimientos necesarios como para realizar la hazaña de allanar la vivienda sin dejar rastro.

Houda pensaba que ese tiempo, la media hora, se debía reducir a la mitad si se tenía en cuenta que Aaminah entró en el piso diez o quince minutos después de que Houriya y los niños se dirigieran hacia el colegio.

Costaba imaginárselo, entenderlo.

El asesino debía de conocer las rutinas de la familia. Esperaría escondido en la escalera hasta que madre y niños abandonaran el piso. Se adentró en él cuando supo que tenía vía libre. Y tuvo tiempo necesario para realizar su felonía.

¿Qué papel tenía Houriya en aquel suceso? ¿Por qué no había regresado a su hogar después de dejar a los niños en el colegio? ¿Dónde se había metido? ¿Tenían que lidiar con un criminal o con varios? ¿Habían secuestrado a su hermana? ¿Houriya había regresado a su casa justo después de que Aaminah saliera despavorida de ella? Y, si era así, ¿se había topado también ella con el cadáver de Hamza? ¿Hasta qué punto le había afectado la muerte de su marido, si había llegado a verlo en la bañera? ¿Se encontraba obnubilada por la pena? Hilando fino, ¿la violación que Houriya sufrió en Tánger podría estar relacionada con todo esto? Houriya, ¿se había ocultado en algún lugar o andaba desorientada por las calles de Huelva?

Demasiadas preguntas sin respuesta.

Notaba el sudor por la frente y la espalda, las axilas hacía rato que estaban mojadas. La deshidratación, la temperatura y la pérdida de sales minerales de su cuerpo aumentaban. Su fibroso cuerpo hacía rato que había gritado: «¡Basta ya!», pero Houda siguió corriendo.

Estaba enojada con Allāh por no haber cuidado de su hermana, de su familia. Y el único modo de aliviar su ira era seguir machacándose.

La desaparición de Laura Bayo y la muerte «accidental» del librero habían sido relegadas a un segundo plano.

«Santiago París, uno de los vecinos que entrevistaste, está sometido a investigación por distribución de pornografía infantil. Puede que también esté implicado en la producción, pero eso todavía no se ha podido constatar. Lo que sí está claro es que está metido en la mierda, en la red de pedófilos. Se encuentra bajo vigilancia policial encubierta. Están esperando los permisos judiciales para actuar y enchironarlos. El chivatazo me ha llegado a través de uno de los agentes que está dentro de la *Operación Zapatillas Rojas*, así que la información es canela en rama. Creen que casi todos los niños que aparecen en las grabaciones son de aquí, de la provincia de Huelva. Como ves, el vecino de Laura Bayo no es trigo limpio. Su profesión, redactor de contenidos para páginas web, puede que le haya ayudado en toda esta mierda. Se moverá como pez por el agua en la Red. Los propietarios del adosado donde vive Santiago París son alemanes. Me pasé por la inmobiliaria que lo alquila con la excusa de estar interesado en algún inmueble de la urbanización para invertir o alquilar. La encargada de la oficina no era muy espabilada, no me costó nada encarrilar la conversación hacia dónde me interesaba. Me explicó que a los alemanes no les gustaba alquilar su casa a veraneantes y que ellos no la usaban desde hacía años, que la tenían solo como inversión para su jubilación. Un inquilino como Santiago París era perfecto para sus intereses. O le caí muy bien a la joven o vio en mí a un comprador potencial. ¡Si hasta me contó su vida! Que había nacido en la casa de su abuela, porque cuando su madre se puso de parto fue todo tan rápido que no le dio tiempo ni a ir al hospital; que era una auténtica “rompiera”, de familia de los de “toda la vida” del Rompido; que cuando era pequeña podría haberme dicho el nombre de cada hombre, mujer y niño del municipio, pero que, ahora, en la mitad de las casas del pueblo vivía gente que no conocía...».

Su antiguo compañero la había llamado, emocionado, para darle la noticia. Consideraba que podía ser una buena pista a seguir. La joven no era una niña, no estaba dentro de los gustos del degenerado de Santiago París, pero... si este era un impresentable y vivía en la misma urbanización que la chica, no estaba mal investigarlo.

Lo dejó hablar.

Las palabras de Raúl daban vueltas en su cabeza. Houda estaba tumbada en el sofá, cuan larga era, con la cabeza apoyada en un cojín. Se frotó los ojos con la mano derecha, atendía al teléfono con desgana.

Estaba tan entusiasmado con el hallazgo, con poder arrojar algo de luz al caso de Laura Bayo, que tardó en darse cuenta de que el mutismo de Houda, al otro lado de la línea, no debía presagiar nada bueno. El tiempo que necesitó para contarle lo de Santiago París y el resto de su visita a El Rompido. La inspectora lo escuchaba sin entender la mitad de las palabras que oía, obnubilada por la situación en la que se encontraba su familia. Cuando su ex-compañero terminó de explicarse, Houda reunió fuerzas para rogar que la escuchara un momento, porque tenía que contarle algo importante. Las palabras salieron de su boca a empujones. Raúl la escuchó asombrado, sin poder creer que la joven y su familia estuvieran metidos en tal embrollo.

«Pero, ¿qué diablos me está contando: el cuñado asesinado y la hermana en paradero desconocido?», se dijo con el teléfono pegado a la oreja, dando zancadas por su piso de Islantilla y deseando colgar para darle un par de puñetazos a alguna de las paredes.

La última vez que bajó al sótano la había obligado a comer algo y a que bebiera una botella pequeña de agua. La joven hizo lo que se le pedía sin pronunciar palabra. Solo algunos sonidos guturales que el secuestrador interpretó como: sí o no.

Volvió a cantarle las cuarenta, igual que en sus anteriores visitas, pero se notaba que empezaba a aburrirle la situación, que solo la mantenía con vida porque esperaba algo de ella.

La booktuber llevaba unos días sin pronunciar una sola palabra, solo aquellos sonidos de animal moribundo que al escritor le resultaban irritantes. Se hallaba tumbada en el suelo, en posición fetal, su cabeza reposaba en un cojín y estaba tapada con una manta. Tenía los ojos cerrados, pero no dormía. Su respiración emitía un sonido regular y suave. El rostro se veía oscurecido, envejecido, por los moretones y la sangre reseca de una ceja partida.

Antes de dejarla sola de nuevo le dijo que era una chica afortunada, que iba a poder disfrutar de unas horas más de vida. También que el destino era muy veleta; que la vida estaba llena de símbolos; que se producían asombrosas coincidencias que cambiaban el devenir de la vida en un chasquido de dedos; que no podía dedicarle su tiempo, porque estaba en plena inspiración, en plena metamorfosis, que estaba escribiendo unos capítulos buenísimos y que su nueva novela iba a ser una joya literaria, profética.

—Noto que he evolucionado como escritor. Estoy en medio de un reto al que estoy respondiendo con arrojo, con inspiración nueva y clarividente. He desterrado todos los escrúpulos morales y los miedos más convencionales, me he convertido en otra persona. Laura, no sabes lo que he crecido, no sabes lo que representa estar ahora mismo en mi piel. Es una cuestión de absoluta certeza, ¿comprendes?, de conocer mis posibilidades. Me he convertido en algo sólido, antiguo. Era algo que tenía dentro desde siempre, que solo tenía que dejarlo salir.

Cada palabra que pronunciaba el hombre, eran cuchilladas que Laura recibía en su estómago, que la dejaban sin aliento. Su mente enloquecía en un frenesí oscuro que la arrastraba al sonambulismo para escapar de su terrible situación. Se estremecía de pies a cabeza, le castañeteaban los dientes. Se sentía como si fuera un cadáver hecho de harapos.

—He decidido mantenerte un tiempo más con vida. Quiero que leas alguno de los nuevos capítulos, quiero ver el reconocimiento de mi nuevo yo como escritor en tu mirada. No esperes encontrar lo que ya me caracteriza, mi enorme facilidad de expresión, sino que encontrarás valor; valor para crear y para destruir. ¡Estoy utilizando formulaciones nuevas, densas, fusionadas y muy artísticas! Parto de algo manido, los recuerdos oscuros de la niñez de un hombre adulto, como si fueran los de una tarde lluviosa, con esa clase de luz. ¡Has visto que comparación tan magistral! El pasado del personaje es como un túnel, pero su presente va a estar iluminado. Estoy jugando con las luces y las sombras, pero desde una nueva perspectiva y con una escritura renovada. He de reconocer que lo que estoy escribiendo es un poco autobiográfico. No me importa confesártelo, porque esa información no va a salir de este sótano —bajó la mirada y clavó la vista en el suelo—. Siempre he creído que mi padre mató a mi madre. Dijeron que ella había muerto al tropezar y caerse por las escaleras. Era un hombre violento. A mí, entre otras cosas, me propinaba unas palizas tremendas. Cuando llegaba a casa bebido, después de la muerte de mi madre, me buscaba por toda la casa para «desahogarse». Le gustaba que le hiciera una mamada antes de echarse a dormir. Yo buscaba lugares para esconderme, pero casi siempre me encontraba. Y, cuando lo

hacia... primero, paliza y, después, todo lo demás.

Acabé acostumbrándome, ¡tampoco era para tanto! Él me quería, con el tiempo he llegado a comprenderlo. Acepté su forma de ser y acabé sintiéndome cómodo a su lado. —Bebió un trago de la botella de agua que se había bajado para él. La última vez que estuvo allí había hablado tanto que acabó con la boca seca y los labios agrietados. Le tembló un poco la mano y unas gotas le salpicaron la camisa azul claro de manga corta que llevaba puesta.

Laura Bayo intentó recordar a su padre, su apacible imagen se elevó ante ella como el día más soleado y azul de todos los que había vivido en El Rompido. Durante unos segundos sintió que transcendía de su afligido cuerpo, que su raciocinio se separaba de la carne, del cuerpo, para encontrarse con el alma de su progenitor,

—Dejó de pegarme y tuvimos años muy buenos —sonrió de forma untuosa, seductora—. Murió una semana después de que yo cumpliera quince años. Tuvo un accidente de tráfico. El alcohol le pasó factura haciendo que perdiera el control del coche y se estrellara contra un camión que venía en sentido contrario. Era un tipo ahorrador, me dejó muy bien cubierto. Ya ves, hasta eso tenemos en común, ambos somos hijos únicos y ambos nos quedamos huérfanos a edad temprana debido a un accidente de tráfico. Tengo que reconocer que me quedé un poco vacío tras su muerte, apreciaba a mi viejo.

Comprendió que no podría seguir escuchándolo durante mucho tiempo, que cada inflexión de su voz, gesto, gruñido, sonrisa o carcajada eran más dolorosas o crueles que los golpes que le había propinado hasta ese momento. Volvió a utilizar la técnica de la abstracción. Esta vez se concentró en la única de las aventuras que había llegado a vivir. La noche que pasó en «la otra banda», sola. Había cruzado en una barcaza a la flecha de El Rompido, en hora punta, junto a una veintena de turistas. Al poner un pie en la arena, se alejó con premura y lo máximo posible del gentío. Se ocultó entre las dunas y no salió de su escondite hasta que no anocheció. Se dispuso a pasar la noche en la playa. Fue una experiencia en la que sintió miedo y alegría a la vez, que la acercó al misticismo de la madre naturaleza. El cielo se veía inmenso sobre su cabeza, salpicado de estrellas. Estrellas más o menos tenues, que se retorcían en una magnífica nebulosa. Había miles de luces. Mirara donde mirase, estrellas y planetas se conjugaban para ofrecerle todo su esplendor.

—En el fondo, ser hijos únicos tiene sus ventajas. Algunos amigos me han contado que sus relaciones fraternales son una mierda, una maraña de amor y odio, de mucha rivalidad y poca solidaridad. En fin, todo muy intenso y estresante. —Se dio cuenta de que se estaba yendo por los cerros de Úbeda e intentó reconducir el monólogo.

No estaba segura de cuántos días llevaba en aquel sótano. Tal vez una semana, tal vez cinco o tres días. Tampoco cuándo era de día o de noche. Imaginaba que aquel hombre iba a visitarla, a castigarla o a alimentarla por la mañana o por la tarde-noche, pero no podía estar segura. Era como estar en una realidad distinta a la vivida hasta el momento en que fue secuestrada. Otro mundo y otro tiempo. El tiempo se había detenido o se movía con extrema lentitud, y el espacio se había reducido. Todo se había limitado a: frío, hambre, sed, dolor, tormento y palabras. Demasiadas palabras.

—¡Estoy pletórico! Hasta ahora solo creaba, ahora destruyo. ¿No lo entiendes? No te preocupes, lo entenderás todo cuando leas lo que te voy a traer. Me siento renovado, mentalmente glorificado, conectado con la masa de escritores que han perpetuado su nombre a lo largo de la historia gracias a alguna de sus obras. Me siento preparado para enfrentarme a una experiencia única, inédita. El proyecto se me ha presentado como el gran principio conectivo en virtud del cual me llegará la fama. Nunca, como en este momento, me he sentido más preparado para ponerme

delante del ordenador. Las teclas me llaman, el sonido al teclear me hace muy feliz. Me cosquillean los dedos y eso no puede ser más que presagio de inspiración. Decenas de criaturas empiezan a tomar forma en mi imaginación. Pero no creas que he cambiado de opinión con respecto a ti, en ese aspecto no hay vuelta atrás. Tú y yo hemos llegado demasiado lejos, no puedo cambiar de parecer. Estoy reduciendo las posibles formas con las que acabar con tu vida.

Su torturador se había autoprogramado dios y juez de su cuerpo y de su alma. Una auténtica fuerza demoníaca que quería moldearla a su antojo y semejanza antes de destruirla. Puede que estuviera obteniendo resultados. Laura sentía que un nuevo yo crecía en su interior. Un yo más encogido, un yo que prefería esconderse en las sombras, un yo aplastado por el peso de las palabras.

—Por otro lado, nadie te va a echar de menos.

«Sí, Gabi sí», pensó en un atisbo de lucidez.

Gabi se le aparecía en sueños. La había llegado a ver, a sentir a su lado, con toda claridad. El cabello rojizo, la piel pálida con pecas, y las palabras que le susurraba. Palabras que no golpeaban, que no herían, sino que acunaban y adormecían. Nunca pensó que la echaría tanto de menos, que desearía tanto verla e, incluso, tocarla. Las visitas de Gabi no alejaban el frío y la humedad, pero la hacían sentirse menos sola. Tampoco iluminaban el agujero negro, la oscuridad que le gruñía por dentro, que amenazaba con tragarse su yo auténtico, pero sí ayudaban a creer que Gabi la echaba de menos.

Cuando el reloj sonó a las siete y media no se levantó como si tuviera un resorte dentro del cuerpo. Notaba el cuerpo pesado y torpe por la falta de sueño, también le dolían los lumbares y los músculos de las piernas por el tremendo esfuerzo físico que había realizado el día anterior. Con movimientos cansados se metió en la ducha y deseó no tener que salir de debajo del chorro de agua caliente. No sabía cómo iba a ser capaz de enfrentarse a un nuevo día y, mucho menos, a sus padres y sobrinos, pero al final tuvo el valor suficiente para cerrar el grifo, salir de la ducha y secarse con una toalla.

Las fuerzas no le duraron demasiado. Se derrumbó sobre la cama deshecha y se abrazó a la almohada. Entonces llegaron las lágrimas. Lloraba por Hamza, por el mal trago que tuvo que pasar Aaminah al encontrarlo asesinado en la bañera, por desconocer el paradero de su hermana Houriya, por las constantes preguntas que hacían sus sobrinos sobre sus padres, por el trauma que Hanae, su otra hermana, estaba volviendo a sufrir por todo aquello. No había pasado tanto tiempo desde que la pequeña se vio involucrada, accidentalmente, en el caso del «Degollado del Holea». Los sollozos se fueron extinguiendo poco a poco.

Houda tomó aire, temblando, y se sonó la nariz con un pico de la sábana.

«De todas formas tengo que cambiarlas», pensó.

Se recompuso y se encaminó a la cocina. Abrió el grifo del fregadero y se echó un poco de agua en la cara. Se secó con un trapo limpio y encendió el hervidor del agua para prepararse un té. Lo necesitaba.

«No tengo tiempo para lloros, aunque me ha venido bien desahogarme», se dijo.

—Si que has madrugado. ¿Sabe Mateo Montes de tu visita al Instituto Forense? —dijo Foresti, recibéndola en la puerta. Llevaba puesto el traje quirúrgico verde, salpicado con varias manchas de sangre.

Eran las ocho en punto de la mañana y Houda acababa de entrar en los dominios del forense David Foresti. Un olor dulzón y desagradable la recibió en la sala de autopsias. Las baldosas del suelo eran blancas. El techo era alto y las paredes, sin ventanas, estaban cubiertas de azulejos también blancos. En un lado había una hilera de puertas metálicas y en el centro dos mesas de acero inoxidable. Una de ellas vacía.

No llegaba con ganas de justificarse ante Foresti ni ante nadie.

Su cuñado había sido asesinado, su hermana había abandonado a sus hijos y había huido a Marruecos. Al menos eso creían sus padres y ella misma. Una orden judicial a su nombre, de búsqueda y captura, debía estar gestándose en algún juzgado de la provincia de Huelva por ser la principal sospechosa del crimen. Sospechosa o cómplice. Houda rezaba para que no fuera ninguna de las dos cosas. El tiempo corría veloz, Houda estaba convencida de que su hermana no podría esconderse durante mucho tiempo, ya fuera en España, Portugal, Marruecos o donde quisiera que se hubiera metido. Sería cuestión de horas que la encontraran y la hicieran pasar por el calvario de los interrogatorios, el encarcelamiento y demás trámites protocolarios.

Detrás del forense se podía adivinar un cuerpo tendido sobre una de las mesas metálicas alargadas.

—No eres bienvenida, pero a ti eso te da igual. Te importa un comino si me metes en un lío, solo estás pensando en tu familia —dijo Foresti, golpeándola en el pecho con un dedo enfundado en un guante de plástico.

Houda se limitó a mirarlo a los ojos, seguía sin poder articular palabra. Era como si estuviera al otro lado del cristal de un acuario, mirando al resto del mundo a través del vidrio, esperando que este se hiciera añicos y que la engullera una oleada de sentimientos caóticos y angustiosos.

—Fíjate si soy estúpido, que puedo llegar a entenderte. Mi padre era italiano. Sus orígenes, su familia, eran una cruz. Traspasaban la línea prohibida día sí y día también. Negocios turbios. En unas vacaciones por España conoció a mi madre y se desligó de la mafia familiar, pero siempre estuvo «ahí» cuando lo necesitaron. Ya fuera para esconder durante un tiempo a algún tío o primo, o para otros «asuntos». Desde Italia intentaron comprometerlo lo menos posible, «porque era familia», y desde aquí se intentó hacer todo lo que se pudo «por la familia». Ante las quejas de mi santa madre, él siempre decía: «La familia es la familia», al más puro estilo Capone. El viejo falleció hace dos años. Por respeto a su memoria te voy a dar cinco minutos. Después, te largas y no vuelves a aparecer por aquí hasta que no dejes de ser persona non grata.

—¿Qué has encontrado? —Houda no quiso perder ni un segundo de esos cinco minutos.

El forense quitó la tela que cubría el cuerpo moreno de Hamza.

—Muerte por ahogamiento, aunque eso ya lo sabíamos—masculló—. Alguien le presionó la cabeza y los hombros antes de su muerte. —Señaló las suaves marcas azuladas que se podían apreciar en las clavículas del cadáver—. Mira. La piel muestra huellas dactilares y marcas de uñas. No es difícil obligar a una persona a mantenerse bajo el agua, hasta que deje de respirar, si se presiona desde arriba.

—El que lo hizo... tuvo que aplicar mucha fuerza, ¿no? —dijo Houda mientras estudiaba de cerca las marcas sobre el cuerpo de su cuñado—. Hamza estaba en forma, no era un hombre débil.

—Si con eso quieres decir que pudo no ser tu hermana... te equivocas. Depende de cómo de relajado o sorprendido estuviera en ese momento. Hemos encontrado Trankimazin en su cuerpo. Houda se giró.

—¿Cómo?

—No es que hayamos encontrado una cantidad enorme de este ansiolítico en el cuerpo, pero sí la suficiente como para que el hombre pudiera estar algo sedado o somnoliento en el momento del ahogamiento. ¿Sabes si tomaba este medicamento y desde cuándo lo hacía?

Houda negó con la cabeza. Ni Hamza ni su hermana habían mencionado nunca que estuviese tomando el fármaco. La inspectora sabía que dicho medicamento estaba indicado en el tratamiento de estados de ansiedad, síntomas de depresión o trastornos graves que limitasen la actividad de cualquiera que estuviera sometido a situaciones de estrés extremas. Raúl Damacio, su ex-compañero, tuvo que tomarlas unos cuantos años, tras el diagnóstico, tratamiento y muerte por leucemia de su mujer.

—Pues, una de dos: las tomaba, y el asesino estaba al tanto de este hecho, o se las pusieron en el desayuno. Por cierto, un desayuno copioso, los marroquíes os cuidáis bien.

—¿Insinúas que pudieron drogarlo?

Foresti dejó mostrar su fastidio, por lo que implicaba la presencia de Houda en sus dominios, con un largo suspiro. Aquella mañana estaba muy susceptible.

—Mi trabajo consiste en encontrar pruebas tangibles, las «hipótesis» —marcó las comillas en el aire con un gesto— te las dejo a ti.

—¿Sabes si han encontrado huellas que no pertenezcan a algún miembro de la familia?

—Solo faltan por identificar dos huellas dactilares, todas las demás están debidamente registradas. Por esa parte puedes estar tranquila, las tuyas no se encuentran entre ellas, no debías de visitar mucho a tu hermana —intentó bromear.

«El asesino debía llevar guantes», pensó.

—¿Cuánto tiempo tardó en morir?

Si Foresti sintió curiosidad por la pregunta de la inspectora, no la dejó entrever.

—No mucho —respondió el forense tras una pausa—. Hasta que tuvo la suficiente agua en los pulmones.

Houda empezó a pensar a toda velocidad. ¿Hamza solía ducharse o darse un baño? Se lo preguntaría a los niños, ellos tendrían que saberlo. Le parecía extraño que un adulto tuviera esa costumbre, podía entender que alguna que otra vez se diera ese capricho, pero ¿a diario? Le entristecía comprobar lo poco que conocía los hábitos de los miembros de su familia. ¿Cuándo había dejado de escucharlos, de preocuparse de sus problemas, de mostrar interés por sus vidas? Estaba tan concentrada en su trabajo, en hacerse respetar por sus compañeros, en resolver más y más casos, que su familia había pasado a un segundo o tercer plano en sus intereses.

¿Cuánto tardaba en llenarse una bañera? No tenía ni idea, dejó de bañarse antes de entrar en la adolescencia. ¿Cinco, diez minutos? Houda dio por sentado que el asesino debió de acceder al piso, si no se encontraba ya allí cuando su cuñado entró en el baño, unos minutos antes de que Hamza se metiera en la bañera. Si estaba pendiente de cómo se llenaba, con toda probabilidad no escucharía el ruido de alguien abriendo la puerta ni los pasos de su asesino. El ruido del chorro de agua los amortiguaría. Debió de percatarse del intruso demasiado tarde. Todo estaba bien planificado, un asesino eficaz.

—No podrías concretar algo más —pidió Houda.

—Puffff —resopló Foresti molesto. Lo pensó durante unos segundos—. Cinco o seis minutos. Es lo máximo que puedo precisar.

El asesino había entrado con la intención de cometer un crimen, encontró a Hamza en la bañera y lo había ahogado, reflexionó la inspectora. No tenía sentido de otra manera. Por su experiencia, conocía formas más sencillas de acabar con una persona: una cuchillada certera, un disparo en la cabeza o en el pecho con una pistola con silenciador, etcétera.

—Quien lo haya hecho es demasiado eficaz y aséptico. Parece que todo estuviera muy bien planeado. ¿Cómo es posible que el asesino no haya dejado resto alguno en el escenario del crimen?

Hubo un silencio tenso.

—Inspectora, contestar a esa pregunta y a todas las que rondan esa bonita cabeza es asunto tuyo, parte de tu trabajo. Si no te importa... —estiró el brazo y señaló hacia la puerta—. Tengo a otros usuarios que atender.

—Alguien dijo una vez que: «todos los escritores contemporáneos se dividen entre amigos o enemigos». Es otra de las razones por la que utilizo un seudónimo. Me atrae la amistad con otros escritores, pero sé que muchos de ellos envidian mi éxito, así que, mejor me quedo como estoy hasta que llegue mi momento.

Le había desatado los pies a Laura para que pudiera hacer sus necesidades en un cubo enorme situado en el rincón más alejado de la escalera. No pensaba acercarse a él bajo ningunas circunstancias, no pensaba vaciarlo y, mucho menos, limpiarlo. Una vez que matara a Laura, e hiciera desaparecer su cuerpo, compraría un saco de arena y se lo echaría por encima. Pasado un tiempo se desharía de él. Le costaba un mundo bajar al sótano, el olor se estaba volviendo insoportable, solo le motivaba el adoctrinamiento de la pirada. Quería que la chica dejara este mundo conociéndolo mejor, había estado recluida muchos años y no tenía ni puta idea de cómo eran las cosas fuera de su aséptico y frío adosado.

Laura consiguió ponerse de rodillas, colocó un pie delante del otro para poder levantarse, un dolor indescriptible le recorrió el cuerpo. Había estado demasiadas horas atada y manteniendo la misma postura. Perdió el equilibrio, pero no llegó a caer al suelo.

—Por otro lado, me cargan los que van de cultuquetas, creo que ya te lo he dicho alguna vez. Esos que exigen «condensación y refinamiento» en las obras literarias. Prefiero mil veces divertirme con la escritura que encorsetarla. Me gusta experimentar, romper las reglas del juego. Disfruto poniendo a prueba la conciencia humana de mis personajes. Me divierto con las situaciones por las que los hago pasar y, también, abrumándolos con sus recuerdos, rodeándolos de fantasías surrealistas, haciéndoles padecer temores y dolores espantosos, derritiendo sus mentes con las perversidades más atroces, llevándolos al límite con las palabras, fundiéndolos entre sí en una sola unidad de conciencia, la mía. Todos mis personajes son una parte de mí, mis alter egos. Sonrió encantado de su oratoria. Se dio una palmadita en el costado izquierdo del pecho.

—¿Verdad que se puede apreciar mi pasión por la literatura? Amo la escritura por encima de todas las cosas, es mi razón de ser. Cada vez que me enfrento a un nuevo proyecto, no pienso en el arduo trabajo que me queda por delante, sino en que algo grande y maravilloso saldrá de él. Algo creado por mí, vinculado a mi esencia, urdido en mi mente y tecleado por las extremidades de mi cuerpo. A veces flaquearé, me tiraré del pelo, reiré a carcajadas o lloraré como un niño al que han arrebatado su chupete, pero nunca abandonaré mi obra porque el presentimiento del ser y de la excelencia estará en ella. Solo es cuestión de tener paciencia. La obra se anunciará a sí misma, y emergerá a su debido tiempo, si el trabajo y el esfuerzo son los adecuados. El camino no se hace pesado si se afronta con alegría, con pasión. Y, a mí, me sobra pasión.

Laura había vuelto a su rincón y él se apresuró a quitarle la mordaza, le había traído un par de manzanas y una botella de agua.

Laura devoró la fruta y bebió con fluidez.

—No creas que te odio, es solo pena lo que siento por ti. Eres estúpida y estás pirada. Esos rasgos de tu personalidad son los verdaderos culpables de tu muerte. Te creías una leyenda, la booktuber más importante del mundo, y, fíjate, en unos meses se habrán olvidado de que una vez existió una tarada llamada Laura Bayo. Ironías de la vida, tus críticas volaban y se difundían a la velocidad del viento por internet, pero tu desaparición y muerte pasará sin pena ni gloria por las

redes sociales. Entre otras cosas, porque todo el mundo cree que te has cansado de la insulsa vida que llevabas y que te has largado a recorrer mundo. ¡Si hasta dejaste una nota insinuándolo! La nota que yo escribí y que se han tragado como tuya. Y, para rematar la jugada, no paran de surgir noticias, en España y en el resto del mundo, más importantes que la tu patética desaparición. Resulta patético que apenas haya aparecido tu nombre en los medios de comunicación. Alguna bloguera despistada y un par de periodistas locales, son los únicos que se han interesado por ti. En serio, he rastreado en la red y es lo único que he visto. El mundo sigue su curso, sin una pirada menos de la que preocuparse.

Seguía con el nudo en la garganta. La locura estaba a punto de engullirla. Sabía que aquel hombre acabaría matándola, lo que no entendía era por qué tardaba en hacerlo. El odio que desprendía su raptor la arrollaba como un alud. Lo peor era cuando sonreía, prefería que se cabreara a que sonriera. No entendía sus sonrisas. Lo más fácil sería sucumbir a las sombras, que su consciencia se perdieran en la negrura. Fuera de aquellas cuatro paredes la vida se sucedía para el resto de los mortales, con sus penas y sus alegrías, con los vehículos que circulaban de acá para allá, con la gente que seguía amándose y discutiendo sin parar, pero en el sótano... ella se iba consumiendo poco a poco. Sin darse cuenta, empezó a llorar. Fue algo que brotó de repente, que no había hecho desde que le dieron la noticia de la muerte de sus padres. No sollozaba, no agitaba los hombros, no emitía ningún sonido, eran solo lágrimas. Notó que el nudo que le bloqueaba la garganta crecía y se alargaba, que bajaba por su tráquea y se ensanchaba en su pecho.

—En cuanto a mí, no me arrepiento de nada, ni llegaré a arrepentirme en el futuro. He hecho lo que tenía que hacer, no me has dejado otra opción. No soy un malvado de manual de novela negra, todo lo que estoy haciendo lo hago por amor. Amor a la literatura. ¿Puedes entender algo tan sencillo? El amor verdadero hacia los libros es lo único que me domina, nada más. Si tú también los amaras, como has ido pregonando en tus mierdas de grabaciones, podrías entenderme. Pero eres una mentirosa, tú no los amas, es imposible que alguien como tú pueda hacerlo. Eres un témpano de hielo que carece de sentimiento alguno. Sabes, tengo aquí —dijo golpeándose con un dedo la cabeza— una vocecita que me asegura que estoy haciendo lo correcto. Es una voz primigenia y sabia, muy buena consejera, no creas que es locura.

Laura había vuelto a una postura hierática. El escritor dejó de hablar un momento y la contempló con atención. Ojos cerrados, boca entreabierta, piel pálida, cabello sucio y pegajoso.

—Mírate, pareces un pajarito roto, escuálido y con las alas pegadas al suelo.

Los latidos del corazón le retumbaban en el pecho. Sufrió un «colapso». Laura era como un refresco de cola agitado antes de abrir. Acabó desbordándose, dejando de responder o atender a cualquier estímulo externo; psíquicamente burbujeante, distante, entumecida y paralizada a todo lo que viniera de fuera de ella misma. Empezó a sufrir una sucesión de alucinaciones en las que se mezclaban recuerdos infantiles, flashbacks de imágenes figuradas de libros leídos y pesadillas vividas a lo largo de su vida. Se encontraba tan lejos del sótano y del escritor que dejó de escuchar sus palabras.

—Todos tenemos miedo a la muerte, ¿verdad?, hasta los pajaritos. Me pregunto cuánto le tendrás tú,avecilla esmirriada. Yo no le tengo miedo a la muerte, me produce más terror el dolor, la enfermedad, las heridas, que me priven de libertad... Las heridas, sí. Imagínate una herida abierta, supurante, que duele y escuece a la vez. Que no puedes evitar rascar, a pesar de ser consciente de que, si no dejas de hacerlo, la herida nunca terminará de curar. Podría matarte infligiéndote una herida, dejando que se infectara y que te fuera consumiendo. ¿Qué te parece la idea, pajarillo?

El hombre expulsó aire lentamente por la nariz. Le pareció una buena idea. Un absoluto vacío lo invadió por dentro.

Bilal llamó a Houda después del almuerzo.

—¿Qué tal estás?

—Tirando —fue la escueta respuesta de Houda—. ¿Has cambiado de móvil? No he reconocido tu número.

—No, es un teléfono nuevo, de prepago.

—¿Y eso?

El agente quiso ir al grano, así que pasó por alto el requerimiento.

—Te llamo porque tengo dos noticias sobre el asunto de tu cuñado, una buena y otra mala.

—¿Han descubierto algo? —preguntó ansiosa.

Respira, pensó, respira y tranquilízate.

—Han llamado del laboratorio.

—¿Y? —le apremió.

Bilal solía enrollarse mucho al explicar cualquier cosa, le costaba ir al grano. Era una de las diferencias que Houda encontraba cuando lo comparaba con su ex-compañero Raúl Damacio.

—Han encontrado el ADN de alguien que no es de vuestra familia en una toalla del cuarto de baño.

—¿Estás seguro?

—Sí. En un noventa y nueve coma ochenta y tres por ciento.

En el mundo de la medicina forense no había nada que fuera seguro al cien por cien, siempre faltaban decimales, pero un noventa y nueve por ciento no estaba nada mal.

—La mala noticia es que no está en el registro.

—¡Mierda! —exclamó, frustrada, Houda.

—Una pena —dijo Bilal.

Houda caminaba a zancadas por el Paseo de la Ría de Huelva en dirección al Muelle del Tinto. Había aparcado el coche cerca del monumento a Colón, en la Punta del Sebo.

—La muestra de ADN debe pertenecer al que ahogó a Hamza. ¿Se ha elaborado el perfil del asesino?

—Hombre o mujer controlador, que tenía planeado el asesinato. Físicamente, al contener el cuerpo una importante dosis de Trankimazin... quien lo hiciera no tenía porqué ser un forzudo. El atacante tuvo tiempo suficiente para drogarlo y para esperar a que la droga surtiera efecto. ¡Ah!, otra cosa, el inspector jefe ha recibido el permiso judicial para que se rastreen todas las llamadas de los móviles de tu familia, también el tuyo. En la reunión matinal ha ordenado a Víctor Aranda que se ponga con ello. En estos momentos debe de estar contactando con la compañía telefónica, si no lo ha hecho ya.

Houda se hundió un poco más en el fangal en que, hacía cuarenta y seis horas, se había convertido su mundo. Se sintió desnuda y violentada.

—¿Puedo seguir contando con tu ayuda? —preguntó a Bilal.

Bilal tardó en contestar.

—No lo sé —dijo tras el silencio—. Esta es la última llamada que voy a hacerte durante un tiempo, todavía no os han pinchado los teléfonos, pero...

—Entiendo.

—De todas formas, sé dónde encontrarte. Ve con cuidado, ¿vale?

—Lo haré.

Bilal colgó y Houda aceleró el paso. Su postura corporal era la adecuada para empezar a correr: espalda erguida y cierta presión en los abdominales; mirada hacia adelante, pero sin atender al camino y sus irregularidades; los codos algo flexionados y los brazos en paralelo al cuerpo; las muñecas rectas y las manos relajadas, aunque de vez en cuando apretaba los puños. El comienzo fue bueno, pero como su cabeza era un torbellino de pensamientos, a cuál más oscuro, empezó a cometer errores de principiante: elevaba demasiado las rodillas para conseguir un mayor impulso y una mayor potencia. Sus pies empezaron a aterrizar por delante del cuerpo. Volvía a ser una inconsciente, a machacarse para no tener que pensar. Cuando acabara de correr tendría que acercarse a casa de sus padres y, solo de imaginar sus ojos, negrísimo y duros, clavándosele en sus pupilas como puntas de ónice, se encogía. Exigirían respuestas a la hija policía, y no entenderían que esta no se las pudiera dar.

Desde que no sabía nada de su hija, el dolor se había adueñado de Aaminah. Nunca antes había experimentado una tristeza tan profunda. Cada paso dolía, cada movimiento le exigía un esfuerzo enorme. Llevaba horas observando la vida a través de un filtro que no le dejaba ver otro color que no fuera el gris. Las lágrimas no aliviaban el dolor. Hassan también estaba destrozado, pero aguantaba el tipo por su mujer e intentaba, con abrazos y palabras de esperanza susurradas al oído, que cesara de llorar, que descansara siquiera un instante y que ingiriera algo de alimento. Si perdía a su hija, ¡Allāh no lo permitiera!, no quería que su mujer también se desvaneciera ante sus narices sin que él no pudiera hacer absolutamente nada. ¡Era tan fácil caer en la desesperación! Él lo sabía muy bien, pues una de sus hermanas se había suicidado colgándose en su propia casa, aprovechando unos míseros minutos en los que se vio sola.

«¿Hasta cuánto puedo soportar?», se preguntó Aaminah aturdida.

En la espera el tiempo se devora a sí mismo. Dentro de cada día, de cada minuto, de cada segundo, se abren profundas simas. Para la mujer el tiempo era su mayor enemigo, pues parecía que su mente atormentada avanzaba por siglos de oscura desesperación en los que podía suceder cualquier cosa.

Gran parte de su pena, en realidad, era cólera. Estaba enfadada con Houriya porque no hubiera confiado en su familia y, la irritación, también iba dirigida hacia sus otras hijas. Hacia Houda, porque se había salido con la suya y se había hecho policía y, ahora, su maldito trabajo no servía para nada. ¿Cómo se atrevía a decirle que no la dejaban investigar el caso de Hamza? Tener que escuchar semejante estupidez la había hundido en la más completa miseria. Y, por otro lado, Hanae, que seguía en Londres en vez de correr a consolar a sus sobrinos y a ayudar a sus padres. Todas sus hijas eran unas desagradecidas, unas perdidas. Se sentía traicionada y a la vez culpable de que sus hijas fueran tan desconsideradas. No había sido una buena madre, no había sabido educarlas bien.

Se tiró del cabello que estaba hecho un revoltijo, encrespado y desordenado, colgándole sobre la frente y los ojos, y se arrancó unos cuantos.

Apenas había dormido un puñado de horas aquella noche. No podía dejar de pensar en Hamza, en cómo lo encontró. Sus ojos, que habían derramado gruesas lágrimas, eran como dos rendijas entre los párpados inflamados.

Se había encerrado en el cuarto de baño. Emitía gemidos casi imperceptibles, meciéndose de un lado a otro. Escuchó al menor de sus nietos llamarla. Se lavó la cara y se peinó un poco antes de abrir la puerta y acudir junto a su pequeño.

«Tengo que ser fuerte, por mis nietos —dudó un instante, resignada—, y por mis hijas», se dijo.

El policía jubilado, Raúl Damacio, y el joven inspector, Bilal Moughi, se conocieron aquella tarde en el clásico 1900 Company Bar. Un garito que llevaba treinta años apostando por la cultura más alternativa de Huelva. Un pub que cerraba sus puertas a la censura y a la intolerancia y que las abría al cine, la pintura, la fotografía, el teatro, la música o la literatura. Raúl había elegido aquel lugar para su encuentro con Bilal porque estaba alejado del bullicio de las calles del centro de Huelva, porque sus clientes eran selectos y tranquilos y porque tenían una amplia carta de cervezas. El viejo policía era un asiduo del pub y, también, un gran amigo del dueño, Antonio García.

Houda le había dado a Raúl el teléfono de Bilal para que pudiera concertar una cita con él. Le aseguró que el nuevo fichaje junto con Víctor, el especialista informático, y la inspectora Rocío Palma eran los únicos compañeros con los que podía contar dentro de la comisaría.

Se reconocieron con rapidez, las descripciones que Houda había hecho de ambos resultaron acertadas. Se presentaron y se estrecharon la mano con la intensidad justa, por lo que ambos se sintieron satisfechos y se relajó la tensión inicial de aquel encuentro.

El viejo policía fue al encuentro de su sustituto con cierto recelo, pero lo desechó en cuanto vio la disposición del chico en hacer todo lo que estuviera en su mano para ayudar a la familia Falú. Desde el principio le cayó bien, notó en sus palabras y actos lealtad hacia Houda.

Se sentaron en una de las mesas más alejada de la puerta, aunque fue una precaución innecesaria, pues el pub acababa de abrir y Raúl sabía a ciencia cierta que los asiduos no empezaban a llegar en una hora o dos. Los únicos que entraban, antes de la hora habitual de llegada de los parroquianos, eran algunos turistas despistado o algún pobre desgraciado que quisiera ahogar, lo antes posible, sus penas en alcohol.

—¿Cuál es la teoría sobre el asesinato de Hamza? —preguntó Raúl.

—Violencia de género. Hamza debía maltratar a su mujer y...

—Nadie del entorno piensa eso —le interrumpió Raúl, pues era lo que le había asegurado Houda.

—Ya, pero no sería la primera vez que la víctima lo ocultara por vergüenza, por alienación con el verdugo o por no querer infligir sufrimiento a sus familiares.

Raúl le dio la razón con un gesto de la cabeza.

—Houriya llevó a los niños al colegio, volvió a casa pronto y preparó el desayuno a su marido. Sin que él se percatara de ello, disolvió unos ansiolíticos en la comida, le preparó el baño y lo ahogó cuando lo tuvo adormilado e indefenso. Después, o se asustó por lo que había hecho y huyó como pollo sin cabeza o, lo tenía todo tan planificado, que ha podido volatilizarse sin dejar rastro.

—Nada de eso tiene sentido —dijo Raúl—. Primero, ¿cómo es posible que los familiares y amigos no se den cuenta de los supuestos problemas de la pareja? En segundo lugar, Houriya dedica semanas o meses a planificar un crimen pasional, cuando lo más efectivo hubiera sido pedirle ayuda a su hermana, que es policía y que podría rescatarla de toda esa mierda con un chasquido de dedos. Y, por último, no me entra en la cabeza que abandone a sus hijos, a los que ha dedicado los últimos doce años de su vida, con tanta frialdad.

Bilal asintió.

—Te doy la razón, pero solo en lo último. Los niños han declarado que no hubo nada fuera de lo normal en la despedida en la puerta del colegio. A excepción de la regañina de la madre al mayor,

por un empujón que le dio al más pequeño al cruzarse este en su camino. Pero, estarás conmigo, en que algo más debió ocurrir aquella mañana, o en días anteriores, porque si no... Es más, algo debía de cocerse en esa casa desde hacía tiempo, algo que solo la pareja sabía, y que ha concluido con un asesinato y una desaparición. Y, Houriya, mientras no aparezca su cadáver, es la única que nos lo podría explicar.

—En el caso de que Houriya sea la asesina —puntualizó el policía veterano.

—Todos los indicios llevan a esa hipótesis.

—Eso habrá que verlo —dijo, tozudo, Raúl—. ¿Han sacado algo de los teléfonos de los padres de Houda, de la hermana pequeña o del mismo finado?

—Nada fuera de lo normal. Todas son llamadas entre ellos o a familiares y amigos —Bilal consultó unos papeles antes de continuar—. En cuanto al padre de la chica y al muerto muchas llamadas a proveedores y clientes, relacionadas con sus respectivos negocios. Lo único que nos podría interesar, aunque sería agarrarse a un clavo ardiendo, serían las realizadas por el matrimonio a un primo del muerto. A un tal Miyaz Mukhtar.

—¿Ambos contactaron con él? —preguntó Raúl interesado.

—Sí. En el caso de Hamza las llamadas son cortas y recíprocas, pero en el caso de Houriya son mucho más largas y es el primo quien las hace. La hermana de Houda solo lo llamó una vez. — Bilal tenía los ojos enrojecidos, se había pasado muchas horas delante del ordenador, leyendo letras muy pequeñas.

—¿Tienen relevancia los días y las horas de esas llamadas?

Bilal miró las listas.

—Las últimas semanas, antes de que se cometiera el asesinato, fueron más frecuentes de lo normal. Si nos remontamos a meses atrás, solo hay llamadas esporádicas entre los primos. A partir del veintisiete de febrero empezaron a ser más frecuentes entre los hombres. Y, en esas fechas, empezaron también las de Miyaz a Houriya.

—¿Se está investigando a ese tal Miyaz?

—Claro.

—¿Y? —le apremió Raúl.

—Viene y va entre Marruecos y España, por negocios...

—¿Que tipo de negocios? —le interrumpió.

—Es comercial de una empresa de fertilizantes. Marruecos cuenta con una rica producción agrícola y la empresa DFGRUPO lo contrató hace cinco años. Nos han dado buenas referencias, al parecer es muy bueno en lo suyo.

—¿Cuando viaja a España, visita Huelva?

—Sí, pero no solo Huelva, viaja por toda Andalucía.

—¿Dónde se queda cuando viene a Huelva?

—En hoteles.

—¿Nunca en casa de su primo?

—No, nunca. Tanto Houda como su familia han coincidido en ese dato. ¿Por qué te interesa tanto el primo del muerto? Aparte de su relación familiar, no tienen nada más en común. Sus vidas y trabajos van por derroteros distintos. Hamza, casado, con dos hijos y trabaja en una tienda de informática; Miyaz, soltero y comercial de fertilizantes —concluyó Bilal.

Raúl no habló hasta pasados unos minutos. Dio un trago a su cerveza mientras Bilal hacía lo mismo con su refresco de té con limón.

—No podemos dejar a nadie al margen hasta que no estemos totalmente seguros de poder hacerlo.

—Tiene coartada.

A Raúl le empezó a exasperar que el chico soltara una frase importante y no continuase hablando.

—¿Se puede saber cuál es?

—Esa mañana tuvo una reunión en la empresa AGRICOLA CAMPO NUEVO SL para darles a conocer su catálogo de fertilizantes.

—¿A la misma hora en la que se cometió el asesinato?

—Un poco más tarde, pero...

—¿Cómo que un poco más tarde?

—Déjame acabar —contestó molesto Bilal—, Miyaz ha declarado que estuvo en su hotel hasta las nueve menos cuarto y que fue andando hasta las oficinas donde se iba a llevar a cabo la reunión. Las cámaras de vigilancia del hotel corroboran la hora en la que salió del hotel, las ocho y treinta y cinco. Miyaz ha asegurado en un segundo interrogatorio, que miró la hora en el móvil al acabar de afeitarse, pero no cuando salió del hotel. La diferencia de minutos debe considerarse dentro de una percepción temporal algo pobre. La reunión se celebró a las nueve y media. Fue andando y tardó en llegar unos cuarenta y cinco minutos.

—¿Se ha comprobado cuánto se tarda en recorrer la distancia desde su hotel hasta las oficinas?

—A paso ligero, unos veinticinco minutos.

—Entonces nos sobra una media hora, ¿no?

—No, si el sospechoso va dando un paseo y para un par de veces para fumar. Recuerda que los veinticinco minutos serían, solo, si se va a buen ritmo.

—¿A qué distancia está el hotel del piso de Houriya y Hamza?

—A unos quince minutos, pero no en intersecciones paralelas al camino que tiene que coger para ir a las oficinas donde realiza las reuniones. Imagínate la fachada del hotel, visualiza una media circunferencia desde este hasta las oficinas que la empresa AGRICOLA CAMPO NUEVO SL tiene en Huelva...

Raúl asintió con la cabeza, pero pensó que hubiera sido más instructivo que Bilal le hubiera pedido una hoja y un bolígrafo a Antonio García y le hubiera hecho un croquis de los lugares, horas, e idas y venidas del individuo en cuestión.

—... pues, justo en mitad de la circunferencia, se encuentra el piso de la hermana de Houda.

El recepcionista del hotel los envió al bar cuando se identificaron y preguntaron por el paradero de uno de sus clientes, Miyaz Mukhtar.

Todo el bar estaba hecho para que los clientes pudieran sentirse bien en él, despreocuparse e imaginar que estaban en un mundo donde lo único que debían pensar era qué tomar y qué picotear. Mucha madera, paredes blancas y luces amortiguadas. Sobre la barra, un puñado de cartas con pretensiones y precios elevados. Raúl sabía que era uno de los lugares más cotizados de la zona para ejecutivos y trabajadores de toda índole, que no perdonaban tomarse unos tragos después de finalizar la jornada laboral en un ambiente tan amigable y «chic». A aquellas horas no había casi nadie, el camarero y un par de clientes. Reconocieron a Miyaz en el más joven, pues el otro era un cincuentón calvo, trajeado y obeso. Estaba sentado en una de las mesas del rincón, enfrascado en la pantalla de un portátil y dando pequeños tragos a un vaso ancho con hielo y tres dedos de licor.

—Bueno, ¿cómo lo hacemos? —preguntó Bilal.

—Con tacto y delicadeza —respondió Raúl—. Suerte que no hay mucha clientela.

Se acercaron donde estaba el hombre. Se sentaron a ambos lados para evitar que saliera corriendo. Llevaba vaqueros azules y camisa blanca. Un fino jersey a rayas blancas y azules

reposaba en el espaldar de la silla en la que se sentó el ex-policía.

Ambos se identificaron, Raúl hizo el paripé de seguir en activo.

—¿Miyaz Mukhtar? —preguntó Raúl—. Soy el inspector Raúl Damacio y este es el inspector Bilal Moughi.

—Sí, yo soy Miyaz Mukhtar. ¿Qué desean? ¿Me van a interrogar otra vez?

—Esto no es un interrogatorio, solo una entrevista. Compréndalo tenemos que hacer todo lo posible para encontrar al asesino de su primo —dijo Bilal sacando unas de las fotografías que le habían hecho al muerto los de la científica.

—Está bien, ¿en qué más los puedo ayudar? —preguntó cogiendo el vaso, de lo que Raúl intuyó té con hielo, pues aquel líquido no olía a whisky.

Bebió un trago y soltó el vaso con un golpe,

—¿Sabe si su primo tenía enemigos, enemistades?

—No, no tengo ni idea. ¡No lo conocía tan bien! Ya se lo dije a los policías que me interrogaron la otra vez. —Se enderezó en el asiento, cerró el portátil y replicó—: De verdad, no entiendo porque quieren hablar de esto conmigo, una y otra vez.

—¿Suele visitar a su primo con asiduidad? —siguió preguntando Bilal, haciendo caso omiso de la rabieta del otro.

— No, no mucho. Voy y vengo a Huelva, pero por pocas horas. Si no es necesario, si lo puedo evitar, no pernocto en la ciudad. Siempre vengo por cuestiones de trabajo, no para hacer turismo o visitar parientes. Todo eso lo tienen registrado en mi anterior declaración, solo tienen que molestarse en leerla —dijo provocador.

—¿Cuándo lo visitó por última vez?

—No sé, hace meses.

—Intente recordar, nos sería de gran ayuda para nuestra investigación.

Se encogió de hombros.

—Hace meses —volvió a repetir.

—De acuerdo, una vez que acabemos de hablar le daré mi tarjeta por si acaba recordando fechas, le dejaremos algún tiempo para ver si se le refresca la memoria —dijo Bilal.

—No soy coleccionista de tarjetas de policías —dijo burlón—, ya tengo alguna que otra de vuestros compañeros.

—¿Teníais buena relación? —preguntó Raúl molesto por la chulería del otro. Pensó que le encantaría borrarle de un puñetazo en la cara el gesto tan arrogante con el que los miraba.

«Nunca hay que dejar que se convierta en algo personal. ¿Me habrán pasado factura los meses que llevo inactivo?», se preguntó.

—Normal. No nos veíamos mucho.

—Sí, eso ya nos lo has dicho —dijo con frialdad el policía jubilado—. Lo veo muy entero, parece que no le haya sorprendido mucho la muerte de su primo.

—¿Eso cree?, pues se equivoca, estoy consternado. No va a ser fácil comunicar esta noticia a mis padres. —Se remetió unos mechones de pelo detrás de la oreja derecha. Tenía el pelo ensortijado un poco largo, sin llegar a rozarle los hombros.

Raúl y Bilal cruzaron una mirada.

Miyaz Mukhtar seguía imperturbable, desdeñoso, como si aquello no fuera con él.

—La verdad, soy perro viejo y usted no me gusta. ¿Por qué? Pues porque no lo noto muy colaborador. «Hace meses, no me acuerdo...» —volvió a intervenir Raúl.

—No tengo por qué gustarle a todo el mundo —dijo con brusquedad.

Se produjo un silencio tenso.

—¿Notó algo raro en esas « esporádicas » visitas a su primo? —siguió preguntando Bilal.

—¿Raro? No.

—Lo entendemos si no está seguro. —Hizo una pausa teatral—, Usted parece un tipo listo, de esos a los que se les debe dar bien analizar a las personas, formarse una opinión sobre ellas. ¿Le dio la impresión de que su primo y su esposa no se llevaban bien?

Miyaz miró con fijeza a Bilal.

—No crea, no tengo buen ojo para esas cosas —sonrió con la malicia de un zorro—. No me fijaba mucho en su mujer. En mis « esporádicas » visitas a su casa, se limitaba a servirnos algún refrigerio y desaparecía de nuestra vista.

—¿No se quedaba a hablar con ustedes?

El hombre frunció el entrecejo, como si intentara recordar. Raúl pensó que Miyaz empezaba a comprender a dónde quería llegar su compañero con todas esas preguntas, pero se estaba haciendo el tonto.

—No, actuaba como una buena musulmana. Nos dejaba a los hombres hablar y ella se iba a la cocina o ¡vaya usted a saber!

A Raúl le brillaron los ojos, el zorro había detectado a su presa.

—¿Está seguro? —preguntó Raúl, para añadir a continuación—: Porque dudo mucho que una mujer como ella: con unos padres totalmente adaptados a la sociedad del país que los ha acogido, con una hermana policía y otra que vive su vida con total libertad en Londres, sea una musulmana tradicional. No es eso lo que tengo entendido.

—Bueno, ¿qué quiere que le diga?, esa es mi percepción.

—¿Sabe que Houriya Falú anda desaparecida desde el día en el que encontraron muerto a su marido?

—Sí, sus compañeros me lo hicieron saber —Le lanzó una mirada larga—. ¿Oigan, cuánto tiempo van a seguir interrogándome? Tengo una reunión dentro de tres cuartos de hora —dijo, algo tenso, mirando el reloj del móvil.

Tuvieron que dejar que se fuera, no podían retenerlo sin ninguna prueba concluyente, pero a ambos policías les dio la impresión de que estaba huyendo. Raúl estuvo tentado de cogerlo de un brazo y obligarlo a que volviera a sentarse, pero esa acción habría sido poco acertada, habría llamado la atención del camarero y del cliente con el que charlaba. Después de todo, no tenía nada que hacer, podía seguirlo durante todo el día. Se pegaría a él como una mosca a una mierda de caballo.

—Me da la sensación de que estamos rematadamente cerca —dijo Raúl cuando ya llevaban unos minutos solos—. Este tipo puede estar hasta el cuello en este asunto.

Bilal no lo tenía tan claro, pero no dijo nada. No quería que Raúl Damacio sintiera que lo estaba juzgando por racista o algo parecido. Consideró que lo más prudente sería callar y darle la razón.

—Parece que no es trigo limpio.

Se quedaron en el hall del hotel esperando a que Miyaz bajara de su habitación y se dirigiera a la cita de trabajo a la que tenía previsto asistir. Para hacer tiempo se pusieron a hablar con el recepcionista del hotel. Les informó del número de habitación del sospechoso.

Transcurrió más de media hora y Miyaz seguía sin dar señales de vida, los policías empezaron a ponerse nerviosos.

—¿Le hacemos una visita a su habitación? Si se siente acorralado... —Insinuó Bilal.

La sugerencia le pareció al policía una tontería nada más pronunciarla, pero a Raúl le pareció una idea fantástica.

—Sí, subamos. A ver cómo reacciona al volver a vernos. Me adelantaré unos minutos, tú espera aquí hasta que calcules que estoy delante de su puerta, no vaya a ser que mientras nosotros

subimos por el ascensor... el desgraciado nos de esquinazo por las escaleras.
—Perfecto, te doy cinco minutos de margen y subo.

Raúl y Miyaz estaban en el suelo. El marroquí se le había subido encima y le asestaba puñetazos en la cara. El ex-policía consiguió con gran esfuerzo, ignorando el dolor y los destellos que le inundaban la visión, zafarse de él y estamparlo violentamente contra la pared. Miyaz, recuperándose de inmediato, volvió a echársele encima. Raúl hubiera tenido todas las de perder si, justo en ese momento, no llega a entrar en la habitación del hotel el agente Bilal. Consiguió apartarlo del policía jubilado agarrándolo por el cuello y haciendo que rodara. Se sentó sobre él, escuchando las boqueadas que daba su presa intentando recobrar el aliento. Una vez inmovilizadas las manos, lo esposó. Miyaz tenía el labio partido. Escupió hacia la cara de Raúl, lo salpicó de sangre por lo cerca que estaban el uno del otro.

—Queda detenido, Miyaz —dijo Bilal—, por resistencia y agresión a la autoridad. No tiene obligación de declarar, pero puede perjudicar a su defensa todo aquello que se le olvide mencionar cuando sea interrogado. Todo lo que diga podrá ser utilizado como prueba. Tiene derecho a hacer una llamada y tiene derecho a un abogado de oficio.

Raúl se levantó con cierta dificultad del suelo. Seguía sin aliento, pero notaba como se le iba serenando la respiración. Pensó que tendría que poner a lavar toda la ropa que llevaba puesta en cuanto llegara a su casa, el sudor y las salpicaduras de sangre, tanto las del «moro de mierda» como las que le caían de su propia nariz, le habían estropeado la camisa y el pantalón. Le dieron ganas de patearle el culo, de liarse a hostias con aquel desgraciado, pero evaluó sus propias fuerzas y se dio por vencido. No quería llevar al límite su cuerpo y que este se mosqueara y le provocara un nuevo ictus.

—Eres escoria y te vas a pudrir en la cárcel —dijo Raúl, dirigiéndose a Miyaz, mientras se limpiaba la nariz con el dorso de la mano.

—¡Y una mierda! ¡No tenéis nada contra mí! ¡No podéis detenerme solo porque te haya mandado a la mierda y te haya querido cerrar la puerta en las narices! ¡Tengo abogado, uno muy bueno, y os va a joder bien jodidos!

Bilal lo sacó a empellones de la habitación, antes de que el esposado volviera a provocar al ex-compañero de Houda.

Raúl, al quedarse solo, entró en el cuarto de baño a enjuagarse la cara. Se sentía magullado, pero también contento por haber controlado sus nervios. Aquel indeseable no había conseguido sacarle del todo de sus casillas, no había conseguido nublarle el juicio con su arrogancia. Pero si no hubiera sido por Bilal... a lo mejor no lo habría contado. Esperaba que pasara la mayor parte posible de su vida encerrado en la cárcel. El mundo estaba lleno de malas personas, de gente que hacía cosas horribles. Él había puesto su granito de arena dedicando muchos de sus años a intentar atrapar a escoria como la que Bilal acababa de sacar de aquella habitación, basura que le hacía hervir la sangre. Delante del lavabo, se miró en el espejo. Un ojo amoratado y la nariz sangrante. Abrió el agua fría, se refrescó la cara, y recogiendo un poco de agua con las manos, se la echó en la boca para enjuagársela. Repitió el acto para beber un buen trago. Cerró el grifo y cogió una toalla limpia, se la llevó al rostro para secarse la frente y para estrujarla contra la nariz y cortar la hemorragia.

—No pueden detenerme —les soltó Miyaz—. No he hecho nada.

Le habían leído sus derechos y había llamado a un abogado, que acababa de entrar en la sala de interrogatorios. A juzgar por su rostro, estaba tenso pero calmado.

Mateo Montes en persona se ofreció para interrogar al sospechoso. Encendió la cámara de video de la sala y siguió el preámbulo habitual del interrogatorio. Sacó unas fotografías de un portafolios, las desplegó cuidadosamente frente a él. Eran las fotografías tomadas al cadáver de Hamza dentro de la bañera, en su piso. Miyaz les echó un vistazo, tragó saliva, y apartó la vista de ellas.

—¿Por qué me enseña esas fotografías? ¡Yo no he tenido nada que ver con la muerte de mi primo! El inspector pudo sentir cómo crecía la tensión en el hombre que tenía sentado enfrente. Se notaba que estaba nervioso y eso era bueno para el interrogatorio.

—Puede ser, pero sí es culpable de atacar a un agente.

—Me estaban acosando, me asusté.

—Estaba cumpliendo con su deber —Montes habló apostata en singular, porque esperaba que la intromisión de Raúl Damacio, el agente jubilado, apareciera lo menos posible en el atestado. Había recomendado a Bilal Moughi que lo mencionara como un mero acompañante ocasional. Pura casualidad que el joven se hubiera cruzado con el agente jubilado en la puerta del hotel y que este se hubiera empeñado en acompañarlo. El ex-compañero era muy querido en aquella comisaría, se había jubilado con un expediente intachable y así debía seguir siendo. Se había caracterizado por levantar la moral en todos aquellos casos en los que había trabajado, además de ser un magnífico policía al que se le daba bien interrogar, aunque esta vez se hubiera extralimitado y hubiera metido la zarpa donde no debía. Si hubiera que expedientar a alguien... no sería a él, sino al inspector Moughi, que tampoco era el caso, por el momento—. Explíqueme por qué se asustó si no tiene nada que temer, si no ha hecho nada.

Miyaz tardó en responder y eso hizo que Mateo Montes se pusiera en alerta. «¿Está inventándose una justificación? En tal caso, oculta algo».

—Soy marroquí y los españoles son muy racistas —dijo, por fin, el hombre—, ¡vete a saber si me querían endosar la muerte de mi primo por ahorrarse una puta investigación!

—Usted le dijo al agente Moughi que tenía una reunión de trabajo, para dar por terminada la entrevista que le estaba haciendo, —el inspector jefe se inclinó hacia adelante para situarse cara a cara con él—, pero en vez de ir a dicha reunión se fue a su habitación e hizo las maletas.

—Ya se lo he dicho, me asusté.

—Entonces, ¿se asustó y por eso decidió hacer las maletas y salir pitando de Huelva?

La sala era pequeña y sin luz natural. El policía pudo sentir el miedo del hombre sentado a tan poca distancia de él. Cómo no contestó a la pregunta le hizo otra parecida.

—Entonces, ¿quedamos en que lo pensó mejor y decidió regresar a Marruecos?

—¡No! —dijo Miyaz, sin cruzar la mirada con Mateo Montes—, no sé.

—¿Qué significa eso de que no sabe?

Miyaz miró a su abogado antes de contestar. Este hizo una breve inclinación de cabeza, como invitándolo a seguir hablando sin inculparse de nada.

—Tal vez se me pasara por la cabeza lo de largarme, los agentes me habían asustado. Es cierto

que pensaba dejar el hotel, viajar a Sevilla. No sé qué habría hecho después.

—Volviendo al asesinato de Hamza Badidi... ¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—¡Ya se lo dije a los dos policías que me acosaron y, antes que a ellos, a los otros dos que me entrevistaron hace unos días! Hacía meses que no lo visitaba.

—Bien, contéstele a otra pregunta, ¿cuándo fue la última vez que vio a la mujer de Hamza Badidi, a Houriya Falú!? —El volumen de la voz del policía subió tanto que retumbó por toda la habitación.

El marroquí cambió de posición en la silla y se remitió el pelo detrás de las orejas.

—Cuando a Hamza.

—¿Está seguro?

Titubeó.

—Sí.

—¿Sabe qué desde el asesinato de su marido, Houriya Falú anda desaparecida?

—Sí, me lo comunicaron los policías que me entrevistaron la primera vez.

—Señor Mukhtar, tenemos grabaciones, de los últimos tres meses, de la cámara de vigilancia de la farmacia que hace esquina en el edificio donde vive la familia Badidi, en las que se le ve entrar y salir de la calle de forma asidua.

El hombre no esperaba esa información en absoluto y la expresión de su cara hizo que el policía quisiera gritar de júbilo.

—No vale la pena mentir, diré la verdad —dijo.

—¡Ya iba siendo hora! Continúe, le escuchamos.

Miyaz se rascó el pelo y respiró hondo.

—Houriya Falú y yo éramos amigos.

—¿De qué tipo de amistad me está hablando?

—Amistad, sin más. No estábamos liados ni nada de eso.

—Explíquese mejor, porque no le estamos entendiendo. Nos cuesta comprender el tipo de «amistad» que usted y la mujer de su primo pudieran tener.

—¡Amigos, confidentes, y punto!

Mateo sacude la cabeza con desagrado. «Qué ganas tengo de cruzarte la cara», decía su mirada.

—Amistad, confidente... vamos sumando en complicidad, en intimidad, entre ustedes.

—Nada de intimidad, no malinterprete mis palabras. ¡Solo amistad! Mi amistad le servía de apoyo —se agitó inquieto.

—¿Servirle de apoyo en qué?

El policía intentaba meterse en el pensamiento del sospechoso, pero no le estaba resultando sencillo. Podía imaginarse cómo su cerebro funcionaba a más velocidad de lo normal, intentando burlar a sus captores, por la rigidez de sus hombros y la del cuello.

—Una de las veces que nos quedamos solos en el piso, porque Hamza fue a comprar algo, no recuerdo qué, Houriya se derrumbó y me confesó que su marido la violaba.

La voz entrecortada, los dedos que se abrían y se cerraban encima de la mesa, delataban su nerviosismo.

—¿Está seguro de lo que dice? ¿Su marido la violaba? —El policía, hijo de un padre maltratador y una madre apocopada y sumisa, a la que nunca se le pasó por la cabeza denunciar a su esposo policía, se quedó pensando en todas aquellas mujeres, como su madre, que se quedaban calladas en su propia cama, esperando a que el hombre terminara para quitárselo de encima y dormir dándole la espalda mientras la almohada absorbía la humedad de sus lágrimas. Escenas de su pasado empezaron a nublarle la vista.

«Todas las mujeres deberían denunciar al hombre que, la primera vez que lo hace, les pone una mano encima. Está sobradamente demostrado que el que da la primera hostia o puñetazo, no tarda en volver a repetirlos», se dijo para sí.

—Sí, es lo que ella me contó. Me hizo jurar que no hablaría del tema con nadie. Me dijo que mucha gente no consideraría las violaciones de su marido como tales. Que mucha gente no entendería que Hamza la obligara a hacerlo, que lo verían como algo normal por ser su esposa. La consolé y le dije que aquello no estaba bien, que si Hamza la obligaba a acostarse con él, que si usaba la fuerza, era violación. Él la maltrataba y la insultaba todos los días, y ella se sentía muy desgraciada, atrapada en un matrimonio sin amor y sin respeto.

Mateo Montes parpadeó varias veces antes de preguntar.

—¿Lo hizo? ¿No llegó a contárselo a nadie?

El hombre negó con la cabeza, y añadió:

—No, juré no hacerlo.

Hubo un silencio incómodo.

En ese momento Miyaz empezó a dar golpecitos con el pulgar de la mano derecha encima de la mesa. El inspector jefe intentó ignorar el ruidito.

No lo creía.

Le parecía surrealista que Houriya acudiera a aquel tipejo, si no tenía ninguna relación sentimental con él, para contarle sus carencias familiares. El silencio de las víctimas lo podía entender, por su experiencia, por haber tenido un padre maltratador y una madre violentada, pero no aquellas confidencias prendidas con pinzas. ¿Cuántas mujeres no habían ocultado los malos tratos por temor a que sus familiares, amigos o vecinos no se enteraran, cargando ellas solas con la culpa y la vergüenza? Dudaba que Houriya ocultara sus miserias a todo el mundo, pero que se sincerara con aquel payaso que tenía enfrente. ¡Por Dios, seguro que antes de hacerlo con aquel espécimen lo habría hecho con su hermana policía!

—¿No se le llegó a pasar por la cabeza que debía contárselo a alguien, que debía denunciarlo a la policía?

—Se lo prometí. —Se mordió el labio.

—¿Le consta que ella le contara todo eso a alguien más, a algún familiar?

—No, ni idea.

—¿Por que no le habló al agente Moughi de la relación que mantenía con la mujer de su primo?

—Porque no había ninguna «relación», porque podían malinterpretar nuestra amistad, como de hecho ha ocurrido.

—Entonces, ¿considera que la relación que mantenía con Houriya se basaba simplemente en una relación de amistad?

—Sí, solo eso, amistad.

—¿Ella no le contó, también, que fue violada en Marruecos, siendo una adolescente, por una «manada» de hombres?

—¡Por Allāh, no! Pobrecita.

—Si no le importa, recapitulemos. Entonces, ¿usted solo iba a ver a la señora Falú para consolarla...?

—Consolarla, escucharla, como le parezca mejor. Houriya se desahogaba conmigo, esa es la verdad.

—¿Esas confidencias, no dieron pie a un plano más sentimental?

Miyaz se llevó la mano a la sien y soltó un soplando de disgusto, que le alborotó el mechón de pelo que se le había vuelto a escapar de detrás de la oreja derecha.

—No, ¿cuántas veces lo tengo que repetir?, no.

Hubo silencio durante los segundos en los que Mateo Montes lo miró fijamente.

—Entonces, si encontramos sus huellas en el domicilio familiar... es porque usted se reunía asiduamente con la señora Falú.

—Supongo.

En ese momento, entró un agente en la sala de interrogatorios y entregó un papel mecanografiado al inspector jefe. Se tomó su tiempo para leerlo. Una amplia sonrisa afloró en su rostro.

—Tengo que comunicarles una buena noticia —dijo dirigiéndose al sospechoso y a su abogado. Se inclinó hacia atrás en la silla en un acto algo teatral, de vencedor de la partida—la señora Falú ha aparecido. El mismo día que asesinaron a su marido sufrió un shock traumático que le produjo una pérdida repentina y temporal de la memoria. Ha estado ingresada en un hospital de Huelva desde entonces, pero hace unas horas ha salido del bloqueo y recuperado todos sus recuerdos. Me comunican que una pareja de agentes le están tomando declaración en este momento. —El marroquí bajó la vista, que hasta ese momento había mantenido fija y altiva, dándose cuenta de las repercusiones que la aparición de Houriya iba a tener para su futuro inmediato—. Señor Mukhtar, si colabora en lugar de seguir mintiendo, quizá pueda conseguir rebajar la condena —remató—. Por eso espero que entienda bien lo que le digo.

La ira contenida le relucía en los ojos a Montes, reduciéndole los labios a una fina y dura línea.

—Depende solo de usted, que sea una noche larga, la que vayamos a pasar. Le aconsejo que se deje de tonterías y que la acortemos. Repito, su colaboración podría beneficiarle.

El policía se quedó mirando al detenido en silencio. El reloj corría en contra de Miyaz. Sabía que, en cuanto Houriya lo inculpara, todo el engranaje penal se le echaría encima. Este tenía la mirada clavada en una hendidura de la superficie de la mesa. Tras unos instantes, exclamó.

—¡De acuerdo! —Se le crispó la cara en una mueca de desesperación y se tiró con rabia de un mechón de pelo.

—De acuerdo, ¿qué? —quiso saber Mateo Montes.

Miyaz tragó saliva de nuevo y se lamió la sudación del labio superior. Sus ojos miraban febriles al inspector jefe. La tensión de su rostro empezó a perder fuerza.

—Confesaré, lo confesaré todo. Yo maté a mi primo.

—Muy bien —dijo el agente recogiendo las fotografías y guardándolas en el portafolios.

—Buenas tardes, ¿es usted familiar de Houriya Falú?

—Soy su madre —se le quebró la voz y tragó saliva con fuerza.

—La llamo para comunicarle que su hija, Houriya Falú, está ingresada en el hospital Juan Ramón Jiménez de Huelva y que se encuentra bien.

Se le desenredó el nudo del pecho. Hizo un gran esfuerzo para no gritar de alegría. Se mordió los labios.

—Gracias —fue lo único que pudo decir después de escuchar el parte médico y el número de la habitación donde habían instalado a su hija.

Dejó en libertad las lágrimas que había estado reprimiendo durante días. Se calzó las zapatillas de andar por casa, que había dejado al lado del sofá al echarse un rato en él, y se levantó para cambiarse de ropa. Estaba en pijama y bata de casa. Sus nietos y Hassan hacía rato que se habían ido a dormir y, por nada del mundo, quería interrumpir su descanso. ¡Bastante tenían los pobres! El concepto de rutina ya no existía en aquella casa. Habían cambiado tanto sus vidas que apenas conservaban los mismos hábitos y costumbres. A ella le costaba meterse en la cama, prefería echarse en el sofá y dejar que Morfeo, si le venía en gana, la acogiera o no en sus brazos. De todas formas, sufría de insomnio y falta de concentración desde que encontró el cuerpo asesinado de su yerno dentro de la bañera. También había dejado de prestar atención al tiempo, le parecía que de esa forma podría ralentizar la pérdida, el dolor. Pero le resultaba imposible apagar las voces de su mente y evitar la traición que escondían hacia su querida hija, hacia Houriya. Una madre no debería intentar mitigar el dolor, ni aún por sus nietos. Debía llevarlo siempre consigo. Sacudió la cabeza con la intención de eliminar aquellos pensamientos. Houriya había aparecido, volvería a casa y eso era lo único que importaba.

En un primer momento, pensó en despertar a Hassan, pero lo pensó mejor y decidió dejarle una nota en la almohada. Los chicos eran mayores, pero no quería que se despertaran y que no encontrasen a ninguno de sus abuelos en casa. Aaminah estaba ansiosa por ver a Houriya, por abrazarla en silencio y mecerla entre sus brazos. Le habían asegurado que se encontraba bien, ¿sería verdad? Sí, tenía que serlo. ¿Por qué iban a mentirle? ¿Qué ganarían con ello? Pensar lo contrario era insano, solo conseguiría desgarrar un poco más su corazón. El pulso se le aceleraba por cada minuto que restaba para ver de nuevo a su pequeña. Trató de prepararse mentalmente para afrontar el encuentro con Houriya. No sabía si estaba preparada para actuar de forma correcta. La culpa, anticipada, de pensar que podría meter la pata en la primera entrevista le ardía en el estómago.

«¿Quién no se agobiaría, si estuviera en mis mismas circunstancias?», se preguntó.

«¿Llamo a Houda y a Hanae para contarles las buenas nuevas? —Se pasó la mano por el pelo—.

No, no hasta que no compruebe con mis propios ojos cómo está Houriya», se dijo.

Por otro lado, tenía la sensación de que a partir de ahora todo iría bien, de que la pesadilla había terminado. Houriya había perdido a su marido, pero seguía teniendo a otras personas que la esperaban, que la resguardarían del frío con abrazos y besos, que la amaban incondicionalmente y a quienes ella amaba con locura.

La familia, unida, lograría superar la tragedia que habían sufrido.

Cuando Houriya despertó vio a su madre junto a la cama del hospital. Sintió como se le calentaba el corazón. La recordaba menos delgada. Tenerla a su lado le produjo un consuelo enorme, una intensa emoción. Le preocupó cómo la veía Aaminah, que su rostro delatara sufrimiento. Intentó recomponerlo, infundiéndole fuerza y decisión, que, como en un milagro, consiguió que acudieran en su ayuda.

«¿Desde cuándo tiene tantas canas? Ha llorado, tiene los párpados irritados», pensó.

Aaminah al ver a su hija abrir los ojos se inclinó protectora, el rostro sereno y aliviado.

—Te quiero, pequeña —le susurró mientras la besaba en la frente.

El amor que siempre le había tenido, y que parecía haberse ido difuminando en los últimos meses por las riñas estúpidas entre ambas, le inundó el pecho hasta dolerle.

—Mamá, perdóname.

—Chist, no hay nada que perdonar.

Aaminah se sentó en el filo de la cama, extendió los brazos y dejó que Houriya los buscara para acunar su cuerpo entre ellos. La consoló, meciéndola como a una niña pequeña durante mucho tiempo.

Estuvo despierta mucho tiempo, mirando la oscuridad. Pensando en Miyaz, haciendo un esfuerzo para que no le saliera la bilis por la garganta, para no tener que levantarse e ir a vomitar al cuarto de baño. Bilal y Raúl le habían dado todos los detalles de la detención de Miyaz. El último encuentro con sus padres, aquella misma tarde, la había dejado noqueada, al límite de sus fuerzas. No había sido capaz de contarles las sospechas que la policía tenía sobre el marroquí. Empezar a componer el puzle de lo que podría haber ocurrido en el piso de su hermana, le había aportado algo de sosiego. Le daba vía libre para volver a pensar en Laura Bayo. Debía hacerlo para no volverse loca especulando mil y una hipótesis sobre el asesinato de Hamza.

Había llamado a Raimundo Peralta, uno de los editores más importantes de la ciudad y le había preguntado por Camilo Nava. Esto fue lo que le dijo:

«—Nadie sabe quién es, pero en el mundo editorial nos hemos podido hacer un perfil más o menos acertado de quién podría estar detrás. Las entrevistas que le han hecho, con «preguntas trampas», han ayudado bastante. Estaríamos hablando de un hombre entre treinta y cinco y cincuenta años, según las referencias históricas que ha dado de libros, películas o acontecimientos históricos en sus respuestas. Del norte de España. Por la ambientación de varias de sus novelas parece conocer al dedillo Madrid y el País Vasco. Debe tener un trabajo que le lleve pocas horas, tal vez sea un *freelance* de esos que se buscan la vida con trabajos esporádicos, ya sabes: informáticos, contables, o algo así. De todas formas, se está forrando con sus novelas, no sé si le merecerá la pena seguir currando. No es que sus obras tengan calidad literaria, pero tienen su público. Ese que devora literatura de entretenimiento, al que le gusta que los géneros se mezclen: *noir* con historias de amor; sagas familiares con asesinatos sangrientos; aventuras en lugares remotos con asesinos en serie que practican ritos satánicos...

Sintió que la emoción volvía a atenazarle la garganta cuando le vino a la cabeza un nombre, Santiago París. El hombre que trabajaba desde casa, que estaba siendo investigado por pederastia, que vivía en la misma urbanización que Laura Bayo y que tenía una opinión bastante elaborada sobre el mundillo YouTube, aun asegurando que no conocía ni le interesaba el tema. Las mariposas del estómago comenzaron a revolotear como enajenadas por las certezas mientras seguía pensando una y otra vez en aquellos datos. ¿Había cometido un error de novato, el impulso irresistible de secuestrar a una conocida cerca de su casa?

—Bueno, Houda, ¿a dónde vamos exactamente? —preguntó Bilal cuando se sentó en el asiento del copiloto. Iba vestido de manera informal, con vaqueros, deportivas y camiseta. Pasaban las once de la noche. Houda lo había recogido en su casa, un bonito adosado que tenía alquilado en Aljaraque. Sabía, porque Bilal se lo había contado, que vivía con sus padres y dos de sus hermanas. También que no tenía interés en independizarse hasta que no formara su propia familia. Houda necesitaba aquella noche apoyo policial en activo, por si algo salía mal. Hubiera preferido ir sola en busca del escritor, pero no era estúpida ni temeraria. En sus circunstancias tenía las manos atadas, pero no así su colega Bilal, que se había mostrado dispuesto a acompañarla en cuanto se lo pidió.

—A El Rompido, a la casa de un pedófilo redactor de contenidos freelance de páginas web, Santiago París —el perfil de Houda se definía en la sombra cuando los faros del Yaris incidían en el muro de alguno de los edificios que iban dejando atrás—. También conocido como Camilo Navas, seudónimo bajo el que esconde su identidad como escritor de novela negra.

Arrancaron y circularon en silencio hasta salir de la ciudad y tomar la autovía A-497. Entonces, se lo contó todo. Mientras ella hablaba, su compañero miraba pensativo la carretera iluminada por los faros o, vuelto hacia la mujer, la miraba a ella, interesado.

Le vino bien explicarle a Bilal lo que Raúl había descubierto sobre la pedofilia de Santiago París y lo que ella había intuido, que también era la persona que se escondía bajo el seudónimo de Camilo Nava. El autor de *Espigas que crecen en libertad y Espigas que se lleva el viento*. Novelas que Laura Bayo había reseñado, por petición del librero Alfonso Guirao, en su canal de YouTube. Las críticas fueron negativas y parecía que habían molestado sobremanera al escritor, motivo por el que este podía haber querido vengarse de la joven, hacerle daño. Y, por otro lado, estaba la muerte por «accidente» del librero. Demasiada coincidencia que los libros que encontró la sobrina de Alfonso Guirao tirados en el suelo, al lado del cadáver, fueran los del autor. Santiago París también encajaba en el perfil que el editor, Raimundo Peralta, había hecho sobre la posible identidad que se escondía tras el seudónimo de Camilo Nava. A todo eso había que añadir que el sospechoso vivía en la misma urbanización que la joven. Era posible que, bajo la seguridad que le daba el anonimato de su identidad secreta, se hubiera atrevido a tomarse la justicia por su mano. Houda se sentía como un Braco húngaro que ha detectado el rastro de un jabalí y no puede oler ninguna otra presa, nada más que la que rastrea.

—Gracias por acompañarme —dijo Houda mirándolo de soslayo. Redujo en una curva y chirriaron los neumáticos.

—De nada, lo hago porque no tengo un plan mejor para esta noche —dijo él sonriendo.

—Y, gracias por la detención de Miyaz.

—Otra vez, de nada, pero he de reconocer que fue de ayuda la presencia y la iniciativa de Raúl Damacio.

—No es eso lo que me ha contado él. Dice que si no es por ti...

—¡Bah! Ni caso, exagera. ¿No crees que ya chochea un poco?

Houda le devolvió la sonrisa.

—Espero que esta visita nocturna, de reconocimiento del terreno, no te ocasione ningún problema.

Bilal se encogió de hombros.

—¿Por qué? Si alguien ha escuchado nuestra conversación telefónica ha quedado muy claro que tenemos una cita, que vamos a tomar unas copas a El Rompido, a uno de esos locales *chill out* de moda.

La oyó reír con suavidad mientras cambiaba de marcha.

—Mmm..., es la mejor versión oficial. Tengamos éxito o no, eso es lo que diremos. Gracias, otra vez, por tu ayuda.

Asintió Bilal, ecuánime.

—No estaría mal que alguna vez tuviéramos una cita de verdad, fuera del trabajo —contestó él con una sonrisa.

Houda se sonrojó. No supo qué decir.

«Está bromeando, no habla en serio», pensó.

Quince minutos más tarde, se encontraban circulando por una de las carreteras más bonitas de Huelva, recta y bordeada de pinos a su derecha. Houda bajó la ventanilla para poder sentir el olor y la humedad del mar que se encontraba a su izquierda iluminado por la luna.

Empezaron a verse los primeros edificios del pueblo. Los faros iluminaron un cartel con el nombre de la población. El Rompido, a pesar de la hora, seguía resultándole pintoresco. Le gustaba la simbiosis de vieja y nueva población costera que en temporada baja parecía más hogareña y auténtica. Aparcó en el parquin, enfrente de la ferretería náutica Fernautic, y se bajaron del coche.

Raúl le había mencionado una pequeña entrada en el lado norte de la urbanización, que solía estar siempre abierta. La cerradura estaba rota y nadie se había preocupado de que la arreglaran. Houda decidió entrar por allí. La calle alledaña a las viviendas les proporcionaría invisibilidad. Una vez flanqueada la puerta, solo tendrían que caminar unos metros y se darían de bruces con los adosados que le interesaban, los más alejados de la puerta principal de la urbanización, donde se ubicaba el de Santiago París.

La ventana de la primera planta estaba a oscuras, pero la de la planta baja se hallaba entornada unos centímetros y dejaba escapar un leve resplandor. Llevaban dos minutos allí cuando la luz se apagó y los postigos se cerraron. Si Santiago París retenía a Laura Bayo en su casa, no tenían tiempo que perder, y, si por el contrario ninguno de los dos se encontraba allí, era preferible cerciorarse de ello. No quería que volviera a ocurrir algo parecido a lo que sucedió en el caso del «Asesino del Holea», en el que el inspector Raúl Damacio y ella estuvieron a punto de perder a la joven Kenya Saravia en un pueblo de la sierra de Huelva. Caso que todavía requemaba por dentro a la inspectora Falú por todas las incógnitas que, a día de hoy, no habían conseguido aclarar. De repente, Houda ladeó la cabeza con expresión concentrada. Creyó haber escuchado algo. ¿Una risa ahogada que no había durado en el tiempo?

—Proviene del interior de la casa —susurró Houda, arrastrando al agente Moughi hacia los tres cubos de basura que había enfrente del adosado.

—¿Va a salir? —Más que una pregunta fue la constatación de lo que en aquellos momentos estaba pensando Bilal—. ¿Qué hacemos?

—No tenemos autorización para estar aquí. Pero eso él no lo sabe —dijo Houda—. Tendremos que improvisar.

Se oyeron otros ruidos amortiguados por los muros de la casa. Ambos policías guardaron silencio en su escondrijo. No tardó en abrirse la puerta y en aparecer una sombra franqueándola. Pareció desgajarse de la oscuridad mientras se acercaba donde estaban agazapados los agentes, recortándose e iluminándose con la luz de una farola cercana. Efectivamente, pudieron comprobar que se trataba del escritor Santiago París.

El primer impulso de Bilal fue el de apuntarle con su pistola, lo tenía en el punto de mira por la rendija entre dos cubos de basura. Se había llevado la pistola, aunque no estaba de servicio.

—¡No! —le susurró Houda, había tensión en su voz— ¡Tenemos que tener paciencia y temple, nos tiene que conducir hasta la chica!

Su compañero comprendió que tenía razón. Si aquel loco se sentía amenazado podía hacer cualquier estupidez, con las graves consecuencias que eso podía acarrearles a todos: él se vería obligado a dispararle y la booktuber podría morir de inanición si no la encontraban a tiempo. Aguardaron en silencio, observando los movimientos del hombre y la dirección que tomaba. Houda, hierática, tragó saliva, evitando incluso respirar, mientras que Bilal, acuclillado como estaba, cambiaba el peso del cuerpo de una pierna a la otra.

«¿Dónde diablos irá? Esto no entraba dentro de lo previsto. Solo vinimos a echar una ojeada. No a dejarnos ver a las primeras de cambio», elucubró Houda.

De pronto, el hombre dejó de caminar y escrutó en derredor: primero, calle abajo, hacia la entrada de la urbanización; después, por encima de los cubos de basura y de la luz de la farola; para acabar dándose la vuelta hacia el adosado y hacer un barrido visual a la fachada de la vivienda, como asegurándose de que no se había dejado ninguna luz encendida en el interior.

«¿Nos habrá oído?», se preguntó Houda.

La adrenalina le fluía por las venas. Apoyó la mano en el suelo, llevaba rato acuclillada y el estrés de la situación le hacía perder el equilibrio.

El escritor volvió a rotar hacia su izquierda, justo donde ellos estaban y, tras sacarse del hombro

uno de los tirantes de la mochila que llevaba a la espalda sonrió, descorrió la cremallera principal y sacó un objeto. Cuando llegaron a ver de qué se trataba, fue demasiado tarde. Santiago apuntó a los cubos de basura y disparó. Houda, instintivamente, se tiró al suelo y rodó sobre sí misma, disparando a su vez.

—¡Alto, no dispare! ¡Policía! —gritó Houda—

Se escucharon las detonaciones una décima de segundo después de cada disparo. Oyó un gemido cerca de ella. Bilal se dejó caer sobre los cubos de basura agujereados, con una de las manos en el costado. Quedó casi al descubierto al deslizarse uno de los cubos un par de metros hacia delante. En apariencia, el escritor disparaba sin siquiera preocuparse en apuntar, pero con su primer disparo le había dado a Bilal. Un puñado de detonaciones se sucedieron en menos de un minuto. El retroceso del arma le sacudió el brazo y el resto del cuerpo a Houda, pero no cejó de apuntar y disparar al sospechoso con furia, apretando los dientes, hasta que este lanzó un terrible aullido, le flaquearon las piernas y cayó de rodillas. Se balanceó durante unos instantes con los brazos abiertos, aún empuñando el arma, y la cabeza gacha. Algunas de las balas, disparadas por la agente o por su compañero, habían acabado por abatirlo. Un último balanceo y el escritor se dejó caer, de bruces, al suelo. Mientras caía volvió a escuchar la voz por última vez.

Y pensar que ya no podrás matar a Laura, ¡justo cuando habías decidido la mejor manera de hacerlo! Buena idea la que tuviste hace unos días, la de llevar la pistola encima, ¡por lo menos te has cargado a un entrometido! Descansa en paz, escritor, puedes poner punto y final a tu historia.

La inspectora Falú se volvió hacia Bilal, aún aturdida por la rapidez de los acontecimientos. Observó con aprensión cómo el policía se apretaba el costado derecho y cómo su mano se empapaba de sangre. Se quedó paralizada durante unos segundos, pero, enseguida, pidió una ambulancia y refuerzos. Después, lo ayudó a mantener la herida taponada, pero sin quitarle ojo al cuerpo que yacía unos metros más allá. Estaba segura de que, tanto Bilal como ella, le habían acertado varias veces, pero aún así se mantuvo alerta dando ánimos a su compañero y rogando para que llegaran pronto los sanitarios.

—Saldré de esta, no te preocupes —dijo Bilal, medio mareado y sacudido por algún que otro calambre de dolor—. Tu intuición no te engañaba, el cabrón tiene que esconder algo ahí dentro—
tosió y un hilillo de sangre le salió por la boca.

—¡Chiss!, no hables.

Houda se obligó a ser fuerte, pese a preguntarse aterrada cuál sería el estado del inspector Moughi.

Los coches de policía ocupaban, apiñados, numerosas plazas de parquin de los residentes de la urbanización. Las luces estroboscópicas parecían formar trazos de color azul junto a los buzones del mismo color de los adosados. Mateo Montes aparcó detrás de una de las furgonetas de apoyo y salió del coche. Los agentes que impedían que los curiosos se acercaran a la casa del escritor se apartaron con celeridad para dejarlo pasar. Incluso le levantaron el cordón policial. Una ambulancia ocultaba la entrada al adosado que tanto interés estaba suscitando, y sus luces se sumaban a la sinfonía azul y roja que reverberaba sobre las paredes de la vivienda. La ambulancia no estaba allí por el agente Bilal Moughi, al que ya debían de estar operando en el hospital Juan Ramón Jiménez, sino por Laura Bayo.

Las puertas de algunos adosados estaban iluminadas, también las ventanas de las primeras y segundas plantas. Rostros anónimos se asomaban a curiosear, la mayoría vestidos con pijamas o ropa cómoda. Lo que llevaban puesto cuando el infierno se desató en su urbanización.

El inspector jefe entró en la casa y accedió a una pequeña entrada. Enseguida, a mano izquierda, el salón lleno de gente. La mayoría con guantes, protectores para los zapatos y mascarillas. Él también se puso el equipo. Un agente sacaba fotos de todo.

—¿Dónde está la chica? —preguntó a uno de los agentes de la científica.

—Sigue en el sótano, les está costando sacarla de ahí. La hemos encontrado maniatada, sentada en el suelo con la espalda apoyada en la pared. La humedad y el frío abajo son considerables y la chica no lleva suficiente ropa de abrigo puesta. Están intentado ponerle una manta isotérmica por encima, pero no deja que se acerquen a ella. Mira horrorizada a quien la rodea y se pone a gritar como una loca en cuanto se intenta algún acercamiento. El resto del tiempo está sumida en una inmovilidad vegetativa, con la cabeza gacha. Lo único que han conseguido los sanitarios es cortarle las bridas con las que estaba atada.

Le llegaron suaves murmullos provenientes de las profundidades de lo que, a todas luces, parecía un sótano. La puerta se encontraba en el pasillo, a mano derecha y debajo de la escalera que subía a la segunda planta. Vislumbro la cocina iluminada al fondo, donde dos agentes hablaban con la inspectora Houda Falú. Aparte de tomarle declaración debían de estar informándole de las últimas noticias sobre la confesión de Miyaz y el retorno de su hermana, se alegró por ella. Le constaba que todavía no se había enterado de que Houriya se encontraba sana y salva en el hospital. Habían intentado localizarla para comunicárselo, pero en el móvil saltaba el mensaje de «apagado o fuera de cobertura».

«Ya hablaré con la inspectora más tarde, ahora podría decirle unas cuantas cosas de las que me acabaría arrepintiendo», pensó al verla.

Bajó los escalones con el corazón encogido. El panorama en el sótano no era tan malo como lo había imaginado. Laura Bayo estaba sentada en el suelo, a su alrededor un par de sanitarios y dos mujeres policía. Todos ellos acuclillados o sentados. Intentando convencer a la joven de que estaba a salvo, de que los dejase sacarla de allí y llevarla a un hospital para reconocerla y que le curaran las heridas.

«¿Padecerá el síndrome de Estocolmo?», se preguntó.

Miró alrededor y se estremeció por la austeridad de la habitación. Había algunas salpicaduras de sangre seca en la pared en la que apoyaba la espalda la joven y en el suelo, pero no eran

abundantes.

—Suban arriba y espérennos allí. ¡Usted, no! —dijo señalando con un dedo al sanitario que tenía más cerca, un tipo rubio y fornido.

Se acuclilló frente a Laura.

—Soy el inspector jefe, Mateo Montes. Tú eres Laura Bayo, ¿verdad?

La chica seguía con las piernas cruzadas, abrazándose, la cabeza gacha. Encerrada en su propia burbuja, en un capullo de seda tejido con hilos invisibles. El corazón latíendole rápido, con intensidad.

—Sabes, Laura, tengo dos hijas. La mayor, Lourdes, acaba de terminar bachillerato y va a estudiar Medicina. La pequeña, Ana, tiene catorce años y nos lo está haciendo pasar canutas a su madre y a mí. Tiene una energía arrolladora nuestra pequeña adolescente. Mis dos hijas son muy diferentes entre sí, tanto físicamente como en todo lo demás. —Dejó pasar unos segundos antes de continuar—. Laura, mírame, por favor.

Siguió sin levantar la vista, como si estuviera bajo un manto capaz de amortiguar cualquier sonido y de velarle los ojos. La luz del sótano estaba encendida, pero para ella se había ido atenuando hasta desaparecer por completo. En su mente todo seguía oscuro, vacío e inerte.

—Sí, son muy distintas, pero tienen algo en común. Laura, ¿te gustaría saber qué? —Volví a repetir la pregunta—. Dime, Laura. ¿Te gustaría saberlo? Creo que sí, aunque no digas nada, así que te lo voy a contar. ¡Son grandes lectoras! Devoran cientos y cientos de libros desde que no levantaban un palmo del suelo. No es gracias a mí, ¡qué va! Yo solo leo expedientes, normativas... papeles y más papeles: oficiales, burocráticos... Pero, Lola... —Las palabras quedaron flotando en el aire durante un instante—. Laura, creo que todavía no te he dicho el nombre de mi mujer. Se llama Dolores, pero me mataría si supiera que te lo he dicho, odia su nombre y por eso prefiere que la llamen Lola. —Hizo una pausa—. Como te estaba contando, Lola es la verdadera artífice de que mis hijas me estén arruinando con su afición a la lectura. ¡Pero yo encantado, que mejor hobby! Además, creo que su hábito lector las ayuda en los estudios. Ya sabes, por eso de lo de la comprensión lectora y demás. Laura, pequeña, me estoy enrollando mucho, pero es que quería ponerte en antecedentes. Todo esto que te cuento es porque mis hijas me han hablado de ti, es más, has sido parte de nuestra rutina familiar durante muchos años. ¿Cómo es eso?, pues porque ellas abrieron nuestra casa a tu canal de YouTube y a tus reseñas de libros. Cada recomendación tuya es apuntada en la pizarra magnética de la cocina para que la matriarca compre el libro en alguna librería o lo pida a alguna plataforma de internet de venta de libros.

Mateo Montes dudó antes de levantar el brazo, sujetar el mentón de la joven y alzarlo. Se decidió al no tener respuesta a su monólogo. El rostro de la joven se mostró tan pálido como si estuviera esculpido en mármol blanco de Macael. Un leve estremecimiento recorrió el cuerpo de la muchacha, pero el rechazo no fue más allá. Al fin, abrió los ojos y le sostuvo la mirada al policía.

—Todo va a salir bien a partir de ahora —siguió calmándola el agente, aunque sabía que sus palabras no eran del todo ciertas. La joven había sufrido un calvario, con toda seguridad tendría que recibir ayuda psicológica.

Arrebató la manta que tenía en la mano el sanitario y se la puso, con sumo cuidado para no volver a tocarla, por encima de los hombros a la booktuber.

Cinco minutos más tarde, había conseguido que la joven se levantara, subiera las escaleras y abandonara la casa en la ambulancia que la llevaría al hospital para su reconocimiento. Sin embargo, no consiguió sacarle ni una palabra, tampoco parecía que estuviera en condiciones de tomar ninguna decisión por iniciativa propia. Enajenada, es lo que le pareció a Houda cuando pasó por su lado.

«Debe ser el shock sufrido. He hecho lo que he podido, ahora deben ocuparse los médicos», pensó Mateo Montes.

La salida de la ambulancia de la urbanización no fue fácil. Cuando estaban maniobrando hacia la puerta de salida, se les echó encima una mujer que pedía a gritos, bañada en un mar de lágrimas, que le dejaran acompañar a la joven. Era una de las vecinas de la urbanización, Gabina Garballo, la señora que puso en alerta a la policía sobre la desaparición de Laura. Dos agentes intentaron apartarla del vehículo, pero dejaron de forcejear con ella cuando Houda Falú salió corriendo de la casa, pasó al lado de Mateo Montes sin mirarlo y les dijo que la dejaran en paz e, incluso, que le permitieran acompañar a la joven, porque era la persona más cercana que la chica tenía en su vida. Los agentes dudaron, pero accedieron con rapidez cuando el inspector jefe se acercó a ellos y dio permiso para que la mujer pudiera subir a la ambulancia.

—Y, usted, márchese de aquí de una vez, que un agente la acompañe a su casa... —ordenó Montes a Houda.

Houda estuvo un rato vagando sin rumbo con el coche, llena de impotencia y frustración. No había permitido que ningún compañero la acompañara. Cuando llegó a casa se puso a deambular enfurecida por la cocina y las habitaciones, como una fiera enjaulada. Su hermana estaba en el hospital y le habían denegado el permiso para verla, solo permitían la compañía de un familiar y le habían comunicado que su madre ya se encontraba al lado de Houriya. Encendió el iPad, lo dejó sobre la encimera de la cocina y se preparó un té verde. Echó un vistazo alrededor, odiando su soledad. Podía ir a casa de sus padres, pero su padre y sus sobrinos llevarían horas durmiendo. Había hablado con su madre y esta le había dicho que los había dejado durmiendo, que no había querido darles la noticia, que no servía de nada si no podían ir a verla todos ellos a esas horas de la noche. También que le había dejado una nota a Hassan en la almohada y otra en la mesita de noche, por si la primera se extraviaba entre las sábanas.

Sonó una llamada de *FaceTime* en el iPad, la foto de Hanae apareció en la pantalla. Su hermana pequeña la llamaba desde Londres.

Inspiró profundamente y respondió.

—Hola, hermana —saludó Hanae. Estaba sentada en un desgastado sofá, cubierto con una colorida tela étnica, del minúsculo salón del piso que compartía con otras dos chicas, una eslovaca y una italiana. En la pared de detrás, de un llamativo tono verde pistacho, Antonella había colgado un póster que representaba uno de los frescos más conocidos de la historia del arte y quizás la obra más ambiciosa de Rafael, que quiso representar con *La escuela de Atenas* el origen del pensamiento occidental. Antonella les explicó a Bronislava y a Hanae que el artista pintó el *dream team* de filósofos clásicos poniéndoles rostros de artistas contemporáneos. Llevaba recogida su larga melena en un moño alto y vestía con ropa informal, leggings negros y camiseta ancha *underground* con el logotipo del metro de Londres.

—Hola, Hanae.

—He comprado un billete de avión para mañana, ¿podrías ir a recogerme al aeropuerto de Faro? Llegaré hacia las dieciocho horas.

—Sin problemas, estoy de vacaciones.

—Mamá me ha contado lo de la detención de Miyaz —dijo en un susurro—. ¿Se sabe algo de su declaración?

Su voz, comprobó Houda, sonó serena.

—Poco. —Se obligó a reconocer.

—¿Crees que Miyaz y Houriya mantenían una relación a espaldas de Hamza?

No quiso contarle las novedades por teléfono. Lo haría cuando pudiera abrazarla y consolarla.

—No, no lo creo.

—Imagino que te han apartado de este caso, ¿verdad?

—Sí, es lo lógico.

—Pero no estás de brazos cruzados, estás buscando a Houriya, ¿no? —preguntó Hanae arreglándose el recogido del pelo con una expresión terminante.

Houda se dio cuenta, en aquel preciso momento, que Hanae todavía no sabía nada de la aparición de Houriya.

—Hanae, Houriya está en el hospital Juan Ramón Jiménez, ha estado ahí prácticamente desde que desapareció. Ha sufrido amnesia temporal, por eso han tardado tanto en identificarla, pero ya ha vuelto a recordar.

—¿¡Cómo no me habéis dicho nada!?

Houda pestañeó al oír la pregunta.

—Nos hemos enterado hace un par de horas, o menos.

—*¡Al-hamdu lillāh!*, gracias a Dios —culminó sus palabras con un suspiro.

Tardó unos segundos en volver a preguntar.

—¿Miyaz confesará lo que ha hecho? —Titubeó antes de continuar—. ¿Houriya estará...?

Hanae se detuvo, pues no sabía cómo formular la pregunta.

—Mis compañeros harán todo lo posible para que ese desgraciado saque toda la mierda que tenga dentro. En cuanto a Houriya... también es una víctima, seguro que no ha tenido nada que ver con la muerte de Hamza.

—Pobre Hamza. He leído que cuando alguien muere, en el último segundo de vida, toda la energía que hay en esa persona la abandona.

—¿Te refieres a su alma?

—Sí, al alma que se encuentra en todo lo que está vivo. ¿Cómo ha podido pasarnos algo así?

Houda no supo que responder.

—Tengo muchas ganas de verte.

—Yo también.

—Lo siento. Debería haber regresado antes, en cuanto me enteré...

—No, mejor así. Vindrás más tranquila y podrás consolar mejor a nuestros padres—la interrumpió Houda.

Hanae titubeó, pero acabó diciendo:

—Gracias, necesitaba oír eso. Me he sentido culpable, mala hija y peor hermana. —Tragó saliva. Se le humedecieron los ojos, y las lágrimas cayeron sobre la camiseta. Las secó con un pañuelo de papel—. Las familias tienen que mantenerse unidas en las adversidades.

—No te tortures, nuestros padres han necesitado tiempo y espacio para asimilar todo lo que ha ocurrido. Tu presencia podría haberlos ayudado o no, ¡vete a saber! —Se encogió de hombros—. Si hubieran tenido que estar pendiente de ti, de tu propio dolor...

—Eres muy amable, hermana —dijo Hanae, valorando el consuelo que Houda quería transmitirle con sus palabras. Hizo una mueca de dolor. Sonreír dolía—. Sabes, he estado en un lugar mágico —empezó a contarle a Houda—, se llama Stonehenge. Debería ser un lugar de peregrinación para las mujeres, es un círculo de piedras altas muy antiguas que hay en un condado de Inglaterra. El sol sale por detrás de una de esas piedras el veintiuno de junio, en el amanecer del solsticio de verano, el día más largo del año. Toda la gente que se reúne para verlo salir acaba bailando,

cantando y abrazándose, viviendo una experiencia increíble debido a la magia del lugar. Me gustaría volver allí con Houriya, con mamá y contigo.

—Ese viaje es una buena idea, Hanae.

—¿Crees que todo volverá a ser como antes? —Había cambiado el tono. Ahora era inquisitivo, anhelante.

—No lo sé —lo pensó un momento—. Recemos para que así sea —no lo verbalizó, pero pensó que aquello tardaría tiempo en procesarse y sintió compasión por su familia y por ella misma.

Tras la charla con Hanae, el silencio del piso resultó ensordecedor. No pudo evitar que entrara en su cabeza la imagen de la persona que había desmembrado a su familia, en vez de los que huyen, por un motivo u otro, o de los que acaban apareciendo gracias a una corazonada.

«El crimen es el modo con el que el asesino purga sus propias flaquezas. Es más fácil cuando el homicidio viene de la mano de un enfermo mental, cuando el crimen se realiza como llamada de atención sobre el padecimiento de un pobre desgraciado, no tanto cuando lo perpetra alguien con la cabeza fría y el corazón podrido. Entonces es más difícil de entender. No podemos obviar que hay gente mala, intrínsecamente mala, que disfruta haciendo el mal, que no tiene capacidad para empatizar con nadie. Ese debe ser el caso de Miyaz. Un indeseable que mata por el placer de hacerlo, por una cuestión pragmática, motivado por la posesión absoluta de una mujer. Mujer que no ama ni respeta, a la que solo desea dominar. La motivación incluso anularía posibles celos hacia la pareja, debió ir más hacia una gratificación psicológica. Un depredador que selecciona a su víctima, por cercanía y por indefensión, escudándose en la consanguinidad familiar y en la respetabilidad de un buen trabajo» fueron los últimos pensamientos que Houda dedicó al asesino de Hamza.

—Ha sido una irresponsable, inspectora Falú. Estaba implicada, junto con su familia, en un asunto de asesinato. Días antes se había tomado vacaciones y por lo tanto no debía estar investigando un caso que ya no era nuestro, sino de la Guardia Civil. Algo que le dejé muy claro la última vez que pisó esta comisaría. Tiene suerte de que no mande que la empapelen por desobedecer instrucciones de un superior.

El tono del inspector jefe era cortante como una esquirla de cristal. Se paseaba por su oficina a zancadas.

—Seguí mi instinto. Gracias a él hemos atrapado a un secuestrador con deseo de venganza, motivado por las críticas de la joven hacia sus libros.

El inspector jefe se detuvo y, mirándola fijamente, le dijo:

—¿Su instinto...? ¡No me tiene inspectora! Ha actuado de una forma irresponsable, como si no hubiera normas, como si no existiera una jerarquía en el cuerpo. Lo que usted llama instinto es pura suerte o estupidez.

Houda lo miró con dureza y preguntó:

—¿Me va a pedir la placa?

—Esta vez voy a salvarle el culo, pero una cagada más y... acaba en Lepe, cogiendo fresas dentro de un invernadero. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor.

—Entonces, ¡fuera de mi vista y váyase a casa! Mándeme el informe de la puñetera investigación «personal» que ha realizado del caso de Laura Bayo lo antes posible. Tiene veinticuatro horas para redactarlo. Si lo recibo mañana antes del almuerzo, mucho mejor para todos. Y, ¡tómese dos semanas más de vacaciones! Vaya a su médico de familia y pídale la baja. Asegúrese de que cuando vuelva a esta comisaría lo haga con la cabeza en condiciones, bien anclada sobre los hombros. Recibirá una amonestación formal, leve. La advierto que jamás volveré a ser tan generoso con usted. ¡Ya puede retirarse!

Houda se levantó, se puso la chaqueta de cuero, que se había quitado antes de entrar en el despacho de Mateo Montes, que durante toda la bronca había estado encima de sus rodillas, y se fue sin decir nada más.

La comisaría estaba casi vacía a esas horas de la noche, solo seguían encendidas las luces de algunos despachos. Houda permaneció un momento en el pasillo, miró a su alrededor, sin entender muy bien qué buscaba. Acaso la respuesta a la pregunta que empezaba a tomar forma en su cerebro: «¿Vale la pena continuar en esta profesión?».

Cuando Houda aparcó el coche en el parquin del hospital Juan Ramón Jiménez, se quedó un rato dentro. No habían pasado muchas horas desde la última vez que estuvo ahí. La idea de enfrentarse a su hermana Houriya y al inspector Bilal Moughi la deprimió más de lo que ya estaba. Bajó la ventanilla, aunque, por el aire acondicionado, la temperatura de fuera era más alta que la del interior. Escuchó durante unos minutos el tráfico de entrada y salida de vehículos del parquin; retazos de conversaciones ajenas; incluso el rifirrafe de dos gatos callejeros. Vio a unos padres rebosantes de felicidad, a la vez que asustados, dirigirse hacia donde estaba ella con su hijo

recién nacido en un capazo. Se detenían cada dos por tres, se inclinaban sobre el capazo, examinaban el bien tanpreciado que transportaban dentro, se miraban y se sonreían con muecas bobaliconas.

Al fin salió del coche.

—Se ha acabado —murmuró cuando se cerraron tras ella las puertas de entrada al hospital—. A partir de ahora todo va a ir bien.

Esas palabras iban dirigidas a Houriya y a Bilal, aunque estos no pudieran escucharlas.

En cuanto a ella...

Varias cuestiones seguían rondando por su cabeza. ¿Estaban contadas sus horas como policía? ¿Los últimos acontecimientos la habían «quemado»? ¿Valía la pena seguir nadando contra corriente? ¿Qué había conseguido dedicando parte de su vida al Cuerpo de Policía? ¿No sería más fácil vivir dejando de intentar salvar al mundo? Estaba claro que las respuestas podían ser tan sencillas o tan complejas como ella quisiera que fueran.

Se sentía decepcionada y abandonada, a pesar de su último logro. Intentó sacudirse aquellos pensamientos al darse cuenta de que su actitud era estúpida. Ser policía era su trabajo y seguiría siéndolo por mucho tiempo.

El pasillo estaba saturado de familiares, enfermos y personal sanitario. Consecuencia de los recortes en sanidad y de la crisis económica. Se detuvo delante de la habitación donde le habían comunicado que podía encontrar a su hermana. Respiró hondo antes de llamar y de empujar la puerta.

—Miyaz Mukhtar fue uno de los tres violadores que agredieron a mi hermana en Tánger.

—¡Allāh lo martirice! —dijo Bilal.

Estaba tumbado en la cama de hospital y, con cuidado, se movió un poco para desentumecer el cuello.

—Algo se rompió en el interior de Houriya por el nuevo abuso, no sabía cómo salir del cerco de Miyaz. La amenazaba con matar a sus hijos si contaba a alguien lo que estaba ocurriendo, también le ordenó que se quitara de en medio a Aaminah. El muy cerdo no quería tener cerca a mi madre por si esta se percataba de lo que pasaba entre las cuatro paredes del piso cuando mi hermana se quedaba a solas en él. Houriya ha contado que Aaminah, en un par de ocasiones, tocó el timbre de su casa mientras Miyaz la violaba. Mi madre intentó entrar las dos veces con la llave de emergencias que Houriya le había pedido que guardara cuando compró el piso. Lo impidió la cadena de seguridad que Miyaz se cuidaba de echar para que nadie pudiera molestarle mientras perpetraba su felonía contra mi hermana. Mi madre se marchaba indignada, pensando que su hija, aun estando en casa, la odiaba y la despreciaba de tal manera, que no deseaba verla ni hablar con ella. De ahí los berrinches y riñas que hubo entre las dos. Una, escondía su «vergüenza y deshonor» tras una máscara de desprecio e irritabilidad hacia sí misma y, otra, se empecinaba en buscar una explicación que no le podían dar ni Houriya, ni Hamza, ni yo ni nadie.

Bilal se percató de la desolación de su voz, de su mirada perdida, comprendió la presión bajo la que había estado su compañera y pensó en lo valiente que había sido para conseguir mantenerse a flote. No sabía si él, en las mismas circunstancias, habría estado a la altura de Houda. Se sintió orgulloso de ser una de las pocas personas en la que su compañera confiaba, hasta el extremo de hacerlo confidente de sus asuntos personales, familiares.

—Y, por si fuera poco, se vuelve a quedar embarazada.

A Houda le brillaron los ojos.

—Sí. Imagínate la alienación que todo eso le debió de provocar a Houriya. Se volvió loca, literalmente. Sufrió muchísimo, por la violación, porque aquel hijo de puta pudiera cumplir sus amenazas contra sus hijos, y por sus dudas sobre la paternidad del ser que crecía en su interior.

—Su comportamiento debió de cambiar por todo ese cúmulo de despropósitos, de ahí la inquietud de tu madre.

—Sí, la enajenación de Houriya se agravó el mismo día que Miyaz ahogó a Hamza. Houriya, después de dejar a los niños en el colegio, cogió el coche y se fue al Paseo de la Ría de Huelva. El día anterior se había hecho la prueba de embarazo y no se sentía con fuerzas para enfrentarse a una nueva violación. Miyaz la había avisado de que aquella mañana «pasaría a hacerle una visita». Normalmente no era tan considerado, entraba y salía del piso cuando le venía en gana, siempre que supiera que no iba a encontrarse con Hamza. Solía decirle a mi hermana: «Eres mía, no de Hamza, porque él no es un hombre de verdad. Un hombre de verdad no se hubiera casado con una puta, una *eahira*, con una mujer que ya hubiera probado otras pollas. Puedo hacer lo que quiera contigo, con o sin tu consentimiento. El Noble Libro dice que habéis sido creadas para servirnos a los hombres». —Houda entrecerró los ojos y contó aquello para que Bilal pudiera ponerse en situación, él mejor que nadie podía entender el radicalismo de ciertos marroquíes—. El primer día que atacó a mi hermana en su casa, se quedó con una de las llaves de repuesto de las que disponía la familia. En la siguiente visita las devolvió, pero solo porque había hecho una

copia para poder usarla cuando se le antojara.

—Matar a Hamza pudo ser un paso más hacia la completa posesión de Houriya.

Houda se lo quedó mirando fijamente mientras pensaba en ello.

—A veces, la justificación de un asesinato no tiene porque tener una lógica. Cuando algo o alguien se interpone en el camino de un homicida, este lo elimina sin dar muchas vueltas al asunto. Hamza también notó el cambio que se estaba produciendo en el ánimo de mi hermana, lo comentó con mi madre. Incluso puede que hablara del asunto con Miyaz, y que este viera su preocupación como una amenaza.

—Imagino que Houriya tendrá que estar bajo vigilancia médica un tiempo —dijo Bilal.

Intentó incorporarse un poco, pero un pinchazo repentino en el costado lo detuvo. Notó que le faltaba el aire, pero se aguantó, no quería preocupar a su compañera. No era un niño, podía soportar el dolor mientras durase la visita de Houda.

—Sí, ya tenemos un primer diagnóstico: ha sufrido un trastorno límite de la personalidad. La pobre lo ha pasado tan mal, que se ha estado columpiando entre lo psicótico y lo neurótico. De ahí su impulso destructivo, por eso lo de intentar ahogarse en la ría. —Le tembló el labio inferior, continuó hablando al mismo tiempo que bajaba la mirada—: Podemos dar gracias a Allāh de que la vieran unos ciclistas meterse en el agua. Les extrañó que lo hiciera vestida. No dudaron en tirarse al agua y en sacarla. Les costó bastante porque, según han contado, ella se resistió a que la salvaran. Por un lado, intentaba suicidarse y, por otro, se defendía de lo que su mente le hizo creer: que, de nuevo, dos hombres se acercaban a ella con malas intenciones. La pobre se imaginó que los ciclistas querían hacerle daño, que intentaban violarla.

—¡Qué horror!

—Durante estos días —continuó Houda—, su raciocinio ha estado totalmente perdido, oculto bajo pensamientos paranoicos que le bloquearon la conciencia de la identidad. Por eso no pudimos saber nada sobre su paradero hasta hace unas horas. Su médico nos ha explicado que aún está grave, que tardará un tiempo en volver a ser ella misma.

—¿Llevaba el *hiyab* cuando la encontraron?

—Lo dejó en el coche. La furgoneta la han localizado en el aparcamiento del Paseo de la ría, tras las indicaciones que ha dado mi hermana. Ha estado allí todos estos días, delante de nuestras narices y no lo hemos visto. ¡Si hasta fui un día, mientras estuvo desaparecida, a correr por allí!

—la voz sonó culpable y temblorosa—. La policía buscaba a una mujer con pañuelo y mi hermana sin él es la viva reencarnación de *La bella Betty* del pintor Albert Lynch. —Se emocionó, tuvo que enjuagarse los ojos con un pañuelo de papel que cogió de la mesita del lado de la cama de Bilal—. Ha perdido el bebé —concluyó.

—Tal vez sea mejor así.

—En fin, tendremos que ayudarla a que vuelva a ser la que era, a que sobreviva a la pérdida de Hamza.

Bilal cambió de tema:

—¿Te has enterado de que el Departamento de Delitos Telemáticos de la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil ha adelantado la *Operación Zapatillas rojas*?

—Raúl me ha contado lo de la redada, la decena de tipos que han cogido.

—¿Cuántos años crees que les caerán?

—Ni idea, espero que muchos.

—Yo también lo espero —concluyó Bilal.

—En cuanto a Laura Bayo, te alegrará saber que está bien, dentro de lo que cabe. Igual que tú y mi hermana, tiene una habitación para ella sola en el hospital. Su vecina, Gabina, no se separa ni un

minuto de su lado. Le hace compañía de día y de noche. Me ha dicho que va a pedir un par de semanas de asuntos propios en su trabajo para acompañar a la chica todo el tiempo que sea necesario.

—¿Laura ha contado algo de lo que ese desgraciado le hizo?

—No mucho, no tanto como mi hermana. También sigue conmocionada, aunque de una manera distinta a como lo está Houriya. Creo que se debe a su forma de ser, a esa especie de autismo que la caracteriza. Ha mencionado algo sobre una voz interior, pero no tengo muy claro si quien la escucha es ella o lo hacía Santiago París. Lo más seguro es que, cuando habla de «La Voz», se refiera a la causa efecto de la locura y el odio del escritor hacia ella.

—Hay que darles tiempo.

—Sí, eso es lo que dicen los profesionales que las atienden. La recuperación va a ser lenta, dependerá de cómo respondan a la terapia, que, a su vez, dependerá de la personalidad de cada una, de sus recursos para afrontar el trauma vivido y de la red familiar o social que tengan a su alrededor.

—Lo importante es que, gracias a ti, Santiago París ya no puede hacer daño a nadie más.

—Parecía un tipo normal y fíjate.

—Por eso somos policías —bromeó Bilal—, porque sabemos que detrás de la más dulce ama de casa puede haber una asesina en serie que disfrute descuartizando a sus víctimas, cocinándolas y ofreciéndoselas en la cena a su familia. Imagino que no sabrás mucho sobre la documentación que se está recopilando sobre la vida que llevaba Santiago París.

—Lo poco que me ha contado Víctor. Si estaba loco de atar... solo lo sabía él, porque no consta que haya recibido ningún tratamiento psicológico o psiquiátrico, solo chequeos médicos primarios: resfriados, dolores de cabeza...

—Los dolores de cabeza pueden provocar pensamientos negativos, irritabilidad... pueden agravar alguna enfermedad mental. Sé de lo que hablo porque a un tío mío se le diagnosticó hace un par de años un trastorno obsesivo-compulsivo derivado de sus migrañas. Está casado, tiene tres hijos y un trabajo aceptable, pero su personalidad siempre se ha caracterizado por una excesiva preocupación por los detalles y el control, lo que se dice un perfeccionista nato. También tenía dificultad para delegar y una capacidad limitada para expresar sentimientos. ¡Vamos que, desde siempre, toda la familia lo hemos considerado un borde! Y, al final, todo era a causa de sus dolores de cabeza. Le prescribieron un tratamiento y ahora es otra persona. Mi tía nos contó que el médico que está tratándolo le dijo que muchos de los pacientes que sufren migrañas durante años se ven influenciados en su calidad de vida y en sus relaciones familiares, profesionales y sociales. Houda echó un vistazo al reloj del móvil. Había quedado para comer en casa de sus padres, con toda la familia, incluida Hanae. La hija pródiga había regresado a casa para quedarse.

—Tengo que irme, pero mañana volveré.

—No es necesario... —No continuó ante los gestos de protesta de Houda— Houda, quería proponerte algo.

—¡Lo que quieras!

—Cuando pueda levantarme de esta cama, cuando me den el alta, me gustaría que tuviéramos una cita. —Giró un poco la cabeza para mirarla. Se perdió en sus ojos verdes y brillantes—. Una cita de verdad.

Houda se sonrojó.

—Encárgate de mejorar y... hablaremos.

Se levantó de la silla, se acercó a la cama y le apretó el hombro antes de marcharse. A Bilal le pareció que ella siempre olía a aire fresco, a primavera. Houda esbozó una sonrisa como

despedida, dejándolo con un cálido fuego en su interior.

Se encogió de hombros al quedarse a solas, entrecruzó los dedos de las manos, levantó los brazos sonriendo y se los puso detrás de la cabeza.

«En cuanto me den el alta, me pondré a buscar casa, va siendo hora de que me independice, *Inshallah*», pensó.

Su imaginación voló hacia una vivienda familiar, bien orientada, donde él y Houda pudieran tomar el té en el porche mientras veían corretear a un par de niños en un pequeño pero acogedor jardín.

Agradecimientos

Gracias inmensas a mi marido, Roberto. No sería capaz de hacer todo eso sin su apoyo y su amor. Es el mejor y siempre lo será.

Gracias a mi hija Ana por su independencia, madurez y pasión por la lectura. Esos rasgos de su personalidad facilitan la comprensión de todas las horas que su madre pasa en soledad, escribiendo.

Gracias a Mercedes por su capacidad de ver lo invisible, por hacer que luzcan mejor mis palabras.

Gracias a José Antonio, mi querido lector cero, por su contribución y su guía.

Y, finalmente, gracias a mis queridos lectores, a los booktubers, a los grupos de lectura, a los bookstagrammers y a los bloggers. Gracias a vosotros vamos creciendo. El boca a boca es un instrumento muy poderoso, sin vuestro trabajo y vuestra pasión al hablar y escribir acerca de los libros, escritores como yo tendríamos menos visibilidad. ¡Gracias por ponérselo más fácil!

Podéis contactar con la autora a través de las siguientes redes sociales:

Instagram: @maria_laso_

Facebook: María Laso

Twitter: @MariaRompido